Joan Serrallonga i Urquidi

PABLO IGLESIAS
1850-1925
UNA VIDA DEDICADA AL SOCIALISMO



Joan Serrallonga i Urquidi

PABLO IGLESIAS 1850-1925

UNA VIDA DEDICADA AL SOCIALISMO



Joan Serrallonga i Urquidi

PABLO IGLESIAS
1850-1925
UNA VIDA DEDICADA AL SOCIALISMO



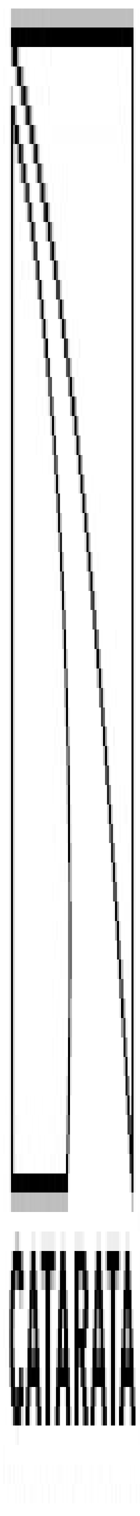
Joan Serrallonga i Urquidi

Catedrático de Historia Contemporánea de la Universitat Autònoma de Barcelona. Ha centrado su investigación en el análisis de las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera y también en el estudio de la guerra civil española.

Joan Serrallonga i Urquidi

Pablo Iglesias (1850-1925)

Una vida dedicada al socialismo


CATARATA

SERIE estudios socioculturales

Diseño de cubierta: Estudio Pérez-enciso

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 05 04

Fax 91 532 43 34

www.catarata.org

Pablo Iglesias (1850-1925).

Una vida dedicada al socialismo

isbne: 978-84-9097-944-0

ISBN: 978-84-9097-011-9

DEPÓSITO LEGAL: M-10.494-2015

ibic: bgh/jp

Prólogo

El 13 de mayo de 1910, en El Imparcial, un joven Ortega y Gasset escribía: "si se fuera a preguntar por qué creen en Pablo Iglesias los que le han votado, por qué les parece un justo, un hombre ejemplar, probablemente coincidirían todos. La sugestión que emana de ese español inerudito, de ese obrero sin literatura y sin jurisprudencia, que acaso haya leído un solo libro, proviene de que nos parece un hombre traspasado íntegramente por una idea. Pablo Iglesias es todo él socialismo. Nos hallamos en su vida un punto oscuro". "Pablo Iglesias es un santo", había escrito unos párrafos más arriba. Así recibía Ortega la elección de Pablo Iglesias como diputado al Congreso. Los cuarenta mil votos que le respaldaban significaban, en opinión del filósofo, "cuarenta mil actos de virtud".

Así recibió Ortega la llegada del primer socialista al Congreso de los Diputados. El Partido Socialista tenía entonces una cara visible y conocida, la de Pablo Iglesias. El Partido era Pablo Iglesias. Habían pasado muchos años desde la fundación del Partido Socialista Obrero Español en 1879, a imagen y semejanza de otros muchos partidos socialistas que aparecieron en aquel tiempo en casi todos los países europeos, y que se reunieron en la Segunda Internacional. Eran los partidos de la clase obrera. El Partido Socialdemócrata alemán, modelo y referencia para todos ellos, no tardó demasiado en conseguir una nutrida representación parlamentaria, al igual que los socialistas franceses. En España, el crecimiento del partido fue lento, y la apuesta por la acción política no se tradujo en una presencia relevante en las instituciones. El atraso económico español y la existencia de un régimen político, el de la Monarquía de la Restauración, marcado por el clientelismo, el turno de los dos partidos dinásticos y la escasa movilización política, así como la represión en los momentos de conflicto, fueron las razones que se esgrimieron para explicar esa lentitud. También influyó la existencia de otras opciones para la clase obrera, políticas unas, como las de los partidos republicanos, organizativas otras, como el anarquismo.

No fueron tantas las voces que buscaron razones dentro de las propias filas socialistas, de su programa y su manera de interpretar la realidad del momento, de su modelo organizativo y de su liderazgo, de la rigidez o capacidad de

adaptación de sus propuestas, de su relación con las organizaciones afines y de sus objetivos. Durante ocho años, la única voz socialista en el Congreso fue la de Pablo Iglesias, y el mayor éxito electoral antes de los años treinta se produjo en las elecciones de 1918, después de la crisis y la huelga general del año anterior. Fueron seis los elegidos. En vísperas de la primera guerra mundial, la socialdemocracia alemana constituía el grupo parlamentario más numeroso. El Partido Socialista Obrero Español lo consiguió en 1931, en las primeras elecciones generales a Cortes Constituyentes tras la proclamación de la República, y se convirtió en uno de los pilares básicos del nuevo régimen, por mucho que en sus filas siguiera dudándose sobre la conveniencia de las alianzas con los republicanos, y hasta dónde había que llegar en su defensa. Para entonces, Pablo Iglesias llevaba seis años muerto. Falleció en 1925, el 9 de diciembre. El día antes había publicado su último artículo en El Socialista: "El ideario de los proletarios está dictado por la razón e inspirado por la justicia, y hagan lo que hagan sus enemigos, vencerá como viene venciendo desde que los opresos han adquirido conciencia bastante de su valer y de su fuerza", decía al terminarlo. Eso era lo que Ortega había admirado en 1910: Pablo Iglesias era un hombre "traspasado íntegramente por una idea"; era "todo él socialismo".

En 1975, hace ahora cuarenta años y cuando se cumplían cincuenta de la muerte de Pablo Iglesias, la editorial Ayuso publicó en dos volúmenes una recopilación de escritos y de artículos en la prensa del fundador del Partido Socialista, editados por varios profesores universitarios. En el prólogo al primero de ellos, Manuel Pérez Ledesma señalaba que pocos líderes del movimiento obrero español habían merecido tanta atención y habían dado origen a un número tan elevado de comentarios como Pablo Iglesias. Su figura se habría visto sometida, todavía en vida, a un debate casi constante entre partidarios y detractores, mitificado para los primeros, convertido en la encarnación del mal para los segundos. La mitificación se sostuvo sobre los dos rasgos que Ortega señaló ya: su conversión en un santo laico, ejemplo de honradez, bondad y tesón, por un lado y, por otro, su entrega absoluta al ideal socialista. Las críticas procedieron de los sectores más conservadores de la sociedad española de entonces —y de después—, pero también de quienes temieron perder sus endebles apoyos electorales, sobre todo los republicanos, y de aquellas otras propuestas organizativas para las clases obreras y populares, como las de los anarquistas, que rechazaban de plano la supeditación a la política[1].

Decía también Manuel Pérez Ledesma que, pese a esa atención, o quizá precisamente por ella, el conocimiento de la figura de Pablo Iglesias seguía

siendo muy incompleto e inseguro. Creía que era necesario ir a las fuentes para desentrañar el significado de aquel mito y alcanzar una visión depurada del líder obrero. Tenía razón. La recuperación de la historia del movimiento obrero, de sus organizaciones y de sus dirigentes, de su papel en la historia contemporánea de España venía realizándose en condiciones poco favorables como consecuencia de la dictadura franquista, por lo que resultaba difícil desprenderse de la historia militante y comprometida, que fácilmente caía en la mitificación o la distorsión, y abordar un acercamiento más académico. Tampoco era fácil superar la visión académica más tradicional, aplicando a la historia del movimiento obrero los instrumentos de análisis más novedoso de la historia social. Fueron precisamente Pérez Ledesma, junto con José Álvarez Junco, quienes llamaron a una "segunda ruptura"[2] que abordara la historia de la clase obrera y del mundo del trabajo, más que la de las organizaciones obreras y de sus dirigentes, o de sus ideologías y programas, a una historia más social y cultural. Aunque discutida, esta apelación encaminó a los historiadores más activos en esta dirección, y truncó en gran medida los acercamientos críticos al fundador del Partido Socialista, aunque no por eso dejaron de aparecer antologías de sus escritos y discursos, o de sus intervenciones parlamentarias. El interés por las individualidades casi desapareció, salvo en actos y celebraciones de aniversarios, o en acontecimientos festivos y partidistas.

Este libro de Joan Serrallonga i Urquidi, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona, constituye casi una excepción. Es un compendio de una larga biografía que publicó hace unos años bajo el título de Pablo Iglesias. Socialista, obrero y español[3]. Su intención declarada fue la de salir al paso del desconocimiento que, en su opinión, seguía existiendo sobre una de las figuras claves de la historia española del siglo XX. Su interés se centra en dos aspectos relevantes y que conoce bien por su trayectoria investigadora: las condiciones de vida de las clases populares durante ese periodo, una cuestión que el líder socialista conocía bien y a la que prestó mucha atención, y las propuestas organizativas que marcaron la actividad de Pablo Iglesias dentro del gremio de los tipógrafos, al que perteneció, y después en el tránsito desde la Asociación Internacional de Trabajadores a la fundación del Partido. La preocupación del líder socialista por ambas cuestiones marcó sin duda su entrega total al socialismo, y lo que en este libro se cuenta ayuda a entender esa entrega y la convicción del triunfo final de la clase obrera, tanto como su voluntad de preservar y controlar la organización. Es una buena contribución al mejor conocimiento del "Abuelo".

Mercedes Cabrera

Introducción

‘Parece que es verdad lo que ese hombre dice’

Empecemos casi por el final, para poder acudir a la pluma segura de Antonio Machado, a las palabras dulces de alguien que sin tratarle personalmente le admiró. El poeta sevillano entra en la substancia del completo líder socialista para escribir sobre su voz encendida. La prosa cuidada del más joven representante de la llamada Generación del 98 escribe una breve semblanza que es a la vez un recuerdo duradero. Son unas frases puestas en boca de un niño que imagina a un arquitecto que ha construido un edificio imponente con la palabra hablada. Las expresiones del poeta nos conmueven desde su penetrante humanidad. “Era yo un niño de trece años. Pablo Iglesias en la plenitud de la vida […] de lo único que respondo es de la emoción que en mi alma iban despertando las palabras encendidas de Pablo Iglesias. Al escucharle hacía yo la única reflexión que sobre la oratoria puede hacer un niño: ‘Parece que es verdad lo que ese hombre dice’. La voz de Pablo Iglesias tenía para mí un timbre inconfundible —e indefinible de verdad humana…— las palabras de Iglesias tenían para mí una autoridad que el orador había conquistado con el fuego que en ellas ponía, y que implicaban una revelación muy profunda para el alma de un niño”.

La vida de Pablo Iglesias Posse precisa una narración pausada, la explicación de un largo camino. Pasearse por sus 75 años, una edad que en la época era toda una hazaña, es un singular viaje por la vida de España. Un recorrido por las escenas de lucha de tantos y tantos proletarios que en aquella sociedad opresiva combatían sin descanso para sobrevivir, para vivir con dignidad. Por ello, a veces es necesario tomar una prudente distancia para así apreciar la obra del dirigente socialista. La proyección resulta por completo imprescindible cuando se trata de la labor de toda una vida. El camino lo anda por etapas, no siempre voluntarias. Paulino es un niño que tira de un carro con su pobre madre hacia una vida más digna, una imagen que le marcará para siempre. Es el joven internado en el glacial hospicio madrileño de San Fernando, donde aprende los rudimentos de la tipografía. Es el Gallego que prosigue la lucha hasta situarse con espléndido oficio de tipógrafo en las imprentas Madrid. Es el compañero seguro, amigo de verdad y asociado cumplidor en la lucha continuada, hasta que al fin se nos muestre como imponente líder societario. Es el Rubio que está en la Asociación del Arte de Imprimir, en el Partido Socialista Obrero Español o en la

Unión General de Trabajadores. Es el devoto socialista que acude a los congresos internacionales con ilimitado interés, con admiración. Es el dirigente al que los obreros escuchan atentamente porque les habla con tranquilidad desde el corazón, desde la experiencia propia, con emoción, sencillez y respeto. En el trayecto final, en el tiempo de descuento, es el aparentemente frágil Abuelo que vuelve a luchar para defender con uñas y dientes la obra de toda una vida. Esta labor no es otra que la larga lucha, dentro del socialismo, por la emancipación de la clase obrera. Con paciencia ha construido él mismo los instrumentos para el singular combate. Su herramienta fundamental es el conocimiento a fondo de la clase obrera, por eso guarda con unción los testimonios, las cartas y las recopilaciones de sus condiciones de vida y de trabajo. Esta será su forma de plantear una defensa cerrada y firme, aquel amparo que precede al empuje contra la explotación capitalista. Todo quedó dicho cuando al concluir la huelga de 1882 manifestó alto y claro que ya no era un compañero tipógrafo, sino un obrero socialista. Y nunca reclamó otro título.

Pocas veces intervino para apuntalar algún dato de su vida, ni tan siquiera para corregir errores o calumnias. Pudo disfrutar de aquellas interpretaciones que con mucho afecto intentaban construir las bases de su biografía. Este es un privilegio reservado a pocos. La verdad es que la edificaban usando solo los pocos mimbres que Iglesias ofrecía. Juan José Morato, Antonio García Quejido, Casimiro Muñoz Matilla, Matías Gómez Latorre y Jaime Vera pudieron ver alguna rama del frondoso árbol. Un tipógrafo tan destacado como Morato quedará unido para siempre a la biografía del Abuelo. “¡Voluntad! La virtud suprema de Pablo Iglesias”, dirá Morato. Le entrevistó con serenidad el famoso periodista Enrique González Fiol (el “Bachiller Corchuelo”) en 1915 para Acción Socialista. En la conocida serie “domadores del éxito”, el Bachiller Corchuelo escribió: “para mí que no pertenezco a ningún partido, Iglesias es el santo de mi mayor devoción política”. En 1917, el médico Jaime Vera, como entrañable amigo que era, se permite un enternecedor retrato: “Si quisiéramos definir en breves términos la personalidad de Pablo Iglesias, podríamos decir: es, ante todo y sobre todo, una pasión. Pasión intensa, vehementísima. Un entrañable amor a los que trabajan y sufren injusticia […] Así, para Iglesias no hay más que obreros y obrerismo”. Al final, casi en la prórroga, se construirá la apasionada narración del joven Julián Zugazagoitia, rellenando con su admiración los silencios del viejo líder socialista. Porque Pablo Iglesias ha ofrecido una fabulosa información sobre las organizaciones socialistas en las que militó, sobre la situación que vive España en cada período, sobre sus viajes, sobre las campañas emprendidas y glosó como nadie el querido periódico

socialista. Ahora bien, poco o casi nada sobre él mismo.

En el texto que podrán leer a continuación, nos fijamos en un aspecto que creo substancial: el conocimiento y análisis de las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera española. Sin ninguna duda, la recopilación que sin ánimo de archivero emprendió Pablo Iglesias sitúa sus intervenciones y sus escritos en una posición más que destacada. Como dijo Indalecio Prieto, “para biografiar al Abuelo […] lo mejor son millares y millares de cartas que nos dirigía a todos, con cualquier motivo”. Por todo ello, las voces más sentidas sobre la figura de Pablo Iglesias las encontramos en la gente menuda, en las clases populares, la clase más numerosa y más pobre. Son los compañeros obreros los que se acercan al dirigente socialista para manifestarle lo que más desea: afecto y solidaridad en la lucha. Estamos hablando de la España proletaria que protege al líder socialista, la que impide que le condenen a la mudez, la que vive su mensaje porque lo cree, la que sale en tropel en su defensa. Con emoción constata Pablo Iglesias que es querido, que sus palabras han sido oídas y seguidas. Pío Baroja, tan alejado del líder socialista, le define como “un hombre con espíritu de profesor. No sé si tenía relaciones con los de la Institución Libre de Enseñanza; pero quitando algunas violencias de palabras, obligadas por su posición de tribuno popular, era muy parecido a ellos”. Y al llegar la terrible y postrera hora de las alabanzas, recoge los frutos de un trabajo largo, duro, pero bien hecho. En la prensa española, a excepción de El Debate, suenan amables expresiones de recuerdo: la palabra del socialismo español, apóstol del obrerismo, austero y honrado, el abuelo de todos, educador de muchedumbres, organizador de las legiones del trabajo, luchador abnegado, santo laico, maestro, gran figura, fundador, leader socialista... Para acabar, me detengo en la frase sencilla que la Revista de las Escuelas Normales de Guadalajara escribió a la muerte de Pablo Iglesias y que parece construida para ser leída con aplicación en un aula escolar: “Nació en cuna humilde, vivió modesto y murió pobre”.

Capítulo 1

Víctimas de la explotación y la miseria

En la España de la primera mitad del siglo XIX, las condiciones en las que vivía la clase más numerosa y más pobre la mantenían al límite. El desamparo al que se enfrentaban estas personas era dramático y se prolongaba en el tiempo. La desprotección, la pobreza, la extensión de la miseria y las graves dificultades para afrontar el día a día estaban destruyendo otra generación. La desigual distribución de la renta mantenía a la clase obrera en el marco de la exclusión social. Pero, los obreros de todas clases despertaron pronto a la protesta, al conflicto social, porque su vida no podía seguir de aquella forma. Esta triste situación se sostenía con unas autoridades que reprimían con dureza cualquier intento de destrozar el sistema. Conmovedora era también la situación de un crecido número de indefensos menores, víctimas inocentes de esta penuria. Estos niños se hacinaban en espantosos hospicios, orfanatos, casas de misericordia, de caridad. Demasiadas veces, a las puertas de estos tétricos centros se apiñaban decenas de madres desesperadas esperando las cortas visitas a sus hijos. Por si fuera poco, esta sociedad beata extendía el estigma del infortunio al ponerles nombres como expósito, inclusero, de la Iglesia, guacho, desamparado, torno. Estos nombres farisaicos han impedido que se pueda ver su dura lucha para vivir con dignidad. Este era el camino que los hospicianos emprendían para borrar el atropello sufrido en aquellas instituciones. En este entramado de caridad vivió sus primeros años Pedro de la Iglesia Expósito, el padre de Pablo Iglesias.

La Galicia de aquella época se caracterizó por el abandono, la pobreza sin cuento y la permanente sangría de la emigración. En los Desamparados de la rural Orense, una ciudad controlada con mano de hierro por los señores tradicionales, nació Pedro de la Iglesia en 1813. A pesar del formidable poder de los comerciantes, artesanos y menestrales, Orense era “una ciudad episcopal” donde la influencia del clero diocesano de raíces antiliberales era total. Los años pasados en aquel oscuro hospicio marcaron para siempre su carácter, el pobre oficio sin especialidad y su salud. La vida de los asilados era manejada por una cobarde cofradía, que usaba las amenazas morales y los castigos corporales. La culpable negligencia de la administración española y la falta de recursos

convertían estos establecimientos en terribles mazmorras llenas de sufrimientos. La crueldad que destilaban aquellas instituciones benéficas, la asfixiante caridad de los ricos, ha sido explicada con detalles en muchos manuales y en un sinfín de relatos y novelas. Pedro de la Iglesia logró abandonar el hospicio con un trabajo aprendido y con la vista puesta en los servicios que pudiera lograr en un destacamento militar. No pudo ejercer su oficio en el tradicional "sistema por adelantos", porque había decaído la fabricación de sayas, mandiles y estameñas. El paro era extenso.

En 1841 se casó con la compostelana Juana Posse de la Iglesia, de 23 años, hija de hospicianos y sin bienes propios. Para la sociedad acomodada eran invisibles. La familia de Juana estaba dedicada al servicio doméstico para los todopoderosos condes de Altamira, un trabajo mal pagado y poco considerado. La vida del nuevo matrimonio será menesterosa, carente de cualquier ascenso, en una ciudad paralizada por un gremio viejo. Con unos ingresos de siete u ocho reales no podían aspirar a otro habitáculo que uno muy modesto y pequeño en la plaza del Trigo. La tarea artesanal para la que estaba preparado Pedro estaba atrasada y no podía atrapar más recursos. La mayoría de los trabajadores eran pobres. No había trabajo decente de jornalero agrícola en las parroquias circundantes. La economía orensana estaba controlada por unos pudientes que dedicaban sus energías a la especulación o a las rentas y nada a la producción. Ante esta situación sin salida, el matrimonio decidió marchar para conseguir trabajo y quizá una vida algo más digna.

A pie, con sus pobres enseres, en jornadas agotadoras, marcharon hacia Ferrol pasando por Santiago y La Coruña. Nada podía conseguir el joven matrimonio en el interior, siempre abandonado y sin trabajo continuado. En esta España de la primera mitad del siglo XIX, la emigración era un fenómeno extendido. En contra de lo que dicen algunos interesados cronistas, muchas personas se movían en busca de trabajo, de esposos, de instrucción o de una mayor libertad. Los complicados caminos que comunicaban Orense con las parroquias y con los confines de la provincia tenían un sinfín de quebraduras y permanecían poco menos que intransitables. Pedro creía que Ferrol podía ofrecer posibilidades para la familia de un trabajador pobre formado en el hospicio, en el antiguo gremio ahora desaparecido. Acaso pensaba en alguna relación con las tropas acantonadas en el puerto. Pero, el panorama ferrolano era muy distinto al conocido por los esposos de la Iglesia. La actividad en el astillero había bajado, aunque continuaba siendo, con el servicio naval y el sector pesquero, la mejor posibilidad de trabajo. Los armadores, casi siempre endeudados para cubrir los

altos costes, intentaban colocar una producción que cada año era menor. Así, en el momento de la edición del Diccionario Madoz, el astillero ferrolano tenía 701 individuos registrados, con 28 maestros o capataces. La mayoría eran analfabetos y de ello se valían los patronos. Las largas jornadas de trabajo solo se interrumpían cuando las mujeres venían al mediodía a los portales para llevarles la comida.

La villa de Ferrol estaba flanqueada por un recinto amurallado con baluartes y fortificaciones, al norte estaban las de San Carlos y San Felipe, y al sur, San Martín y la Palma. La familia de la Iglesia se instaló en una casita de la rúa San Nicolás en el barrio de Esteiro, en el cuartel más oriental de la ciudad. Este barrio borbónico se construyó al gusto neoclásico de la milicia naval. Pedro de la Iglesia, sin empleo posible entre los artesanos, entró a trabajar en el mal pagado peonaje del municipio. Era el nuevo clarín del Ayuntamiento con un mísero sueldo y muchos deberes añadidos. Además, como ya había hecho en Orense, estaba siempre al quite de cualquier tarea que se desprendiera de la tropa situada en los aledaños del muelle de San Fernando. Juana Posse también recurría a los encargos de oficiales o tropa, incluso en la cocina. Eran unos trabajos penosos y poco pagados, casi nunca con jornales superiores a cuatro reales y que apenas servían para sobrevivir.

A las once y media del 17 de octubre de 1850 nació Paulino, en casa. De ninguna manera se podía pensar en un hospital, ni el que estaba ubicado en el recinto militar, ni tan siquiera en el dispensario de pobres. Era el segundo hijo del matrimonio; la primera fue Elisa, que había nacido cuatro años antes. Será bautizado en la iglesia parroquial de San Julián, en el barrio del Centro. Como ya sucediera con su hermana, la inscripción en el registro se verificó con el apellido “Iglesias”, tratando de evitar que figurase el más comprometido “de la Iglesia”. Intentaban evitar como fuera esta lacra social que remitía a los expósitos. La familia luchaba para tener una vida libre de las ataduras de su pasado hospiciano, que la sociedad católica consideraba vergonzante. Notemos, de todos modos, que el apellido “Iglesias” con el que fue inscrito en el Padrón municipal en 1853 era muy corriente.

En 1851 se manifestó una fuerte crisis de subsistencias provocada por la sequía que arrasó los campos. Los apuros continuaron por las inclemencias de los inviernos de 1852 y 1853. En un mercado de abastos cautivo como el ferrolano, siempre necesitado de intercambios con las zonas del interior, el precio de los alimentos se disparó en pocas semanas. Ahora, los jornales de cuatro reales de

un peón, los seis de un marinero o los ocho de un carpintero con oficio bien aprendido o los nueve de un cantero no cubrían la ya escasa subsistencia diaria. La indigencia creció hasta límites impensados. La falta de trabajo, la precariedad, la destrucción de empleos y el paro agudizaron las penalidades de las clases populares. Abrieron también la puerta a los conflictos. Ninguna ayuda podía prestar el municipio de Ferrol con los míseros recursos que dedicaba a “calamidades públicas” o a “beneficencia y sanidad”. Las cuentas eran lastimosas. El Ayuntamiento estaba siempre endeudado. La hambruna se extendió de forma imparable: “se llenaron pueblos y ciudades de infinitos desventurados que venían de sus casas, no pidiendo dinero, sino pan”. Ningún socorro podía venir del mísero Hospital de la Caridad, lleno de pobres, enfermos e impedidos.

Por si estas penalidades fueran pocas, el 19 de noviembre de 1853 se detectó un primer caso de cólera morbo en la ciudad de Vigo. No había tratamiento positivo para la cruel enfermedad. El miedo al contagio se extendió desde los primeros casos. Incluso el famoso doctor Pedro Felipe Monlau, consejero de Sanidad del reino, se desplazó a Galicia para evaluar sobre el terreno el sangriento brote. La enfermedad epidémica, que al principio parecía controlada, reapareció en La Coruña, en Orense y en Santiago de Compostela a principios de mayo de 1854. En Santiago incluso se llegó a publicar el Boletín del cólera. Periódico de circunstancias, desde el 11 de mayo al 1 de septiembre. La declaración oficial, aunque parezca increíble, no se realizó hasta el ¡24 de agosto! La comarca ferrolana tuvo que enfrentarse al cólera en medio de una situación complicada que ponía en grave riesgo a la población. Los 18.000 habitantes de Ferrol sufrieron con terror la mayor de las calamidades, y se vieron obligados a hacerlo sin apenas medios. El cólera se instaló primero en el barrio viejo, provocando el contagio a toda la ciudad y aledaños. En el más ventilado y espacioso cuartel oriental, donde vivían los Iglesias, tuvo unos efectos menores. Pero, en conjunto, la falta de trabajo y la terrible crisis de subsistencias de los últimos años agravaron los efectos del brote epidémico sobre una población muy enflaquecida. La mortalidad fue grande entre los pobres.

El cargante ritual oficial durante un proceso epidémico merece un comentario. En un primer momento, la negación de la epidemia era la tónica de las asustadas autoridades. El caos era general, cundía el nerviosismo y no había coordinación. Las discusiones sin sentido de los médicos no aportaban la necesaria agilidad a la hora de combatir el cólera. Crecía la indignación de la gente corriente, aunque sin poder expresarse. El absurdo concepto de “enfermedad sospechosa”

provocaba el espanto y atemorizaba a las localidades sin ofrecer ninguna información. Era el momento en el que los religiosos, los curas, los místicos explicaban la calamidad como el castigo del cielo por los pecados cometidos o por las libertades conquistadas. Al primer tañido de las campanas, la evolución rápida de la enfermedad provocaba la huida de los acomodados e incluso de los sanitarios hacia zonas no contaminadas. El resguardo de sus bienes lo encargaban a serenos y empleados municipales. Por eso, Pedro de la Iglesia se quedó protegiendo los bienes de aquellos burgueses ferrolanos que habían huido. Los hospitales no daban abasto y solo podían ofrecer la consulta de algunos sanitarios. De la mano de los médicos y practicantes huidos, el pánico salió de los centros donde se recluía a los enfermos y se extendió sin control. Los remedios tradicionales eran por completo ineficaces, aunque se aplicaban mecánicamente. Seis de cada cien ferrolanos perecieron en este brote colérico de 1854. Terminada la tempestad, las autoridades se afanaban en negar el volumen de contagios y ocultar el de muertes. Además, elogiaban la protección que habían ofrecido aquellos que en realidad huyeron a la carrera. El Te-Deum de acción de gracias era un puro desfile de acomodados, que justo habían regresado para participar en la brillante procesión. Los pobres del hospital llevaban los pendones. Nada para los que se habían quedado, solo un mísero jornal. Al clarín Pedro de la Iglesia le pagaron unos pocos reales por arriesgar su vida y la de su familia protegiendo las haciendas de los rentistas ricos.

El 25 de junio de 1854, en esta situación de hambruna y enfermedad sospechosa morirá Elisa, la hija mayor del matrimonio Iglesias. El padre continuaba ocupado en la protección de los bienes de los pudientes huidos del contagio. La causa de la muerte fue la escarlatina, que se incubaba en una semana y que entonces no tenía cura. La enferma se fue apagando entre los dolorosos espasmos. Nada podía hacer una familia pobre ante esta terrible enfermedad altamente contagiosa, ni tan siquiera resguardar a Paulino, que tenía tres años cumplidos. Nada había en los servicios de las dependencias del hospital militar, por completo desbordado por la epidemia. Sin medios económicos se la enterró con rapidez en la fosa común del cementerio parroquial, el que se hallaba cerca del baluarte de Malata. Cuando murió la infortunada joven, su madre Juana estaba al final del embarazo de su tercer hijo. Manuelín nacerá el 7 de julio, también en casa, en un momento de desconsuelo por la muerte de Elisa y de calamidad por la presencia del cólera. Pero, ni siquiera el luto se podían permitir los más humildes.

En 1856 el joven Paulino fue a la escuela. Era un colegio público en el centro del

Barrio Nuevo que, sin medios económicos, sostenía el Ayuntamiento de Ferrol por obligación legal. Maestros mal pagados y llenos de deberes, junto a auxiliares aún más necesitados, atendían esta pequeña escuela instalada en un reducido local contiguo al Hospital de la Caridad. Con gran ternura, el socialista Julián Zugazagoitia lo describió así: “le han puesto a estudiar en la escuela pública. El profesor del niño no tiene perfil ni la enseñanza que recibe fisonomía. La educación es rudimentaria [...]. Todo suministrado sin alma, aplicado sin emoción [...]. La sordidez de la clase no le intimida, ni la sequedad de la deshilachada pedagogía de su maestro le ahuyenta el deseo de estudiar [...]”. A pesar de la triste apariencia, la enseñanza era comparable en resultados a la que se impartía en escuelas religiosas de la zona. Era una instrucción que se podría considerar correcta, aunque estuviera basada casi por completo en los métodos tradicionales. En realidad, el aprendizaje de un chico de seis años no era otro que la monótona repetición y aquello que quisiera ver con la inmensa curiosidad que tienen los niños. Pero prestemos atención, porque para los que podían permitírselo, estos rudimentos posibilitaban un desarrollo formativo eficaz. Los deberes religiosos se cumplían en la castrense de San Fernando y en la parroquial de San Julián. Como dirá muchos años después Pablo Iglesias: “las [ideas religiosas] que me habían inculcado en la infancia, y las practiqué, más por rutina que por fe, hasta los dieciséis años... y así, poco a poco, me fui despreocupando de los problemas de tejas arriba. Es verdad que mi madre dejó de preocuparse antes que yo...”.

La ofensa al pabellón español en la Plaza de soberanía de Ceuta fue la excusa del gabinete del general Leopoldo O’Donnell para declarar la guerra al Imperio de Marruecos el 22 de octubre de 1859. A nadie se le ocultó que la Guerra hispano-marroquí era una torpe maniobra del Gobierno para bloquear las protestas sociales con el rancio patriotismo, a la vez que una operación especulativa de negros intereses. La formación de un cuerpo expedicionario “sobre las costas de África” pasará a los anales de la milicia como una garrafal torpeza. Por todo el país se movieron tropas, aunque muchas veces no supieran su destino real. En Ferrol llegaron a contarse más de tres mil efectivos. La mal llamada Guerra de África puso de manifiesto la debilidad de la economía y la hacienda estatal para afrontar cualquier contingencia. Ferrol pudo ofrecer, a finales de 1859, el auxilio de 194 buques de vela de la marina mercante y cinco buques a vapor. Con este potencial, la villa ferrolana se convirtió, junto con la ciudad de Vigo, en un dotado puerto que proveía de materiales auxiliares, abastos y alimentos al ejército de las costas de África. Los favorables contratos de aprovisionamiento con la Administración militar, suscritos en las dependencias de La Coruña,

regeneraron la estancada economía de aquella área periférica. Mientras, la distancia entre ricos y pobres crecía hasta límites irrespirables.

Los diversos cuerpos del ejército expedicionario permanecían estancados en la península y sin medios. Era una imagen rara, incluso extravagante. Para dotar a las tropas se tuvo que acudir a las dádivas de la población. Un vecino de la ciudad de Orense llegó a ofrecer 137 libras de tocino. Unas ofrendas que no eran voluntarias y que en demasiados casos consistieron en el obligado devengo de pagas y dinero a los indefensos funcionarios. El aporte popular de todo tipo de materiales, especialmente hilas para vendas, indicaba hasta qué punto era lastimoso el equipo de la campaña africana. La terrible realidad era que ni tan siquiera se llegaban a formar los botiquines de compañía con todos los utensilios necesarios. El Hospital militar de Ferrol, servido por una plana administrativa de 40 personas, con 14 facultativos activos y 11 capellanes, tuvo ingresados 120 enfermos diarios por los efectos de la expedición africana. La preparación y el desarrollo de esta breve campaña puso al descubierto la miseria de la administración isabelina. Se vio la imposibilidad de afrontar situaciones excepcionales, como había sucedido con la catastrófica actuación durante la epidemia de cólera y como pronto volverá a suceder.

En el otoño de 1859, se produjo un caso que por desgracia era bastante frecuente entre las familias menesterosas. Pedro de la Iglesia enfermó de demencia a los 46 años y, al ser internado provisionalmente, desaparecerá de la vida de la familia Iglesias. Este será un secreto celosamente guardado, que jamás aparecerá en los escasos comentarios de Paulino sobre su infancia. Nunca más se recordó esta trama en la vida de la madre y del hijo. No hay caso de conciencia en esta desaparición, ni nada raro. Se ha elaborado una explicación sobre el internamiento por demencia de Pedro de la Iglesia, que con toda probabilidad estuvo provocada por el triste escenario que tenían en Ferrol. El relato parece consistente dada la situación de aquella pobre familia. En la zona coruñesa no había ningún asilo público para estos casos y, pasado un tiempo prudencial, a los pobres se les trasladaba al Hospital de Dementes de Valladolid. Cumplido el traslado del infortunado padre, quedaba una madre con dos hijos. Juana trabajaba de forma ocasional en el servicio doméstico, cocinando o lavando ropa, y no tenía otros medios de subsistencia conocidos. No podía escapar de la pobreza con el mísero socorro de la municipalidad. Pronto quedó en el más terrible de los desamparos. Le resultaba prácticamente imposible pagar la renta semanal del modesto habitáculo que ocupaban en el barrio de Esteiro, como tampoco podía atender los gastos mínimos de la escasa manutención. La

alimentación era ahora más cara por los efectos multiplicadores que había comportado la contienda que se desarrollaba en tierras africanas.

La madre de Pablo Iglesias quedó situada en una penuria aún mayor que de ordinario. La pensión del municipio con seguridad no superaría los tres reales. Una asignación que era menos de una tercera parte del sueldo de un empleado. Aún acudía al mal pagado trabajo doméstico en alguna vivienda militar del departamento marítimo. Ante esta situación, con dos hijos menores a su cargo, Juana Posse buscará la insegura salida en desplazarse a un lugar donde pueda conseguir unos ingresos que al menos le permitan subsistir. Una incierta solución al drama familiar y personal que estaba viviendo. Tenía 41 años y era una mujer sola, sin familia en la localidad. En sus condiciones la decisión no era nada fácil, pero los tormentos pasados le imponían esta única lectura en el libro de la experiencia. Ante este escenario de estrechez, acudirá a su familia en Santiago de Compostela. Pedro se había criado en el hospicio orensano y a nadie tenía. La familia Posse estaba al servicio de los Altamira y quizá podrían ayudarla. Un hermano de Juana estaba empleado como criado en el madrileño palacio de los Osorio Moscoso en la calle de la Flor Alta. Allí se quería dirigir la infortunada madre para pedir trabajo. Por ello, a principios del verano de 1860 desmontó con rapidez su vivienda en Esteiro, los pobres enseres de una vida de reveses que había durado casi dos décadas. Poco tenía y menos se llevaba. Había resistido con tenacidad los últimos meses, pero sin hallar solución que le permitiese quedarse. Sus raíces no estaban allí, sino con sus hijos donde fuera.

Desplazarse a la capital del reino por los difíciles caminos era costoso en todos los aspectos. La vía de comunicación principal, que enlazaba La Coruña con Madrid, era la única practicable. Los caminos sin empedrar no podían recorrerse sin ayuda. Juana, con sus pobres bártulos, ya había recorrido los 66 kilómetros desde Ferrol hasta la ciudad de La Coruña. Quizá venga de aquí la sentida interpretación que han dado algunos biógrafos del “transporte tirando de un pequeño carro con sus dos hijos” y que a veces recordaba Pablo Iglesias. Como es natural, una inmensa tristeza presidía aquel traslado. En el cementerio de Malata quedaba Elisa, quizá en el hospital para dementes permanecía Pedro, pero no se podía mirar atrás. Desde La Coruña se recorrían 108 leguas, unos 600 kilómetros, hasta llegar a Madrid. El largo viaje lo realizará en un ordinario, que serpenteaba con lentitud el camino. Estos transportes estaban servidos por la compañía Antigua de Maragatos, establecida en Madrid en el 47 de la calle de Segovia. Eran los famosos arrieros que seguían el “camino gallego” o “de maragatos”, parando en posadas y en los lugares convenidos. Desde siempre, la

arriería maragata había transportado pescado y productos de abastos por la famosa ruta gallega. Este carro de arriero, a veces grande y con cuatro ruedas, al que se ponía ordinariamente una cubierta o un toldo de un lienzo bien fuerte, era uno de los medios de transporte más frecuentes por los estrechos caminos de la España isabelina. Juana apalabró el viaje, aunque con poco dinero. Fueron por Santiago de Compostela y tal vez pudo recoger algo de sus parientes para costear el largo recorrido.

El viaje duraba varias semanas y estaba lleno de riesgos. No era nada descartable la presencia de bandidos en unos caminos poco controlados por la escasa fuerza pública. Peligros mayores si pensamos en una madre con dos hijos de corta edad y prácticamente sin dinero. Seguramente este era el único medio de viaje que, no sin unos significados problemas para pagarlo, pudo convenir Juana con el conocido arriero maragato “un hombre de cráneo afeitado con sombrero ancho”. Para subsistir durante estos largos días se apostaba con decisión en las paradas y cuidaba de tener lugar para sus dos hijos. Paulino tenía ya diez años. En las posadas o en los mesones de etapa se ofrecía cobijo a los viajeros, un jergón en el suelo, y la posibilidad de condimentar algo. A veces se podían comprar alimentos o buscarlos. En Tordesillas se conectaba con la ruta ordinaria de Valladolid, donde Pedro de la Iglesia podía hallarse recluido. La marcha continuó hacia Adanero para entrar en las localidades de Villacastín, San Rafael, Villalba, Galapagar y hacia el final Las Rozas. La imagen de la capital que contemplaron desde los polvorientos caminos tardará en borrarse. La compañía Antigua de Maragatos paró en la plaza de la Paja, cerca de allí se instaló la familia Iglesias. Era en un humilde habitáculo, seguramente en régimen solo “de dormir”. En el interminable viaje, las condiciones habían sido muy duras. Las difíciles circunstancias habían resquebrajado la débil salud de los niños, especialmente la de Manuelín.

Madrid era en aquel tiempo, a la vista de todos, un espacio en construcción. Justo se habían retirado los arcos triunfales del desfile de las desgarradas tropas que llegaron de la campaña de África. En la calle Ancha de San Bernardo se había abierto la fuente provisional de las aguas que se traían del canal de Lozoya. La Puerta del Sol albergaba todavía las viejas casetas con el andamiaje. El Pontón de la Oliva dejaba ver el canal de Isabel II en lenta construcción. La armonización entre los intereses privados y la legislación urbanística era prácticamente total. Consistía esta armonía en construir como se quisiera, sin ningún control. Antonio Flores escribió, con su estilo directo, que los caseros ponían ley al Ayuntamiento “cuando en virtud de la expropiación le compra la

finca y la derriba para ensanchar o estrechar la calle”. Y añadió que “las casas de Madrid parecen un regimiento de reclutas, que siempre se están moviendo, sin acertar nunca a entrar en línea”. En 1860, la Villa y Corte tenía 298.428 habitantes censados. Era un crecimiento modesto, pero real. Entre 1860 y 1865 se estimará en más de 14.000 los jornaleros atraídos por las obras de todo tipo que se emprendían en la bulliciosa capital del reino.

La madre de Paulino fiaba del hondo saber que se atesora por las experiencias tristes; dolor había acumulado mucho. La terrible realidad era la de una mujer sola sin recursos de ninguna clase, analfabeta, con dos hijos menores y en vivienda solamente de a dormir. Paulino tenía 10 años y Manuelín, a quién afectó mucho el cansancio y las penalidades del viaje, contaba 6. En esta situación tan desamparada, Juana se dirigió al encuentro de su hermano en los contiguos aposentos de aquel soberbio palacio de los Osorio Moscoso en la calle de la Flor Alta, esquina a San Bernardo. El mal pagado servicio vivía por lo general en las dependencias de palacio. Fue proverbial el volumen de criados asentados en casas nobiliarias como la de los duques de Alba o la de Medinaceli, y los Altamira no debían de ser menos. Juana venía con la idea de colocarse en cualquier trabajo de servir y sin duda traía cartas con vagas seguridades de su familia compostelana. Pero, como nos relata Juan José Morato, “cuando la desvalida familia llegó a Madrid, agotados los recursos, el pariente acababa de morir”. La fatalidad se ensañó de forma cruel con la pobre madre, pero con coraje deberá iniciar otra vida.

Juana buscará un trabajo para subsistir en aquella ciudad agitada. Era una madre que se agarraba a Paulino y Manuelín. Ganar algo era una urgente necesidad. Cualquier cosa que pudiera hallar, incluso los trabajos que ofendían la beatería católica. Este momento de fiera resistencia, sin apenas recursos, se alargará durante unos inacabables meses hasta finales de diciembre de 1860. Era cierto que Madrid tenía entonces una situación cercana al pleno empleo, pero no había trabajo para una mujer sola, sin oficio y con dos hijos a su cargo. Mientras pudo se mantuvo reinstalada en la buhardilla de la plazuela de la Morería, en el distrito de Latina. De los arrieros maragatos podía sacar algún trabajo marginal, pero aportaba sustento. Compartía un estrecho habitáculo en aquellas chupadas casas de vecindad con alcobas oscuras y sin ventilación. Era una situación frecuente para los desheredados sin domicilio en este Madrid en crecimiento. En todo caso, y aunque nos parezca increíble, esas casas de vecindad podían llegar a albergar, en los diferentes niveles, hasta 130 personas en las del barrio de Inclusa y una cantidad poco inferior en el de Latina. Pagaba una renta de siete u ocho

reales semanales, y eso siendo económica. Esta cantidad era efectivamente pesada. Cuando costaba pagar se movía el término del alquiler, que pasaba a ser diario. Todo en manos de los crueles procuradores de fincas, que aparecen en la literatura caracterizados como monstruosas sanguijuelas. La situación de "embocinamiento", de no caber nadie más, hacía de cualquier rincón un preciado valor para estos explotadores del infortunio.

Vivían en una buhardilla sin servicios, baja de techo, malsana, con una escalera estrecha y sucia, una apurada higiene común en las plantas, letrinas comunes de pozo negro. Añadiremos la trabajosa necesidad de subir agua, cuando la había. Era una zona de aguadores asturianos y gallegos, que la recogían en la fuente pública y calmaban la sed de los barrios, según cuenta Mesonero Romanos. Un barrio habitado ahora por los que habían venido a la búsqueda de un trabajo en las obras del Ensanche, en los canales en construcción o en el último acondicionamiento preparado para los ferrocarriles. Con unos ingresos de entre seis y ocho reales por jornal trabajado, les resultaba complejo a estos peones mantenerse en una ciudad en crecimiento constante. Las redes de solidaridad funcionaban para mantenerse en frágiles condiciones. Las tahonas, que expedían el pan, pasaron de las 138 de 1857 a superar con amplitud las 150 solo tres años después. Sin duda la mayor empleadora de la ciudad era la Fábrica de Tabacos (también llamada de cigarros), situada en los locales de la antigua real fábrica de aguardientes de la calle de Embajadores, dentro del barrio de Inclusa. Tenía en nómina a unas 3.000 operarias, que siempre fueron muy combativas en defensa de sus derechos. Las "cigarreras de Embajadores" gozaron de fama, porque no se amilanaban por nada e incluso fueron protagonistas de aplaudidas zarzuelas. Juana, sin ninguna preparación, no podía meterse entre las costureras o las remendadoras, ni en ninguna de las colocaciones temporales ofrecidas por los talleres instalados en el interior de la ciudad. Tampoco consiguió el empleo de cinco reales en el servicio doméstico de una casa burguesa. La infortunada madre caerá en la marginalidad.

Prácticamente al final de la escalera social, que Juana Posse iba descendiendo peldaño a peldaño, se encontraban los trabajos sin ningún cobijo, sin manutención, con cobro a metálico y no siempre seguro. Además, había que pagar la protección. Estas ingratas y sufridas faenas, abundantes en una ciudad con un rápido crecimiento, eran una especie de recurso final. Uno de estos trabajos accidentales era lavar ropa en las mugrientas terrazas del río Manzanares. Había 66 lavaderos en funcionamiento, con un contenido superior a las 3.200 bancas de lavar, y aún continuaba el auge de este insano trabajo. Estos

lavaderos eran un próspero negocio para los espabilados especuladores que alquilaban a un buen precio el duro asiento de la miseria. Estas mujeres que, vidriando sus manos, lavaban la ropa de los pudientes, la recogían en las inmediaciones cuando la traía el servicio o algún propio. La España del 20 de noviembre de 1860, se propuso enumerar las mejoras que se verían en Madrid dentro de un siglo, es decir, en 1960. Leamos uno de los puntos: “Habrá lavaderos interiores y en varios puntos de la villa, que ya se llamará Ciudad, con agua abundante, baños públicos anexos para las clases menesterosas”.

La banca de lavar era un desarmado cajón de madera en el que se colocaba cada lavandera para preservarse algo de la humedad, con una tabla delante, sujeta con estacas clavadas en la arena, que servía para lavar sobre ella. En momentos de crecida del río, “en confuso torbellino de aguas sucias, arrastra en su pasajera corriente cuanto al paso encuentra, inunda las márgenes de las riberas, arranca las bancas de las lavanderas, se lleva la ropa sucia y la que está tendida a la vergüenza, y va sembrando el luto y la miseria entre aquellas pobres mujeres [...] que no ganan apenas lo suficiente para comer”. A veces el frío era tan intenso que la pobre lavandera tenía que romper el hielo para poder lavar. Además, las mujeres que lavaban la ropa en aquellos prados se veían obligadas a llevar consigo a sus hijos; las más afortunadas los habían dejado a cargo de la solidaridad de vecinos necesitados.

Detengámonos un momento para comprender hasta qué punto este trabajo era penoso, hasta dónde podía llegar la explotación. Las lavanderas asentadas en las sucias riberas del Manzanares no podían hallar otra ocupación. En las bancas trabajaban numerosas viudas o mujeres solas, sin oficio. Algunas vivían cerca del Puente de Segovia “en unas chozas sórdidas y muy miserables”, en un inmenso prado lleno a rebosar de palos y tendederos. La inmundicia era impresionante. Otras bajaban desde la zona de las Peñuelas o de las inmediaciones de Embajadores al paso de las calesas que, sin acercarse demasiado, traían a lavar ropa en aquellos cochambrosos bancales. Por si fuera poco, las lavanderas se veían obligadas a pagar para conseguir un puesto o una banca en el río. Este fue a ciencia cierta el caso de Juana, que al principio se colocó en el subarriendo de una banca de lavar. La angustiada madre, todavía fuerte a sus 42 años, luchaba para sobrevivir. Por todo ello, el primer domicilio de los Iglesias en Madrid está relacionado con la parada de la compañía Antigua de Maragatos y con la ocupación de lavar. Cerca de allí estaban los nueve tronados y mugrientos lavaderos del Puente de Segovia. Pronto se instalarán en otra vivienda, pero no descartemos que fuera por no poder abonar la primera y

para mantener algún contacto con criados del servicio de los condes de Altamira. Era un cuarto pequeño y oscuro en el 9 de la travesía de Cabestreros. Una travesía sucia y arruinada, que tenía entrada por Cabestreros y salida por Embajadores.

Capítulo 2

El joven tipógrafo que viene del hospicio

El hecho de resistir en aquella marginalidad, no posibilitaba a Juana ni atender ni sustentar adecuadamente a sus dos hijos. Es bien cierto que un chico de 10 años como Paulino, y hasta uno menor, podía estar empleado en múltiples y duras tareas. Siempre recordará Iglesias que su pobre madre no les llevó a la marginalidad de los aprendices con poco salario. Juana pensará ingresar a Paulino y al pequeño Manuelín en el que consideraba un asilo protector y ello a pesar de lo desgarrador de esta separación. Protector porque era un sitio donde algo se comía, se cobijaba a los niños e incluso a alguno se le enseñaba tenuemente un oficio. En todo caso, nada más podía hacer, no había otro remedio. Pensemos en alguien que conoce el hospicio, ¡y que debe entregar a sus hijos! Pero, no podía continuar bajando a lavar, en el riguroso invierno, llevando a los pobres niños. Añadamos la poca salud de aquellos dos chiquillos, que en el último año habían pasado desventuras sin cuento.

No era fácil acceder a las pocas dotaciones de los asilos madrileños. Los hijos de Juana cumplían como mínimo los requisitos de la edad: entre 5 y 13 años. La principal dificultad era que Juana, a pesar de ser pobre de solemnidad, no podía acreditar los cinco años de residencia en Madrid. Por contra, la figura de un padre “demente” en la inscripción formal de los menores quizá podía facilitar algo el ingreso. Ahora bien, los contactos del servicio doméstico, las influencias culpables y tal vez la solidaridad habrán de avalar la buena conducta de Juana, obviar el trámite de la residencia, eliminar alguna traba burocrática para hacer posible que los dos hermanos Iglesias entrasen en el Hospicio de San Fernando. En enero de 1861 comenzaba una incierta etapa en la vida de la luchadora familia Iglesias. Los hijos se veían separados de la desventurada madre que esperaba las calesas, cargaba con los abultados cestillos y lavaba de sol a sol en la banca del río. No dejaba de rebuscar un trabajo mejor en el servicio doméstico. Pensaba en un salario digno que le permitiera salir del desamparo y reunirse con sus hijos. La situación para los tres era terrible: el escenario de una vida sin niñez. Pablo Iglesias lo recordará siempre, sin olvidar nunca la tenaz lucha de su madre: “Yo apenas he tenido infancia, he sido siempre un hombre, con lo cual he tenido la desventaja de sufrir antes y más que otros”.

El Real Hospicio General de Pobres del Ave María y Santo Rey Don Fernando, que ahora albergaba a los hermanos Iglesias, estaba en el 84 de la calle Fuencarral. Era un edificio ruinoso, tétrico, con pocas ocupaciones para los niños asilados. Las comidas, “huérfanas de carne”, sustentaban escasamente. Lo recordará Iglesias: “la separación de mi madre me afectó tanto que me quedé como atontado de puro triste. No comía casi nada. Mis primeros meses en el hospicio fueron de un efecto aplastante”. Para Paulino salir del hospicio se convirtió en una finalidad en sí misma, como pasaba con muchos hospicianos. El rigor del centro minó terriblemente la salud de los dos hermanos. El trato de los cuidadores solía ser brutal, pues estaban empleados para vigilar y castigar. Paulino pudo acceder, porque tenía la edad, al aprendizaje de un oficio. Entró en la rudimentaria imprenta del hospicio, que editaba publicaciones de los ministerios. Era un local amplio, sucio y frío. “Tropecé con el primer hombre duro de corazón: el regente. Tenía un genio muy áspero y muy cortos alcances para poder distinguir los niños dóciles de los indómitos, y maltrataba a todos igualmente”. La enseñanza era práctica y se usaba a los niños casi como cautivos; pero se aprendía algo de oficio. El trabajo del muchacho de 11 años se encaminaba a la tipografía, aún sin la necesaria consistencia. Era un trabajo que podía hacer fuera de las tapias del hospicio.

Con las bases del oficio, conoció a Augusto Burgos, un afable redactor que usaba los servicios de la imprenta del hospicio. Con él aprendió algo más que lo rudimentario. Era una buena persona, que le trató con mucho afecto. En las navidades de 1862 el viejo regente encerró a los aprendices para acabar un trabajo. Iglesias escapará y al volver será apaleado. Pero, como nos explica el tipógrafo Morato, “llegó un día en que se consideró con habilidad bastante para ganar lo preciso al sostenimiento suyo y de su madre, salió del hospicio con pretexto de un recado del regente para la Diputación, y no volvió más”. La huida fue fácil, no lo era tanto dejar a su hermano. La realidad era que Paulino Iglesias, un joven de 12 años, había comenzado una vida distinta. ¡Se le dio de baja en el registro de acogidos el 23 de mayo de 1863!

Paulino huyó del Hospicio de San Fernando con algo del oficio de tipógrafo aprendido. Pero, claro, no tenía ninguna experiencia. Pronto, en aquel trabajo de diestros artesanos, tuvo que enfrentarse a la tremenda precariedad de los aprendices. Su hermano se había quedado asilado para aprender el oficio de zapatero. Nada tenía Paulino al salir del hospicio, solo la certeza de atrincherarse con su madre y luchar para subsistir. El visible empobrecimiento de la población madrileña en este período estaba estrechamente ligado a las medidas que

tomaron los gobiernos respecto a una crisis que ya estaba aquí. La falta de trabajo había agravado el sufrimiento y provocado la exclusión social de muchos artesanos y obreros cualificados. La destrucción de empleo y la caída de los salarios dejaban a las clases populares en el desamparo. Sin trabajo, sin ingresos, miles de personas caían en la pobreza. Empeoraban a ojos vistas las condiciones de vida y crecía sin freno la desigualdad. Los movimientos de protesta, a veces espontáneos por pura desesperación, eran duramente reprimidos. En aquel sistema feroz, depredador, la única esperanza para sostenerse era la familia y la solidaridad. La madre de Iglesias, había conseguido un trabajo “en una casa fija” cerca de la plaza de la Paja, con un salario que podía rondar los seis reales diarios y a veces también se le acompañaba una flaca manutención. Ahora bien, en la casa de la madre y el hijo solo el sustento se llevaba casi cuatro reales y había que reservar otro tanto semanal para pagar el alquiler. Era necesario, pues, que el joven Iglesias buscase pronto un trabajo.

Un joven aprendiz de tipógrafo, con alguna habilidad adquirida en el hospicio, podía aspirar a un salario que rondaría los 13 o 14 reales a la semana. Quizá podría conseguir algo más si había mucha labor y recados. Digamos de pasada que los viejos tipógrafos madrileños se imaginaban a sí mismos como trabajadores de un oficio distinguido y parecían no admitir rebajas en sus salarios. Y aunque nos pueda parecer increíble, no luchaban para mantener sus tarifas. Formaban parte de un gremio antiguo que se iba extinguiendo. Las 98 imprentas madrileñas eran dispares en tamaño, volumen de negocio y modernidad. En todas las empresas, los regentes y los tipógrafos de siempre se consideraban auténticos maestros del arte de imprimir. No admitían polémicas sobre su arte. En esta situación del oficio, el primer empleo lo encontró en una discreta imprenta de la calle de la Manzana. Era un establecimiento que estampaba para algunos profesores de la Universidad Central. En la tipografía estaba retrasada. Con sus viejos moldes había confeccionado el Diario Universal, que salió en enero de 1863 y tuvo una vida muy corta. Esta mugrienta imprenta no reunía condiciones, ni siquiera higiénicas. Se anunciaba con un sucio tendal que daba a la calle. Paulino, aunque menesteroso, tenía sed de aprender y aquel trabajo no le ofrecía casi nada. Porque, un joven de 13 años hacía muchos recados, limpieza, pocas composiciones y nunca le dejaban manejar los cajetines.

Pronto buscó trabajo en imprentas donde pudiera aumentar sus conocimientos o al menos aprender algo. Y aunque entonces a nadie le duraba el empleo, un aprendiz era un trabajador barato. Durante un corto tiempo trabajará en la

imprenta de Patricio González, en la calle del Limón, frente al Cuartel de Conde-Duque. Tenía poca profesión y, como nos dice Morato, “le obligaban a realizar faenas tales como sacar agua de un pozo para regar el jardincillo, y desde luego nada compatibles con el vigor físico de un muchacho larguirucho y mal alimentado”. Pero, repentinamente, en 1864 aquella imprenta fue elegida para estampar una cuidada edición de El Quijote. Casi sin saberlo se le permitió manejar la caja española, el componedor e incluso a veces las pinzas. Sin duda era un buen progreso en la profesión. El salario también aumentó hasta casi los cuatro reales por jornada.

Las condiciones de trabajo en la tipografía madrileña eran duras, en especial para los aprendices y recaderos. Como en otras ocupaciones, existía una rígida jerarquía que controlaba el trabajo de arriba a abajo, sin piedad. Los encargados de los pequeños talleres tipográficos solían ser los más severos, a veces incluso brutales. Los salarios los pactaban unas comisiones de patronos y oficiales de imprenta. Estas comisiones, en nada tenían en cuenta al conjunto de los trabajadores, solo pensaban en los tipógrafos de categoría. Estos operarios no hubiesen admitido nunca la denominación de proletarios, que consideraban destinada a obreros de fábrica, de taller o bien a jornaleros de otros oficios. Los tipógrafos de renombre continuaban soñando con unos privilegios que ya no tenían. La realidad era distinta. La paga en las imprentas era similar, cuando no igual, a la de otros oficios y sus condiciones de vida en poco o en nada diferían de las que tenían los proletarios. Por contra, esta situación de precariedad incrementaba día a día el compañerismo entre el crecido número de aprendices tipógrafos e inclusive entre los operarios o los cajistas. Poco y menos ganaban un peón, un empleado subalterno y un aprendiz tipógrafo. Esto era una evidencia y dejaba atrás el gremio estirado para abrazar cada vez más la solidaridad.

Uno de los ambientes donde se hablaba de las condiciones de trabajo y de la necesaria solidaridad era la taberna. A veces, en sus pringosas mesas, incluso se pagaba el jornal de los obreros. El joven Iglesias pocas veces podía acudir a la taberna. No se trataba de distancia o de moral, sino de dinero. No consumía, porque no podía pagarlo; ni siquiera unos baratos azucarillos. En la triste situación de la familia Iglesias cualquier ingreso era indispensable y cualquier gasto se evitaba. Para conseguir algo más el joven aprendiz trabajaba a veces en lo que se llamaba una “tanda”, o sea, un grupo de tipógrafos que hacía un trabajo concreto en poco tiempo. Los aprendices trabajaban a las órdenes de operarios competentes, que en estas ocasiones actuaban como patronos y les pagaban. En estos encargos fuera de la imprenta no se abandonaba la solidaridad. Lo

recordará muchos años después con su fina precisión. Sus recuerdos serán básicos, como sus amistades; unos y otras siempre le acompañarán en la militancia. En uno de estos trabajos fuera del taller conoció a Matías Gómez Latorre, que pronto será un buen amigo y continuará a su lado. Del mismo barrio y de la misma edad era el compañero Casimiro Muñoz Matilla. Esta solidaridad "de barrio pobre", esta situación igual en la precariedad, esta primera lucha, resulta imprescindible para entender los contactos y la larga trayectoria que realizarán juntos.

Con el oficio más aprendido, Iglesias entrará en una imprenta de la calle de la Bola con un salario algo mayor, quizá llegaba a seis reales diarios echándole horas. Llamó pronto la atención del regente de la imprenta por su aspecto desabrigado, necesitado, por sus inmensas ojeras. Antonio Peñuelas le vio capacitado. Pronto le proporcionó más trabajo y algo muy importante: cuidó que aprendiera mejor el oficio. Así, cuando en 1865 entra en la imprenta Valverde sus capacidades estarán bastante desarrolladas. Años después recordará que allí ganaba hasta 2 pesetas diarias. Aprendió con soltura a hacer las "fórmulas", aquellos cálculos fundamentales del lenguaje tipográfico. En aquella imprenta se editaba el matutino La Iberia y el vespertino La Soberanía Nacional. Para Paulino, una persona que quería instruirse, la lectura furtiva de aquellos dos periódicos combativos, enérgicos y de inspiración democrática resultó fundamental.

El año 1865 pasará a las narraciones como el año del cólera, de dificultades y de miseria. La crisis económica dejó al descubierto la especulación más descarada sobre la construcción de edificaciones emprendida en Madrid. No había ni suficientes capitales, ni necesidades reales que justificaran aquellas obras. Era algo faraónico. A la vista de este escenario, se paralizaron las construcciones. Como si fueran fantasmas, se veían las siluetas borrosas de los edificios inacabados. Los obreros de la construcción en paro fueron lanzados a la más terrible de las adversidades. Esta mengua de trabajo, que pronto fue general, empeoró las condiciones de vida de la población. Bajaron aún más los ingresos de las familias populares, que pronto cayeron en la indigencia. Los artículos de primera necesidad multiplicaron sus precios hasta llegar a ser prohibitivos. Pronto, la crisis de subsistencias se visualizó por todo el país. Las protestas y los tumultos ante las tahonas no podían ser contenidos por los guardias municipales. La carne se esfumó de los pucheros de las clases populares. Algún desaprensivo vendió alimentos sin control o en mal estado y provocó sufrimiento e incluso muertes.

Sin ninguna piedad, los odiados impuestos de consumos continuaban gravando las viandas y casi todo. “Para dar penas sin fruto / no hay como el tributo”, se decía. La mendicidad se extendió aún más. En las esquinas del centro mendigaban los jornaleros sin actividad, un torbellino de obreros que solo un año antes tenían trabajo. Ya no les era posible vivir con alguna dignidad, a veces ni vivir, y se lanzaban a la calle. La inseguridad, que parecía desterrada, se apoderó de nuevo de algunas calles y plazas. Ante esta situación, ninguna medida de socorro cabía esperar de las autoridades. Porque la caridad rancia de los poderosos y de la Iglesia no alimentaba, solo controlaba.

Ante el temor de la nueva epidemia de cólera los pudientes huyeron de la ciudad. Como venía siendo habitual una multitud de serenos y criados cuidaron de sus propiedades exponiendo la vida a cambio de bien poco. Tanto los obreros que tenían trabajo, como los parados siguieron en la ciudad. Paulino, con 16 años, continuaba como aprendiz en la imprenta Valverde. En el hogar de los Iglesias, los 80 reales se quedaban cortos. Pero, en aquella situación de crisis, no había forma de conseguir más. Entonces se presentó su hermano Manuelín, arrojado del Hospicio al cumplir los 12 años. Al poco tiempo, entró como aprendiz barato en una zapatería, pero no tenía salud. Ante este escenario de escasez, Iglesias empezará a trabajar en la imprenta de Julián Peña, en la calle del Rubio. Peña era un propietario basto, de muy mal trato y pagaba pésimamente. Así lo recordará Iglesias en sus escritos: “Si yo fuera capaz de odiar que nunca lo he sido, habría odiado a aquél Peña... Le faltaba corazón para sus operarios”. Pero, aunque las condiciones eran malas, aquel muchacho no tenía otra elección que continuar trabajando. Ello no quiere decir en absoluto que se plegara a las exigencias del patrono sin contestar. Paulino estaba en las redes de solidaridad, e incluso de lucha, que con gran esfuerzo construían los tipógrafos. No se conformaban los asociados con los precios fijados por las comisiones de patronos y operarios. Los trabajadores de las imprentas protestaban con fuerza y entre los que se rebelaban estaba el joven Iglesias.

La crisis social abrió de par en par las puertas del régimen y dejó ver a todo el mundo las podredumbres. Mientras los ricos se gastaban enormes cantidades en lujo, el desamparo al que se enfrentaban muchas personas era dramático. La impopularidad de los políticos de turno ya hacía tiempo que había alcanzado a la reina. Las intentonas para cambiar esta situación habían fracasado. El 2 de mayo de 1866 se manifestaron las clases populares para pedir reformas y fueron reprimidas. Un chico de 16 años como Iglesias veía las protestas y la represión. El 22 de junio se sublevaron los sargentos del cuartel de artillería de San Gil, en

la plaza de San Marcial. La brutalidad del régimen fue enorme y le costó la vida a 66 sargentos, que fueron fusilados de mala manera. Los intensos combates provocaron otros 200 muertos. La reina llamó al general Narváez y se impuso el terror. Será la cárcel o el destierro para los rivales. Los periódicos fueron censurados o cerrados. Para los tipógrafos esto comportó menor trabajo y trajo más paro. Como suele suceder, los patronos de las imprentas aprovecharon para rebajar los salarios a todos. Esta situación avivó la protesta, en la que participó el joven Iglesias. A pesar de las agitaciones, la situación de necesidad impuso las nuevas tarifas y, además, se rebajó el destajo. En el hogar de los Iglesias empeoraron las condiciones de vida, que ya eran necesitadas. En la primavera de 1867 se trasladaron a otro habitáculo con una renta más asequible en una casa de vecindad de la travesía de Cabestreros. Tal vez acogieran un huésped. En esta vivienda murió Manuelín, enfermo de tuberculosis. No había curación, ni medicamentos, ni pócimas para los pobres. La escena familiar era conmovedora. La muerte del infeliz joven destrozaba sin remedio otro anillo en la lucha que sostenían madre e hijo para vivir con dignidad.

Hasta entonces, la lucha de Paulino se había limitado a las reivindicaciones de salario desde las asociaciones de tipógrafos y poco más. A pesar de esta lucha tan tibia, los aprendices de tipógrafo, entre los que se hallaba el joven Iglesias, fueron despedidos por los intransigentes patronos. Fueron a engrosar las listas de parados y jornaleros que se concentraban diariamente en la Puerta del Sol, que continuaba en obras. Buscando amparo, algunos aprendices trabajaban a destajo y mal pagados en pequeñas empresas, incluso fuera de Madrid. Iglesias entró en la imprenta de Juan Fernández, con menor salario y sin reconocerle su destreza. En este pequeño establecimiento, “oprobio del arte de Gutenberg”, dirá Morato, se editaba La Democracia republicana. Es un elemento que deberemos anotar cuidadosamente en la formación del futuro líder del socialismo español. Pronto, los acontecimientos se precipitaron. No se podía soportar más aquel régimen. La reina y parte de lo que representaba fue expulsada por la Revolución Gloriosa de septiembre de 1868. Porque, como expresaría con gran acierto Francisco Pi y Margall, aunque esta revolución no se hizo para expulsar a los Borbones, ni para establecer principios democráticos, “los Borbones cayeron y la democracia imperó”.

Capítulo 3

El gallego en la sección de la Internacional

En aquel momento crucial, la tipografía madrileña estaba en horas bajas. Los conflictos entre los viejos tipógrafos y los nuevos trabajadores por el pago de las tarifas se habían vuelto a agriar. El 22 de noviembre de 1868 se constituyó la Sociedad de Socorros Mutuos de Cajistas de Imprenta. El acto, al que acudió Iglesias, tuvo lugar en el Circo Price. De nuevo, le encontramos en la lucha y en contra de los viejos pactos. Por fin, hallamos a los tipógrafos en la rebelión contra la injusta situación que vivía la clase obrera. Algunos como José Mesa, amigos de Iglesias, estuvieron en las barricadas y en primera línea durante la pasada revolución. Pero, vivir en un hogar menesteroso no le permitía al joven Iglesias acudir demasiado a las tertulias en las tabernas, ni comprar un periódico de suscripción de cinco reales. Sí que asistirá a las clases que gratuitamente se impartían en unos pequeños locales del Ministerio de Fomento. Sus compañeros le empiezan a apodar el Gallego. Paremos un momento para decir que Paulino era por completo consciente de la necesidad de una sólida formación. A pesar de ello, por la tardía forma de adquirirla, toda su vida continuará prisionero de la falta de bases regulares a la que siempre hará frente con tesón. En otro plano, pronto entrará en contacto con los círculos del Club de Antón Martín, el modelo republicano del Sexenio, y con los internacionalistas que se reunían de tapadillo en el Café de la Luna. En estos núcleos de intensa solidaridad estuvo a través de buenos amigos, aunque sin ningún protagonismo.

Como respuesta a las espantosas condiciones que soportaban los obreros y usando las pocas posibilidades legales, el 24 de enero de 1869 se fundó en Madrid un núcleo provisional de la Asociación Internacional de los Trabajadores. La sociedad tenía unos 300 miembros, entre los que había numerosos tipógrafos; destaquemos al inagotable y puro Anselmo Lorenzo. En los locales de la Internacional, en la calle de las Tabernillas, se contaban 180 tipógrafos. Quizá no eran demasiados, pero se mostraban combativos. Cambiar de Gobierno nada había significado en la mejora de las condiciones de vida de las clases populares. Las borrosas garantías ofrecidas por el general Prim eran una ilusión que pronto se desvaneció. Al grito de trabajo y mejores condiciones

de vida desfilaron los “obreros de todas clases” por las principales calles de la capital hasta que fueron reprimidos con brutalidad. La realidad era que Prim era por completo insensible a las protestas y quizá para echar más leña al fuego volvió a llamar a una quinta. Ante esta provocación, la multitud furiosa le apedreó en el Paseo del Prado. El republicano Emilio Castelar le fustigó en las Cortes. El sagaz político gaditano le soltó: “pagamos el doble a nuestros 500 generales inútiles que a todas nuestras escuelas, que a todas nuestras universidades, que a toda nuestra instrucción pública”. Pero todo fue inútil.

En aquel momento se podía ver claramente que las grandes imprentas de la capital habían modificado su técnica. Se habían transformado por completo en empresas capitalistas, pendientes del beneficio. Las pequeñas imprentas, con acceso limitado a la rebaja de los precios del papel, se habían reducido en favor de las empresas de mayor capital. Podríamos decir que los establecimientos pequeños quedaron condenados a realizar trabajos por encargo de las grandes compañías de edición. Los periódicos se encaraban como un negocio que podía ser lucrativo, al igual que los “pliegos de cordel” y las publicaciones populares. Para los nuevos patronos, las tiradas de los diarios debían asegurar un beneficio o tener unos ingresos antes de la edición. Entre las pocas defensas de los obreros del arte de imprimir estaba la sección de tipógrafos de la Internacional. Iglesias ingresó en esta sección el 13 de marzo de 1870 y se le dio el número 57. Estaba en esta asociación con amigos como Matías Gómez, Casimiro Muñoz o Diego Valero. En el deambular por estas imprentas aparecerán entre sus amistades los jóvenes Felipe Peña y Antonio García Quejido. Era una notable red de solidaridad que se había forjado en el aprendizaje y que seguía intacta. Así, el Gallego asistía con puntualidad a las reuniones, además de ampliar sus amistades y situarse en otros ambientes. Mantenía su fama de buen trabajador, cumplidor, ordenado, además de ser un compañero enérgico y medianamente instruido, aunque pobre. En las reuniones de taberna consumía poco o nada. Añadamos que su militancia en la Internacional era fruto de la conciencia, de la reflexión, no únicamente de la necesidad.

Desde las páginas del periódico La Solidaridad se lanzó la idea de celebrar un congreso obrero para toda España. De inmediato se difundió la convocatoria en diarios amigos. El lugar de celebración se consultó a todas las organizaciones. Preguntarlo a las bases fue un triunfo espléndido. El resultado será que se celebre en Barcelona, pero se vieron obligados a aplazarlo por diversas razones hasta el 18 de junio. Entonces, en toda España se manifestaban con tenacidad las clases populares contra las quintas, contra la contribución de sangre. La

situación de explotación ya no admitía más pactos, se había perdido cualquier fe en los cambios que podía traer la revolución burguesa. A finales de abril se había dado a conocer un manifiesto de la Internacional para boicotear los actos del 2 de mayo y no asistir a las festividades patrióticas. Mientras, se escogieron los delegados que asistirían al Congreso de Barcelona y se prepararon las conclusiones que expondrían en sus sesiones. En estas discusiones participó Iglesias de forma activa, aunque de momento en segundo plano.

El Congreso de Barcelona, que se inauguró el 19 de junio en el Teatro del Circo, marcó un antes y un después. Las conclusiones de los 90 delegados sobre los objetivos de la lucha obrera habían provocado intensas discusiones, pero dejaron abiertas muchas posibilidades. A finales de junio los tipógrafos madrileños eligieron a los afilados Paulino Iglesias, Victoriano Calderón y Eligio Puga como miembros del Consejo de la Federación local. Solo habían pasado tres meses desde que Iglesias entrase en la sección y ya obtenía un encargo de los afiliados. Su nombre empezó a sonar en círculos que antes le eran desconocidos o que no había frecuentado. Siempre atento espectador de la realidad de la lucha obrera, ahora pasaba a la militancia activa. El paso era fundamental. Por otra parte se colocaba en un lugar de mínima decisión, con compromisos en cuanto a la táctica a seguir y responsabilidades sobre otros afiliados. Esta dinámica comportaba que su presencia en las tabernas y en los demás círculos tenía que ser más activa. No era suficiente asistir atento a la tertulia o a la reunión societaria, era necesario arremangarse y hacerlo pronto.

En septiembre de 1870 se va a producir un paso más en la militancia de Iglesias, un paso que será decisivo. El día 10 de septiembre apareció en el semanario La Solidaridad. Órgano de las secciones de la Federación Madrileña de la AIT el primer artículo que firmaba Paulino Iglesias. “La Guerra” era un texto breve escrito con buenos conocimientos y un buen tablado teórico. Lo firma solo con las iniciales P. I. Se trataba de un seguimiento ajustado de la doctrina internacionalista sobre el desarrollo de la guerra franco-prusiana considerándola un crimen de lesa humanidad. La referencia de Engels era posible. Pretendía concienciar “especialmente nosotros, los obreros, pues somos sus principales víctimas”. El valor simbólico de este primer escrito es notable. Había escrito multitud de pequeños fragmentos sueltos de reuniones y actos, se había tragado las composiciones de muchos manifiestos y textos, pero este artículo era el primero que salía de su pluma ordenada y que se publicaba.

En la política española la larga búsqueda de un rey que quisiera ocupar el trono

había culminado al prestarse a ello el príncipe Amadeo de Saboya. Ni que decir tiene que los monárquicos isabelinos, capitaneados por Antonio Cánovas del Castillo, se rasgaron las vestiduras ante el agravio. Pero cuando el candidato piamontés llegó a Cartagena el general Prim había sufrido un atentado mortal. Nunca se han sabido con certeza los autores del asesinato perpetrado en la calle del Turco. El hecho dejó despejada la formación de un Gobierno tutelado con mano de hierro por Práxedes Mateo Sagasta. Poco a poco se iban situando en la escena los personajes que Pablo Iglesias combatirá siempre con tenacidad en defensa de la clase obrera.

Las conferencias organizadas por la Federación Local de Madrid en la Escuela de Arquitectura, en los llamados Estudios de San Isidro, empezaron el 5 de marzo de 1871. Durante nueve domingos consecutivos debían pasar por esta sala un grupo de intelectuales que hablarían de la situación de España en relación a la clase obrera. Entre los organizadores estaba Paulino Iglesias, a quien tocaba hablar a continuación del médico y diputado Francisco Suñer Capdevila. Notemos que el paso dado por Iglesias tenía un relieve considerable. Pero, el ministro de la Gobernación no estaba dispuesto a facilitar la propaganda de la Internacional y suspendió bruscamente la autorización. Sagasta les tachó de “disolventes”, una expresión extraña que entonces estigmatizaba cualquier reunión. No debemos olvidar que en Francia, perdida la guerra con Prusia, se originó una fortísima revuelta social que acabará con la proclamación de la Comuna. Los periódicos españoles serviles dijeron que la obra de la Comuna era “una orgía de terror sin límites”. Por temor al contagio y por las presiones recibidas, el Gobierno español prohibió cualquier acto o manifestación de las organizaciones obreras, en especial las internacionalistas. El periódico de Sagasta llegó a decir que “los federales rojos españoles han aprobado el movimiento [...] los federales de acá han creído justo el levantamiento [...] muchas personas que con sus negocios daban vida a la industria francesa se han retirado [...] ¡Pobre Francia y que triste cuadro le presentan algunos de sus hijos!”. “O con ellos o con nosotros”, exclamó el neocatólico El Pensamiento Español. Y añadía: “ha llegado la hora del infierno, la hora de la crápula y de la sangre [...] la hora de la sensualidad ahogada en charcos de lodo y sangre, la hora de la envidia y el exterminio... O la monarquía legítima, la cristiana, o la Commune”. No era nada nuevo, pero la suerte para la Asociación Internacional estaba echada.

La respuesta de los internacionalistas fue un acto en el Café Internacional de la calle de Alcalá el 2 de mayo. Preparado por José Mesa, va a participar vivamente

Iglesias. Unas 250 personas abarrotaban el local e incluso escuchaban desde fuera. Un éxito sin precedentes. De pronto, aparecieron unos sicarios a sueldo de las autoridades, capitaneados por el conocido torero Suárez. Sin mediar palabra, empezaron a apalear a los reunidos. Los gritos de “internacionales traidores” dejaron paso a una persecución a bastonazos. Hubo heridos y contusionados. Pero, la intervención de las autoridades resultó ser un grave error. Al día siguiente casi todos los periódicos de Madrid publicaban la noticia en portada. Además de esta propaganda gratuita, vieron cuál era la intolerancia del Gobierno progresista. Una parte del Consejo de la Federación se marchó a Portugal. Se evitaban las detenciones. Quedó un núcleo en “el interior”, en el que se encontraba Iglesias.

Como reacción a la persecución del Gobierno, crearon La Emancipación, que aparecerá en Madrid a mitad de junio de 1871. Era un semanario que cubría las necesidades de información de un castigado movimiento obrero. No se consultó a los exiliados, fue una reacción del núcleo “del interior”. Con espíritu conciliador dirá más tarde Anselmo Lorenzo que “nuestros amigos de Madrid nos prepararon una sorpresa: fundaron un periódico sin decirnos una palabra, a pesar de estar en correspondencia constante”. Era natural que quienes luchaban en las calles de Madrid se organizarán de forma distinta a los exiliados. Este destacado periódico, tirado por tipógrafos expertos, cubrirá la propaganda societaria durante tres duros años. En el consejo de redacción estaban, además de Iglesias, Hipólito Pauly, Francisco Mora y José Mesa. Este último, un buen amigo, será la verdadera alma del periódico. Iglesias, con 21 años, tendrá una participación verdaderamente activa.

Al paso de los meses, las desavenencias entre los exiliados y el grupo “del interior” aumentaban. Entre los días 10 y 18 de septiembre de 1871 y burlando a las autoridades se celebró en Valencia una Conferencia “secreta” de las 11 federaciones de la Región Española. Se estableció una inocente división por zonas, puramente para mantenerse en contacto. Iglesias fue elegido para la comarca del Norte. No sin discusión se situó la sede del Consejo Federal de la Región Española en Madrid, donde ya se reunió el 24 de septiembre. Iglesias actuó como secretario de la sesión, de nuevo era un paso importante; le situaba más allá de la simple militancia. Se discutió cómo escapar a la inminente prohibición que preparaba el Gobierno. El 17 de octubre se publicó la “Protesta del Consejo Federal de la Región Española” en forma de manifiesto. Este texto rebatía punto por punto las injurias del Gobierno y denunciaba la persecución. “Para destruir la Internacional es necesario que destruyáis la causa que le dio el

ser [...] si nos declaráis fuera de la ley, trabajaremos a la sombra; si esto no nos conviene, prescindiremos de la organización que tenemos hoy, formaremos un partido obrero colectivista e iremos a la revolución social inmediatamente". Al final iba la firma de todos sus componentes, entre ellos Iglesias. La complicada difusión se consiguió con audacia y el manifiesto llegó a todas las secciones.

En las Cortes, los internacionalistas encontrarán comprensión únicamente entre algunos republicanos. Las intervenciones parlamentarias de Castelar, Pi y Margall o Nicolás Salmerón fueron favorables. Salmerón les gritó a los diputados: "[...] profanáis el sagrado [derecho] de la conciencia y os podéis hacer reos de calumnia, al formular contra ella [la Internacional] la acusación de inmoralidad". La respuesta a la campaña de prohibición se vio en un provocador cartel "Al Pueblo Madrileño" y en un mitin en los Campos Elíseos. El acto fue presidido por Iglesias, que también lo había organizado. En el mitin intervinieron los asociados, diputados republicanos, la obrera Guillermina Rojas y, al final, Iglesias, que hizo un meticuloso resumen y mostró una oratoria bastante efectiva. Era la elocuencia de quien estaba aprendiendo, por lo que el multitudinario acto fue un peldaño más en la escalera de popularidad que subía con tranquilidad.

En las Cortes se vio el proyecto de ilegalización de la organización de la Internacional en España. Los diputados de la mayoría y los situados a su derecha calumniaron sin freno a los internacionalistas. El escritor Juan Valera, sin ruborizarse, dijo: "el socialismo de la Internacional se convertiría, no en socialismo, sino en otra cosa: en robo, en asesinato, en saqueo, en quitar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, ya fuera por la reunión de muchos, ya por instigación de unos pocos". Cánovas del Castillo hizo un discurso semejante en el Ateneo de Madrid, añadiendo con ira que la Internacional era "el más grande peligro que hayan corrido jamás las sociedades humanas". Las Cortes votaron el día 10 de noviembre. El resultado arrojó 192 votos a favor de prohibirla y solo 8 en contra. Dos días después, el Consejo Federal de la Región Española envió una circular urgente a todas las federaciones para explicar la lamentable terminación del proceso. El 17 de enero de 1872 la Internacional fue declarada ejecutivamente fuera de la ley por el Gobierno de Sagasta. Se envió una circular a todos los gobernadores para perseguir a los internacionalistas, que pasaron a la clandestinidad.

El primer acto "secreto" fue editar un manifiesto a todos los trabajadores, que se distribuyó a los 2.300 miembros de las federaciones. Incluso se decidió la

convocar furtivamente el II Congreso de la Federación de la Región Española en Zaragoza. Según Francisco Mora, fue el más importante de los celebrados por la Internacional en España. Aún con recursos muy pobres Paulino Iglesias fue al Congreso con los miembros de la sección madrileña. Se valoraron las cualidades del joven tipógrafo y se le eligió secretario. Anselmo Lorenzo dijo años después que era "puntual y exacto en el cumplimiento de los deberes de su cargo, atento con todos, buen amigo". A pesar de ello, quedó fuera de todo cargo al ser redactor de La Emancipación. De hecho, los bakuninistas desalojaban a los marxistas.

En las elecciones legislativas de los días 10 y 13 de mayo de 1873, con un censo mayor, vencieron los republicanos federales con un apabullante resultado. Los 343 republicanos federales estaban en una Cámara legislativa con 20 radicales y un unitario. Las derechas monárquicas y los constitucionales no se habían presentado. Las Cortes votaron por la República Federal el 8 de junio. El Gobierno lo presidió Francisco Pi y Margall. Pero la revuelta cantonalista, las asonadas carlistas y las intrigas imprimieron un giro conservador a la Primera República. El 3 de enero de 1874 el general Manuel Pavía se pronunció en Madrid con la ocupación del Palacio de las Cortes. En España, por la fuerza de las armas se derribaba la República democrática. Los internacionalistas fueron perseguidos con fanatismo. El Gobierno se puso como meta el sostén del orden burgués. El 3 de septiembre, Sagasta volvió a presidir el Gobierno, como si no hubiese pasado nada. Se iba cerrando el círculo de complicidades. La propaganda descarada de los agentes alfonsinos, bien pagados, y el estúpido descuido de los defensores de la República facilitaron el pronunciamiento del general Martínez Campos en Sagunto el 29 de diciembre de 1874. Por un hecho violento, el desterrado príncipe de 17 años se convirtió en el rey Alfonso XII.

"Un naufragio general" fue el que se produjo justo a finales de 1874. Esta valoración, en acertadas palabras del socialista Francisco Mora, definía la confusa situación gubernativa de España, así como la dinámica de la organización socialista en la clandestinidad. Porque los "socialistas" volverán a agruparse en secreto durante los duros años de la Restauración monárquica. Las tertulias se hacían en sitios de confianza y entre personas conocidas. Iglesias, que tenía 25 años, trabajaba entonces como oficial tipógrafo en la famosa imprenta de Enrique de Teodoro. Allí conoció al joven Antonio García Quejido, que a veces estaba a sus órdenes. Había seguido unos leves cursos de francés en el Conservatorio de Artes, con diploma y poca preparación. A través de José Mesa recibía con bastante regularidad algunos libros y números atrasados de

L'Égalité, pero sus conocimientos del idioma francés eran muy pobres. En 1877 participó en la fundación del Montepío de Tipógrafos, aunque esta asociación no tendrá continuidad. Las relaciones de Iglesias, un inteligente tipógrafo con un buen empleo, se establecían con los compañeros del oficio y los círculos del obrerismo organizado secretamente. Sin duda sus contactos se habían ampliado mucho desde la sección de la Internacional y más tarde continuarán en la Nueva Federación Madrileña. En la organización de conferencias o en la asistencia a toda clase de actos se conocía a otros compañeros. Fue en esta dura etapa cuando volvió a establecer lazos, ahora más estables, con quienes pertenecerán durante mucho tiempo en su círculo de confianza. Si bien es verdad que aumentará el número de compañeros, no lo es que sean diferentes de los conocidos. En las tertulias de tipógrafos, en el Café Brillante o en el Café de Lisboa, se reunía con muchas personas y empezaba a hacerse un nombre. Años después, el amigo Matías Gómez Latorre recordará con cariño "aquél cenáculo de amigos del Café de Lisboa, donde usted, ¡siempre sibarita! Se tomaba su reconfortante vaso de agua con azucarillos". Y es que la familia Iglesias continuaba hundida en la precariedad a pesar de ganar un salario regular.

Todo el mundo podía ver que las condiciones de trabajo de los tipógrafos empeoraban. Los patronos, apoyados en la represión del Gobierno conservador, modificaban las tarifas a la baja. Había impresores que amenazaban a los tipógrafos con echarles a la calle si no reducían ellos mismos su salario. El empleo de personas no cualificadas para operaciones complejas de la tipografía se había vuelto habitual: "¡en alguna imprenta, de 15 o 16 puestos, 11 estaban ocupados por aprendices!". Los pactos de las viejas asociaciones con los dueños de las imprentas a nada conducían, porque casi nunca se cumplían. Iglesias estaba al lado de aquellos que se organizaban para hacer frente a la rebaja salarial y contra el permanente deterioro de las condiciones de trabajo. En esta insegura situación se produjo la huelga de tipógrafos de 1878, que resultó un sonado fracaso. Los tipógrafos madrileños en huelga fueron vencidos por la actitud intransigente de la roñosa patronal y por las exageradas medidas de fuerza empleadas por las autoridades. Al final, muchos huelguistas fueron despedidos y tuvieron que buscarse la vida en imprentas fuera de los circuitos o en pequeños establecimientos de provincias. Algunos ya no volverán.

Capítulo 4

El Partido Socialista Obrero Español, ‘sin tutelas’

En las reuniones de militantes y compañeros, ocultos en cafés y tabernas, se abre camino la idea de constituir un “partido obrero”. A finales de 1878 esta posibilidad no parecía tan descabellada. El modelo del influyente partido socialista en Alemania o la visión del reciente partido obrero en Francia eran unos referentes que se explicaban y discutían en las tertulias. Iglesias apoyaba de forma entusiasta la creación de este partido obrero. Pero a algunos tertulianos, viejos asociados del arte de imprimir con duras luchas a sus espaldas, esta posibilidad les parecía prematura. La verdad era que en la clandestinidad pocas personas habían continuado militando en el sentido estricto de la palabra. Morato nos dice que eran “apenas unas 40 personas y aún contando con los esparcidos en provincias, el crecimiento no había sido considerable para siete años de labor”. En enero de 1879 Iglesias entró a trabajar en la popular imprenta que editaba La Iberia, con la posibilidad de ejercer como operario. Ganaba un salario algo mejor y se había trasladado con su madre a un cuarto interior de la calle Comadre, cerca de Lavapiés y de las Escuelas Pías de San Fernando. Mantenía intacta su red de amistades, incrementando su comunicación con los compañeros del Grupo de los Nueve y otros “corresponsales”. Era una persona bien informada.

En secreto, la discusión sobre la formación de un partido obrero se mantuvo viva. Empezó a tomar cuerpo en las reuniones y las tertulias, donde se había debatido, muchas veces acaloradamente. Se habían discutido inconvenientes y ventajas. Con pausa se iban abriendo camino aquellos compañeros que consideraban que la cobertura que les ofrecían los republicanos no era suficiente y que la vía del reformismo a nada conducía. Para todos era evidente que no podía ser que su único activo fuesen las discretas sesiones de café. Era necesaria una proyección mayor y sin duda mejor. La prudencia de una parte de los reunidos no podía interpretarse como una negativa, pero sí como la natural resistencia a dar este paso. Iglesias, en cambio, era un firme partidario de emprender la construcción del partido. Quizá esta firmeza se debiera a que había establecido una sólida correspondencia con otras sociedades y con compañeros que eran solidarios a la hora de avanzar. De sus informaciones podía deducir que existía una corriente favorable a la creación del partido obrero.

El momento llegó el 2 de mayo de 1879 en una reunión en la taberna Casa Labra, en el número 12 de la calle de Tetuán, cerca de la Puerta del Sol y Montera. Naturalmente, era una reunión que se había preparado más o menos en secreto. La fecha festiva elegida posibilitaba escapar un poco del control policial, más relajado. A pesar de ello, se tomaron las precauciones habituales. Se trataba de una comida de fraternidad, como había otras. Como es natural, se habían pensado reposadamente los nombres. Al final, asistieron 25 personas: los tipógrafos conocidos de la Asociación del Arte, cuatro médicos que estaban en camino de serlo, un marmolista, dos diamantistas, un zapatero y un doctor en Ciencias. Era un grupo algo variado, pero que pertenecía a la que entonces se llamaba minoría autoritaria dentro del internacionalismo. Por otra parte, todos se mantenían bien comunicados en la ya larga clandestinidad.

En el Acta de constitución del Partido Socialista Obrero Español, escrita el 2 de mayo de 1879 y que firmaban Pablo Iglesias y Antonio García Quejido, figuraban:

Gerardo San Miguel, marmolista.

Victoriano Calderón, tipógrafo.

Felipe López Gómez, tipógrafo, oficial cajista.

Joaquín Campa, estudiante de Medicina.

Pablo Iglesias, tipógrafo.

Francisco Vilar, tipógrafo.

Inocente Calleja, diamantista, platero.

Francisco Feito, tipógrafo, oficial y corrector.

José Bermejo, tipógrafo.

Alejandro Ocina, médico.

Emilio Cortés, tipógrafo.

Vicente Cervera, tipógrafo.

Olaf Guillaume Aagren, diamantista.

Deogracias Nafarrate, tipógrafo.

Matías Gómez Latorre, tipógrafo.

Vicente Vera López, doctor en Ciencias.

José Sedano, tipógrafo.

Enrique Burgos, tipógrafo.

Gonzalo Zubiaurre, médico.

José Ros, tipógrafo.

Antonio García Quejido, tipógrafo.

Jaime Vera López, médico.

Leoncio Ortega, tipógrafo.

Hipólito Pauly, tipógrafo.

Francisco Mora Méndez, zapatero.

Para huir de la previsible represión gubernativa el nuevo partido siguió en las eficaces redes de sociabilidad de la Asociación del Arte de Imprimir. Era una capa que podía cobijarles y, de momento, mantener el secreto. Por eso los tipógrafos tuvieron un papel fundamental en la nueva organización y singularmente Pablo Iglesias. No había duda que el Rubio podía juntar estas complicidades de forma positiva. Tenía fama de hombre honrado, bien instruido, competente tipógrafo y era un buen compañero. El Partido Socialista comenzaba a caminar en medio de las dificultades que imponía la clandestinidad. Para todos era evidente que se precisaba un programa de actuación, pues no querían pasar como un grupo sin proyecto. Por ello, la elaboración del programa del partido obrero se va a considerar un elemento trascendente. Pronto se vio que la clave de

esta pequeña organización socialista era el control del día a día. Se trataba de luchar eficazmente esquivando la segura represión de las autoridades y la incomprensión de otras sociedades, incluidas las republicanas. Todo ello en una trama bien tejida. Este era el reto que va a encarar Iglesias, una forma de lucha que ya no abandonará.

Una vez constituido el Partido Socialista se le empezó a dar forma organizativa. Se trataba de conseguir que fuera eficaz y nada dispendiosa. Se creó una comisión de cinco miembros, encargada de redactar el programa de actuación. En esta comisión, presidida formalmente por Iglesias, figuraban Ocina, Zubiaurre, Calderón y Vera. Se dejaba atrás aquella forma de organización que no admitía presidencias y que había resultado poco realista y nada eficaz. No nos puede parecer extraño que el borrador de programa lo redactara Iglesias, que tenía un bagaje suficiente. Además, el médico Jaime Vera se hallaba fuera de Madrid por cuestiones de trabajo. Para contrastarlo se le mandó a José Mesa, que entonces estaba en Londres, y es bien seguro, como anota Morato, que en algo lo revisaron Marx y Engels. El texto tenía dos partes separadas. En la primera figuraban las razones para elaborarlo y los principios. En la segunda se definía la estructura organizativa. Era de una sencillez teórica que lo hacía realizable con pocas discusiones. Según decían sus compañeros, la mano de Iglesias se notaba claramente.

El programa alineaba la aspiración del Partido Socialista con la "abolición de clases, o sea, la completa emancipación de los trabajadores. Transformación de la propiedad individual en propiedad social o de la sociedad entera. Posesión del poder político por la clase trabajadora". Detrás situaba los medios de lucha relacionados con las condiciones de vida, aquellos que afectaban a la clase obrera española. De nuevo, pues, la mano de Iglesias, que era un profundo conocedor de la vida de los trabajadores. Este va a ser desde ahora un elemento transcendental en sus escritos. Al final del texto se dejaba la puerta abierta a ampliar estos medios: "que el Partido Socialista Obrero Español acuerde según las necesidades de los tiempos". Se trataba de una adhesión a la teoría marxista sin profundizar, aunque sin apartarse ni un milímetro de la esencia. El programa, como lo veía Iglesias, debía basarse en la enorme fuerza del proletariado organizado y escapar de la tutela de otros. Nadie debía tutelarlo, ni republicanos, ni reformistas. Esta es una posición que el líder socialista mantendrá intacta.

La organización del partido, aprobada en la reunión del 20 de julio de 1879, seguía el modelo de cualquier asociación. Lógicamente, las reuniones mantenían

el secreto y estaban en manos de personas de toda confianza. ¡Solo faltaría! Se nombró una Comisión Ejecutiva con cargos sencillos, como los que tenía cualquier asociación. Iglesias actuaba como secretario, Inocente Calleja era el tesorero, Alejandro Ocina el contador y como vocales figuraron Victoriano Calderón y Gonzalo Zubiaurre. Respecto a los fundadores, en la Comisión aparece Calleja. El motivo era doble. Primero por la enfermedad de Jaime Vera, pero también por la vieja amistad de este platero madrileño con Iglesias. Digamos de pasada que las buenas relaciones de Calleja con los tipógrafos madrileños y su holgada situación económica podían venir muy bien al partido obrero. El 5 de octubre de 1879 tuvieron una nueva reunión, donde se informó de las gestiones. Algunos compañeros, como Mora, insistieron en debatir sobre la modificación de algún punto del programa. Pero un Pablo Iglesias seguro de su trabajo se opuso a cualquier alteración substancial. La organización societaria y su adecuación eran elementos que creía bien formulados. El fino debate entre Mora e Iglesias, ante el grupo socialista madrileño, se saldó con una votación claramente favorable al primero, que tenía una oratoria más eficaz y mayor experiencia. El borrador del primer programa fue enviado a todas las secciones conocidas para recabar propuestas. El núcleo de Barcelona, realizó algún comentario de interés que podía incorporarse. Con los materiales obtenidos, la Comisión, integrada por Iglesias, Mora y Calderón, elaboró otra redacción. Sin duda, el nuevo texto era más eficaz. Para completarlo se añadieron referencias a documentos internacionales y en especial al Manifiesto Comunista.

El Comité Central del Partido Socialista Obrero Español se constituyó en Madrid el 18 de enero de 1881. Esta es una referencia que resulta esencial. Entonces, las presidencias se suponían antidemocráticas, por tanto se eligió a Pablo Iglesias como secretario del nuevo partido. Ello quiere decir, que quedaba al frente de la organización, de sus tareas cotidianas; era un paso que pronto se convirtió en definitivo. En este pequeño Comité Central figuraban Tomás Robledo como tesorero y Antonio García Quejido como contador, mientras que Francisco Mora y Victoriano Calderón actuaban como vocales. La estructura del Comité era, por imperativo legal, la de cualquier asociación. El apoyo del grupo socialista de Barcelona fue claro desde el principio. El fondo real de la cuestión no se concretaba en una división: “un obrerismo catalán y otro español”, sino en la forma distinta de entender las iniciativas societarias. De momento, en Madrid, los tipógrafos eran una mayoría activa y estaban a la vez en la Asociación del Arte de Imprimir. El mantenimiento del exagerado peso de la organización de tipógrafos tiene su explicación en la baja afiliación en los primeros años. Iglesias representaba un punto de unión, pues con todos tenía fuertes lazos. Eso sí, la

Asociación el Arte de Imprimir y el Partido Socialista actuaban sin ninguna obediencia.

Los socialistas continuaban en la clandestinidad. Esta situación se mantuvo hasta que el 15 de enero de 1882 la Agrupación Socialista Madrileña quedó inscrita con toda formalidad en el Registro de Asociaciones creado por el Gobierno de Sagasta. A partir de entonces se podía actuar dentro de la ley, con las ventajas y todos los inconvenientes. La afiliación era poca, porque faltaba una campaña de divulgación. A ello se aplicó Iglesias con su temperamento tranquilo y ordenado. La forma de esta propaganda pasaba por la prensa, los congresos y toda clase de reuniones, sin olvidar la querida correspondencia. Comenzó a colaborar con frecuencia en el semanario El Obrero, que se editaba en Barcelona. El buen tono de las relaciones entre las Tres Clases de Vapor y la Agrupación Socialista Madrileña estaba en la base de estas colaboraciones, en especial las de 1884. Iglesias asistió, en representación de la asociación de tipógrafos y sin medios económicos, al Congreso Obrero Nacional de 1882, organizado por el Centro Federativo de Sociedades Obreras de Barcelona. Una de las discusiones de más calado era la participación política o, lo que era lo mismo, el abandono del apoliticismo. El fino análisis de Julián Zugazagoitia sitúa el desenlace: “el tono cordial era justamente el que correspondía a las dos fracciones (socialistas y anarquistas), que por caminos distintos, iguales en la aspereza, emprendían la conquista del mañana. No había razón para que los dos grupos se hostilizasen implacablemente, como sucedió poco tiempo después”. Para resumir los logros del Congreso se preparó un manifiesto. La mano de Iglesias es visible en la redacción del documento congresual, donde se recogían las conclusiones. Sus relaciones con el obrerismo barcelonés eran firmes, respetuosas, aunque sus líneas de actuación no fueran coincidentes.

Iglesias trabajaba entonces en la imprenta que editaba La Iberia, en la calle Lope de Vega. Los compañeros de trabajo le empezaron a llamar el Rubio. Era un oficial tipógrafo reconocido que cubría con puntualidad la larga jornada de la imprenta. Tenía un salario que situamos en 33 pesetas semanales, pudiendo ganar algún dinero extra en labores de composición. Con estos ingresos regulares se podía permitir el pago del alquiler de la vivienda en la que vivía con su madre en la calle Amparo. Compraba libros en el ropavejero, leía algún periódico sin suscripción, asistía a las tertulias de café con consumición e incluso iba alguna vez a representaciones teatrales en el Novedades o en el más pequeño de Las Tabernillas, siempre en el barato paraíso. Al paso de los años, recordará esta afición con ternura: “Hasta confieso que tuve mis ilusiones de ser

actor... Todo lo que se relacionase con el teatro me encantaba. Y como de muchacho era muy ingenuo, crea usted que tomaba muy en serio cuanto veía en la escena, como si fuese cosa realísima... Actriz a la que viese representar un papel de mujer virtuosa cualquiera me convencía luego de que en su vida privada no lo era”.

En pocos años, la tipografía se había transformado profundamente. Pero, estos cambios no se vieron compensados con un aumento salarial, ni con una mejora de las tristes condiciones de trabajo. Las empresas aplicaban unas tarifas que sabían por completo desfasadas, pero que incrementaban sus beneficios. Es decir, la modernización de las empresas de edición y de muchas imprentas la estaban pagando los obreros en base a menores ingresos. La jornada de trabajo raramente bajaba de las diez horas, al contrario, siempre había labores no previstas y sin pago. Los locales de las imprentas, en especial las que editaban periódicos, eran pozos de suciedad. La falta de higiene era impresionante. Se contrataba a aprendices para hacer los trabajos de operarios y se aprovechaba para rebajar aún más las tarifas. La explotación de los aprendices, a veces criaturas de 10 o 12 años, provocaba duros enfrentamientos que llegaban a la violencia física. Ante esta situación de inhumana precariedad, las asociaciones de tipógrafos se planeaban iniciar protestas. Sin embargo, entre la profesión se recordaba el fracaso y la fuerte represión de la huelga de tipógrafos de 1878. Por entonces la tipografía madrileña contaba con unos 2.000 efectivos. Algo más de 500 eran considerados “maestros” según la vieja ordenación. Los tipógrafos con poco oficio cobraban un salario que pocas veces superaba las 24 pesetas semanales. El de los aprendices estaba en las 9 pesetas por unas duras jornadas sin derechos.

En esta situación, las condiciones de vida de los tipógrafos empeoraron de nuevo. Además, los alquileres se habían disparado y no había forma de ocupar una vivienda digna. Pocas veces se podían permitir el pago de las cuantiosas rentas. Por ello, era necesario incorporar alguna persona “quizá de solo a dormir” o no y así compartir gastos. La familia Iglesias lo hacía desde hacía años. Quizá podríamos situar a algún compañero de Paulino en la vivienda de la calle Amparo. En general, en la capital de España no había viviendas económicas para los obreros, sino oscuros sotabancos y buhardillas. Así, en esta triste situación, las barracas se extendieron sin ningún control. Tampoco la alimentación podía ser atendida decentemente con el salario de los tipógrafos madrileños. Comprar alimentos se podía llevar el 60 por ciento o más de cualquier presupuesto familiar obrero. Todo había subido, menos los salarios. El

incremento de los precios del carnero, cerdo, vaca o ternera volvía a dejar sin carne a muchos hogares. Estas familias ni tan siquiera podían permitirse los despojos o la llamada carne de sábado. El pan subió de precio y bajó de peso, lo que provocó enormes protestas ante las tahonas. Además, las clases populares compraban los alimentos a crédito, es decir, más caros y peores.

En los últimos cinco años, el pago del trabajo de los tipógrafos había bajado más de un tercio. En las pequeñas imprentas la situación era peor. Los operarios, a través de los maestros, intentaron pactar mejores tarifas. Pero todo fue inútil. La asociación de tipógrafos se dirigió a cada uno de los amos de las imprentas y de las sociedades de edición sin éxito. Se entregaron en mano las propuestas de mejora salarial, pero ningún patrono se avino a respetarlas. La consideración que los tipógrafos tenían de sí mismos se esfumó con esta proletarización forzada. Ante esta situación, el 6 de febrero de 1882 estalló la huelga de los tipógrafos de Madrid. Iglesias había sido partidario de negociar, pero era consciente de que había fracasado cualquier acuerdo. Se abría la vía de la huelga. Los patronos acudieron de inmediato al Gobierno para que impidiera la huelga. El Ministerio de la Gobernación inició una fuerte operación represiva. Los huelguistas paralizaron con mucha rapidez las ediciones de algunos periódicos. Para neutralizar esta acción, las autoridades locales trajeron oficiales “de provincias”. Pero, estos obligados esquiroles no pudieron frenar la protesta. De hecho, algunos hasta se pasaron a los huelguistas. La caja de resistencia de la asociación de tipógrafos tenía fondos para una corta campaña si los administraba bien. Por eso, para alargar el paro, se comprobaba que el dinero fuera para los huelguistas pobres.

El ministro de la Gobernación esperaba romper la protesta. Al no conseguirlo, la Guardia Civil detuvo a la Junta de la asociación de tipógrafos y la condujo al Saladero, la asquerosa prisión de Madrid, al lado de la Puerta de Santa Bárbara. En esta Junta estaba Iglesias con Mateo, García Quejido, Gómez Latorre, Felipe López y José Ros entre otros. Se abrió una subscripción para socorrer a los presos. Desde la cárcel, redactaron un manifiesto llamando a continuar la huelga. El jefe del Gobierno, el liberal Sagasta, se había dado cuenta de la torpeza del ministro de la Gobernación. Sabía que el enfrentamiento no serviría para parar la protesta. Así, a través de personas conocidas, se dirigió a los encarcelados para intentar una negociación. El trato consistía en formar una mesa de negociación, pero sin decírselo a nadie. Y aunque era difícil conseguir algo de patronos tan duros, el orden se imponía por encima de todo. Iglesias se entrevistó con el gobernador civil de Madrid, que entonces intentaba quebrar la unidad de acción

de los encarcelados. Nada quería negociar Iglesias y los cálculos que pudiera desconvocar la protesta eran una equivocación. Morato, miembro del Arte de Imprimir, lo situará así: “Iglesias le hizo saber que él carecía de autoridad para dar tal orden; pero, incluso si la tuviera, no lo haría, porque la huelga estaba virtualmente ganada, como lo demostraba aquella misma gestión tan... extraña”. ¡Atención! En el futuro la presencia de Iglesias será un elemento importante en la convocatoria de la lucha y en la negociación.

Los propietarios de establecimientos tipográficos insistieron ante el Gobierno liberal en la “oscura conspiración alentada por elementos revoltosos”. Realmente era un argumento muy gastado, pero que siempre solía funcionar. Desde el Ministerio de la Gobernación se volvió a cometer el error de usar medidas de fuerza y se encarceló de nuevo a la Junta de obreros tipógrafos. Ante esta torpeza del ministro, los patronos y el Gobierno quedaron sin ningún interlocutor para pactar una salida rápida al conflicto. Añadamos que el fracaso de la policía en romper la huelga fue clamoroso. Todo ello decidió de nuevo la intervención personal del presidente del Gobierno. Sagasta explicó a los patronos que podían conseguir los mismos ahorros de otra forma y que ahora era necesario llegar a un acuerdo. Respetarlo o no ya sería otra cosa. En realidad, los aprendices ya habían sustituido a los operarios sin hacer ruido. Los principiantes eran trabajo barato que escapaba a cualquier control. Por todo ello, aunque legítimamente desde la asociación de tipógrafos se consideró que la huelga de 1882 fue un éxito, sus efectos duraron poco.

En Barcelona se celebró el I Congreso Tipográfico, o sea, el Congreso constituyente de la Federación Tipográfica Española y de las Industrias Similares. Los delegados se reunieron entre el 29 de septiembre y el 1 de octubre de 1882. Los 1.041 asociados de la sección de Madrid, la más numerosa, eligieron a Pablo Iglesias, Francisco Alarcón y Francisco Feito para representarles. No debemos olvidar que asistir a un congreso significaba permiso del patrón y siempre unos costes de viaje que no cubrían las cuotas de la asociación. Al llegar a la ciudad condal se contaba con la firme solidaridad de los compañeros para alojarse y mantenerse, como así fue. Iglesias acudía a este Congreso enviado también por el Partido Socialista. En poco tiempo, en la sección de tipógrafos de Madrid los asociados cercanos a los socialistas fueron mayoría. Los cargos que ostentaba Iglesias le distinguían sobre los otros dos delegados. Su fama de buen conocedor de los problemas sociales y su oratoria tranquila le situaron bien en las sesiones. Asimismo, la reunión de los 20 delegados facilitó sólidos contactos entre operarios concienciados. Iglesias

escribió sobre los interesantes contactos, que sabrá aprovechar. En Barcelona se elaboró una organización efectiva de la Federación Tipográfica y se insistió en el sostenimiento de los obreros en huelga, los parados, enfermos e inválidos. Para una mejor economía se decidió que la junta de la asociación residiese en Barcelona y quedase integrada por los tipógrafos afiliados en Cataluña. En cambio, la sección de Madrid, y más concretamente Iglesias, se encargaron de redactar la memoria congresual.

El papel del líder socialista era cada día más valorado y no solo en la profesión. Sus escritos y sus celebradas intervenciones en muchos auditorios tenían como base un formidable conocimiento de la situación real de la clase trabajadora. Desde ahora va a resultar significativo que siempre diga, en su círculo de conocidos, que ya no es un compañero tipógrafo, sino un obrero socialista. No es una revelación menor, muy al contrario, es trascendente. El detallado conocimiento de la vida de la clase obrera que exhibía en sus intervenciones era fruto de la correspondencia paciente que sostenía con numerosos compañeros. Era una pasión que nunca abandonará, porqué siempre quería saber. Esta valiosa información, que se ha perdido para siempre, era la base de sus discursos. Para explicar esta valoración, que pronto se incrementará, deberemos situar las difíciles condiciones en las que se desarrollaba la vida de los obreros españoles en los primeros años de la década de 1880.

En el otoño de 1882 se registró en toda España una grave carestía, una crisis de subsistencias de espantosos efectos. Las ciudades se llenaron de vagabundos, de parados y de transeúntes hambrientos. Los jornaleros sin trabajo en la Puerta del Sol eran legión. La precariedad se apoderó de los trabajadores y el paro extenso era una nueva herida. Muy pronto, las enfermedades y la mortalidad aumentaron visiblemente en los distritos más pobres. Al subir sin control el precio del pan, hubo tumultos ante las tahonas. Algún patrón resultó golpeado. Los “motines de verduleras” en los mercados de la capital se saldaron con detenciones arbitrarias. Las protestas en los barrios humildes no podían ser contenidas. Ante esta situación, la opinión pública comenzó a hablar de “la cuestión obrera”. La falta de acción de aquel Estado insensible era total. La cultura política liberal consideraba la pobreza como un accidente, por tanto no cabía hacer nada de nada. La prensa, en ocasiones incluso la favorable a los gobiernos, se empezó a preguntar por qué no se hacían reformas que evitasen estos alborotos, estos tumultos. Iglesias, que había participado activamente en las protestas, recogió muchas informaciones y escribió sobre los ineludibles cambios que deberían producirse. En estos tiempos revueltos se habían constituido algunos núcleos

socialistas, pocos y aún con una afiliación reducida. Eran pequeñas agrupaciones que luchaban para diferenciarse de anarquistas y republicanos.

La cuestión social, que era básicamente la cuestión obrera, no parecía interesar a los dirigentes de los partidos políticos. Nadie se planteaba desde los círculos de poder ofrecer una solución a un problema que estaba lejos de disminuir. Cada día había más pobres. No es que no se conociera nada sobre la situación de las condiciones de la clase obrera, simplemente se ignoraba. Se habían organizado encuestas e informaciones, pero poco efectivas. En el Fomento de las Artes, que en aquel momento presidía el liberal Rafael María de Labra, se activó un juicioso estudio de las condiciones de vida. Las conclusiones de estas encuestas se "cocinaban" después en los ministerios para que no representasen ningún peligro para el orden establecido. Incluso los conservadores habían hablado de la enorme distancia entre pobres y ricos, pero en su cultura política la consideraban natural. Los liberales, cuando estuvieron en el poder, se habían interesado fugazmente por la cuestión social. Pero, esta "izquierda dinástica" nunca pasó de un conocimiento teórico. Dentro de las élites, solo en algunos ambientes intelectuales se hablaba abiertamente de reformas y siempre sin rupturas. Se discutía la necesidad de emprender estos cambios con rapidez a la vista de la desastrosa vida de la clase obrera y con las protestas de fondo. Demasiadas veces este debate era imaginario, otras tenía como finalidad única salvar el orden. De momento, tampoco los dirigentes republicanos estaban acertados. No parecían tener ninguna estrategia clara para afrontar el problema obrero. En cambio, las organizaciones nacidas en el seno de la clase obrera pensaban en el análisis antes de la acción directa. Este era el caso de los núcleos socialistas, de las cuidadas intervenciones de Pablo Iglesias.

Capítulo 5

¡Pan y Trabajo! El semanario ‘El Socialista’

El llamado Gobierno “de los cien días”, presidido por el viejo jurista José Posada Herrera, creó el 13 de octubre de 1883, dentro del Ministerio de la Gobernación, una “comisión con objeto de estudiar todas las cuestiones que directamente interesan a la mejora o bienestar de las clases obreras, tanto agrícolas como industriales, y que afectan a las relaciones entre el capital y el trabajo”. Poner en marcha esta iniciativa no quería decir para nada que la cuestión social adquiriese el rango de problema de Estado. Era más sencillo, se trataba de que los poderes públicos conocieran de primera mano algunos detalles del problema social. También datos para la represión, claro. Esta Comisión de Reformas Sociales será conocida como Comisión Moret. En esta iniciativa, el jurista liberal Segismundo Moret se inspiraba en los modelos ingleses para elaborar una memoria sobre las condiciones de vida y de trabajo de los obreros españoles. Pero no nos engañemos, pues conservadores y liberales ya se habían ocupado que esta iniciativa se desarrollara “prácticamente en el vacío”. El Gobierno quería neutralizar las positivas propuestas de las asociaciones obreras. Por ello, siempre se trató de una comisión de estudio, no de un organismo ejecutivo. Este es el punto que de inmediato denunciará Iglesias, aunque se dispuso a aprovecharlo con una gran inteligencia.

Los trabajos de la Comisión Moret serán públicos y se desarrollarán durante la segunda mitad de 1884, hasta el mes de junio de 1886. Se elaboró un cuestionario, remitido a organizaciones sociales y académicas. Era una larga serie de preguntas que revelaban un profundo desconocimiento; a las sociedades obreras les parecían absurdas. Veamos. La Sección de Maderas “La Unión” dejó fuera de juego a los miembros de la Comisión al contestar: “¿A qué preguntáis en vuestro cuestionario si vivimos en palacios o en zahúrdas, si vestimos bien o mal, cuando nuestras ropas las lleváis vosotros, si nos veis siempre en cueros, y a cada paso veis anunciar en la prensa que se recogen en la calle cadáveres de trabajadores muertos de hambre?”. Las sentidas intervenciones de Iglesias y del doctor Vera también se refirieron a estas torpes preguntas. Descalificaron los fines perseguidos por la Comisión y pusieron en duda que quisiera mejorar las condiciones de la clase obrera. García Quejido lo expresó con atrevimiento:

“Nosotros consideramos totalmente ilusoria la labor de la Comisión”, y añadió: “Esta información no puede producir resultado alguno, porque los señores que forman la Comisión no representan los intereses de la clase trabajadora, sino los intereses de la clase explotadora... y la clase acomodada no consiente que ningún gobierno toque a lo que ella cree sus derechos y son en realidad sus privilegios”. La realidad era que ni Moret, ni Azcárate, buenos amigos personales, pensaban ir más allá de una simple información que calmara sus conciencias.

Se abrió la información pública. Moret, al iniciar las sesiones de la Comisión, insistió en la libertad de exposición de las cuestiones sociales. Pero la realidad no fue exactamente esta. Entre los más combativos estarán los socialistas. Lo dijo Iglesias: “Pudiera parecer extraño... que una colectividad que aspira a mejorar la condición de los trabajadores y a realizar su emancipación por sí misma, viniera a informar aquí, creyendo que iba a obtener algo de una comisión que por su significación, por los intereses que representa, pertenece a la clase dominante”. El informe escrito por el doctor Vera fue demoledor: “[...] no es menos fácil entender que si acudimos a vuestra cita ante la Comisión, no es con el propósito ni con la esperanza de cambiar el invariable curso de vuestras ideas, ni de influir en vuestras ulteriores determinaciones, sino para mostraros que no todos los hombres de trabajo se pliegan dócilmente a vuestras miras personales, de partido o de clase, y para aprovechar esta fugaz ocasión de propaganda; que hoy como siempre, nos es favorable vuestra torpeza, ya que no vuestra intención.”

En estos momentos, Iglesias estuvo un tiempo en paro como consecuencia de las listas negras de la huelga de 1882 y se vio obligado a aceptar trabajos de substitución con poca paga. Ello comportó que viviera con estrechez, aunque no disminuyó su papel societario. Juana Posse estuvo ingresada desde finales de 1882 en una sala del Hospital Provincial, muy cercano a su domicilio. Fue allí donde Paulino conoció al doctor José María Esquerdo Zaragoza, médico de la Beneficencia provincial y correligionario del republicano Ruiz Zorrilla. La falta de trabajo y la precariedad de su salud aconsejaron que se retirara de Madrid una temporada. El doctor Vera le aconsejó que se instalara en Guadalajara, con un mejor clima para sus dolencias. Pero al conocerse la sentencia de su participación en el comité de huelga, Iglesias ya trabajaba en la imprenta de los Sucesores de Rivadeneyra, donde estaban Gómez Latorre y García Quejido. Con un salario de 32 pesetas podía permitirse los pagos a la sociedad y cubrir los gastos médicos de la enfermedad de su madre.

El 2 de enero de 1884 fue condenado a cinco meses de cárcel por el juzgado del distrito de Hospital de Madrid a causa de su participación en la huelga de tipógrafos. La cuidada defensa de Francisco Pi y Margall no había podido evitar la pena. En abril, el Comité del Partido Socialista de Madrid emitió un comunicado: “Ha evidenciado, con las condenas que inflige el poder judicial a los huelguistas y la impunidad en que deja las coacciones de los fabricantes, que la magistratura no es más que la rueda principalísima del mecanismo burgués y el guardador más fiel de los privilegios de la clase poseyente”. El 26 de julio de 1884 entrará en la cárcel Modelo, a la que los madrileños llamaban con gracejo “el abanico”. Cuando se iniciaron los trabajos de la Comisión Moret, continuaba encarcelado. En la Modelo preparó y redactó los informes de la Asociación del Arte de Imprimir para esta Comisión. Al salir de prisión pudo recuperar su trabajo en Rivadeneyra.

Entre el 5 y el 8 de diciembre de 1884 asistió a las sesiones del Congreso de la Federación Tipográfica, que se celebró en la ciudad de Valencia. Lo más substancial del Congreso fue el cambio de ubicación de su sede. Con habilidad se impuso Madrid, la sección con mayor volumen de afiliados. Este cambio fue considerado un grave error. Se dieron de baja algunas secciones, que ya no se recuperarán. Siguiendo la línea de siempre, se eligió la junta entre los afiliados madrileños. La nueva sede se estableció en el número 32 de la calle de los Jardines, entre Montera y Peligros. Iglesias fue elegido presidente y le acompañó García Quejido como secretario. Entre los deberes del presidente estaba el contacto con las secciones para extender la propaganda. Las dietas que se podían ofrecer eran cortas y se necesitaba la ayuda de los compañeros de las secciones. Iglesias viajó a Zaragoza, Barcelona, Tarragona, Castellón y Valencia. Como era habitual entre compañeros “sin posibles”, en esta última ciudad se hospedó en casa de los Almela, donde conoció a Amparo Meliá.

Iglesias era popular por los cargos que tenía en el partido obrero y en la asociación de tipógrafos. Su intervención pública en la Comisión Moret provocó expectación entre sus compañeros. No tenía ninguna fe en la Comisión, pero veía la conveniencia de intervenir como eficaz elemento de propaganda. En su discurso ante aquellos académicos burgueses la teoría adquirió rápidamente un papel accidental, el plato fuerte era la sinceridad de la exposición y los datos de las condiciones de trabajo. Iglesias se preguntó: “¿Qué es un trabajador falto de recursos para sostenerse en medio de esta sociedad?”, y añadió que “se dice que las calamidades que pesan sobre la clase obrera desaparecerán en España cuando el desarrollo industrial sea grande. Error profundo”; “¿qué queréis que ahorre un

desgraciado que gana seis u ocho reales de jornal?”. La denuncia de la explotación era clara, sin evasivas. Los obreros tenían que ser los auténticos protagonistas de las intervenciones ante la Comisión. Insistirá, pues, en que “aunque mal expresadas, he manifestado aquí cuáles son las ideas del Partido Socialista Obrero, qué juicio le merecen las reformas que vosotros proponéis, o que proponen los individuos de la clase dominante, y cuáles son las que nosotros creemos que deberían adoptarse... lo que estamos haciendo es prepararnos, organizarnos y asociarnos para realizar nuestra campaña”.

Una nueva epidemia de cólera se manifestó durante el primer semestre de 1885. Iglesias había vivido ya dos fuertes epidemias, había visto la muerte de cerca. La evolución del brote epidémico siempre era la misma. Nada se podía esperar de las autoridades. Madrid se vio afectado desde el mes de mayo, en especial el foco de las Peñuelas, en los lavaderos del Manzanares y en el mísero barrio de las Cambroneras. Los distritos de Latina e Inclusa fueron devorados por la enfermedad contagiosa. Aunque se prohibieron los desplazamientos, los ricos se ausentaron con rapidez. Como siempre, servidores y serenos quedaron a cargo de los bienes de los acomodados huidos. La calle Amparo, donde vivía la familia Iglesias, fue un foco importante. La mortalidad fue más del doble del promedio contabilizado en la capital. Los trabajos se paralizaron y los obreros quedaron por completo indefensos, sin recursos. La desinfección, usando las fumigaciones, nada aseguraba. Tampoco los cordones sanitarios, que encerraban a los aterrorizados afectados sin dotarles de ningún remedio. Se montaron pobres hospitales provisionales con pocos médicos. Los Iglesias abandonaron su domicilio para refugiarse en casa del buen amigo Gómez Latorre, que vivía en una zona que no había sido desalojada.

Cuando terminó la epidemia, trabajaba aún en la imprenta Rivadeneyra. La muerte de su propietario la dejó en manos de una empresa, que reorganizó por completo el trabajo. La finalidad era despedir a los que tenían un buen salario, para, de este modo, recortar sus pocos derechos. La reestructuración implicó que los aprendices sustituyeran a los operarios, con sueldos ridículos. El empleo se precarizaba en extremo y se rebajaba el pago de las tarifas sin ningún pacto. Se volvió al sistema de “tandas” para abaratar aún más el precio del trabajo. Se despidió a 16 cajistas. Al fin, los operarios de Rivadeneyra se declararon en huelga. Iglesias, que siempre tenía información, nos dice que “de 182 obreros que trabajan en la imprenta en cuestión, 181 no quisieron tolerar la cruel medida del gerente, y prefirieron encontrarse en la calle. De ahí la huelga”. Los huelguistas acudieron a las autoridades para denunciar las malas prácticas de la

empresa, todo en balde. Los que protestaban incrementaron la “lista negra” que circulaba por las imprentas madrileñas. En esta lista estaba Iglesias y también el joven García Quejido. Como si fuera una cuidada radiografía de la profesión, lo denunció en una carta dirigida al periódico Le Socialiste. “La imprenta, por circunstancias especiales, está en una situación aún más precaria. Actualmente, es decir, al acercarse el invierno, que ha sido siempre la época en que el trabajo abundaba, más de la mitad de los tipógrafos de Madrid están sin trabajo. De los informes divulgados durante el mes de octubre de 1885 deducimos que de los 1.148 miembros que componían la sociedad tipográfica de Madrid, estaban empleados 569, otros 529 no tenían trabajo y los demás estaban enfermos o ausentes.” El líder socialista quedaba sin trabajo y en situación de cierto desamparo.

Al descubrirse una extensa red de especulación con la corrupción de concejales, hubo tumultos en Madrid. Los ciudadanos tenían derecho a saber y en este sentido la denuncia de los socialistas fue clave. Pero, de nuevo, el amaño de la justicia se impuso. En este momento de crisis, a finales de 1885 y enero de 1886, el aumento de los precios provocó la extensión del hambre. Como en otras ocasiones, la violencia ante las tahonas no pudo ser contenida, como tampoco se dominó la de los mercados de abastos. “¡Pan y trabajo!” Los jornaleros se concentraron en la Puerta del Sol y no querían moverse. El gobernador civil de Madrid se valió de la Guardia Civil a caballo para reprimir a los hambrientos obreros. Se detuvo de forma arbitraria y con malos modos a todo aquel que estaba en las inmediaciones del Congreso de los Diputados con la endeble excusa de la seguridad. Los socialistas madrileños encabezaron una campaña cívica para exigir la aplicación de una legislación social. Pablo Iglesias destacó en esta acción contra un gobernador que había sido el represor de la huelga de tipógrafos. Estas protestas tejerán una fuerte red de solidaridad entre las organizaciones, una malla que va a ser la clave de futuras movilizaciones.

Los miembros del Partido Socialista se habían introducido con nervio en las movilizaciones populares contra la crisis. Una generación sufría las consecuencias de esta crisis devastadora, que degradaba su presente y les dejaba sin futuro. Los socialistas tenían trayectoria y sus intervenciones eran una garantía. Había crecido su arraigo en los círculos de obreros, aunque sus lazos con los tipógrafos seguían siendo primordiales. Iglesias, que había aumentado su red de compañeros corresponsales, era una persona reconocida entre las asociaciones obreras. Los lazos fraternales con otras organizaciones europeas se mantenían a cierta distancia. En el análisis que el consejo socialista hizo de su

implantación se mantuvo un deseo: la creación de un órgano de difusión propio. En la pasada huelga de tipógrafos de 1882 se había echado en falta difundir las consignas de acción en un periódico totalmente favorable. Incluso algunos compañeros consideraban que esta falta había provocado la triste derrota.

A principios de 1886 el Partido Socialista tenía cinco agrupaciones activas. Aunque sobre el papel había otras, su labor era escasa. Fracasados los intentos de crear órganos de prensa desde las agrupaciones, para Iglesias depender de periódicos republicanos no era garantía suficiente. El 20 de febrero, en una carta al semanario Le Socialiste, del que era corresponsal, se permitía anunciar la próxima aparición de un periódico del Partido Socialista Obrero Español. Se creó una comisión de 10 miembros para discutir cuándo aparecería el nuevo periódico. Se hicieron viajes de divulgación y se recogieron fondos. Pronto, con tan solo 927 pesetas en caja, los tipógrafos socialistas redactaron, editaron y distribuyeron el prospecto de propaganda del nuevo periódico. Eran expertos tipógrafos y querían hacerlo. La tirada de este breve anuncio fue de 4.000 ejemplares. El texto de “Nuestros propósitos” tuvo la aportación principal en la pluma de Iglesias.

Llegó el momento de la verdad. El día 12 de marzo de 1886 nacía El Socialista, que se publicará cada semana. Aparecía ligado a la organización, a su programa y sin tutelas. A nadie escapaba que era un calco del periódico francés, pero ni su redacción, ni sus moldes eran iguales. El Gobierno, que todo lo leía en clave conspirativa, pensó en el soporte de socialistas europeos. La aparición del periódico cambiaba por completo la vida de la organización socialista. Se iniciaba una nueva etapa. “Así, pues, el primero y principal propósito de El Socialista será procurar la organización de la clase trabajadora en partido político distinto y opuesto a todos los de la burguesía, desde el más retrógrado al más avanzado; desde el absolutista al republicano federal. ¿Cómo tratará de cumplirlos? Defendiendo resueltamente, enfrente de dichos partidos, el programa del Partido Socialista Obrero Español.” El Consejo de redacción lo formaban personas de confianza como Gómez Latorre, Gómez Crespo y García Quejido. Desde París, José Mesa mandaba crónicas y algún dinero. Pronto se publicaron algunos escritos de Marx y Engels, traducidos de urgencia por amigos tipógrafos. Desde la Agrupación Socialista de Madrid cerraban la edición Iglesias y Gómez Latorre. Algo más tarde se incorporará el espléndido cajista Baldomero Huetos. ¡Eran gente del oficio!

El crecimiento de afiliación y agrupaciones comportó que Iglesias iniciara una

larga serie de viajes por España. No eran aún un partido con un crecido volumen de afiliación, pero su peso contaba. En los mítines, incluso en los de controversia, la presencia de Iglesias era reclamada. ¡Llenaba la sala! Con poca oratoria clásica, se limitaba a exponer informaciones, pero lo hacía con tanto sentimiento que emocionaba a los congregados. Eso sí, nunca se apartaba del programa socialista, aunque introducía datos humanos de gran trascendencia. En 1886, respondiendo a la llamada de sus compañeros, se desplazó en más de una ocasión a la zona minera de Vizcaya. Estos actos fortalecían la presencia continuada de la Agrupación Socialista bilbaína en esta zona minera. De inmediato, los mineros vieron en Iglesias a alguien que explicaba con profundo sentimiento los problemas por los que pasaban. Era sencillo cuando hablaba de las terribles condiciones de trabajo y de la explotación a la que estaban sometidos. No era retórica, era vivencia y eso se notaba. Le creían.

De nuevo en Madrid, se programaron unos mítines en el Teatro Felipe para recaudar fondos con destino al periódico socialista. Iglesias los aprovechó para marcar distancia con los reformistas burgueses, pero también con los republicanos. Preparó con calma su intervención y la dotó de las informaciones que recibía puntualmente de sus corresponsales. Fue tajante en su defensa del Partido Socialista, que no admitía tutelas de nadie. Lo dijo de forma algo exaltada dirigiéndose de forma especial a los periodistas presentes en el teatro, que protestaron con gritos de desaprobación. Pronto, como el que no quiere la cosa, se extendió por la prensa más canalla una provocadora calumnia que le habría de acompañar durante muchos años. “Cuando salían del mitin de ayer no faltó quien observara que algunos de los más elocuentes oradores se abrigaban con recios gabanes, mientras muchos oyentes iban sencillamente vestidos de blusa. ¡Ah! Si las teorías de los que hablan hermosamente se tomaran en serio ¡cuántos oradores se quedarían en la calle de Toledo sin gabanes!” Quizás resultaba ocurrente hablar del “gabán de pieles”, pero era un burdo engaño y los redactores de los periódicos lo sabían muy bien.

Con su madre se había trasladado a un piso en el número 5 de la calle de San Cosme, en Embajadores. La renta era similar, pero la situación era mucho mejor. Naturalmente, seguían manteniendo un huésped para cubrir el alquiler. La delicada salud de la madre de Iglesias, que tenía 68 años, se iba resintiendo. A pesar de las mejores condiciones de la vivienda y de los tiernos cuidados que recibía, ya no se recuperará. Usaba, eso sí, el privilegio de una ventana a la calle, la primera que veía después de tantos años en la capital. Ver el sol estaba vedado a los pobres. Con una dolencia crónica fruto de las penalidades pasadas, se iba

apagando. Entonces estaba convaleciente de pulmonía, que reincidía fatalmente. El médico Vera, el buen amigo fraterno, y el prestigioso doctor Esquerdo ayudaban cuanto podían. Fueron sus avales los que permitieron su ingreso rápido en el Hospital General de Atocha, pero a pesar de la asistencia sanitaria falleció el 8 de diciembre de 1886. Iglesias estaba desolado. La muerte de Juana Posse acababa una etapa de impresionante combate en común. Una rebelión contra la miseria, que se inició cuando en 1859 quedó sola con sus dos hijos. Iglesias perdía para siempre el seguro sostén cuando llegaba a casa, la suave caricia, la palabra amable que le arropaba para poder continuar. Siempre recordará emocionado a su madre y hasta el final de su vida explicará que con ella sostuvo la más terrible de las luchas por la dignidad.

La actividad de Iglesias se volcará en el partido y en el periódico, sin olvidar sus deberes en la asociación de tipógrafos. Pasará un corto tiempo como huésped itinerante, pero aquello no era vida para quien había tenido el fuerte afecto de su madre. Por eso, pronto se recogerá en casa del buen amigo Matías Gómez Latorre, que vivía con su compañera en la calle Tres Peces. Los actos del partido le llevaban a viajar con más frecuencia de la que quisiera. Así, su vida durante unos cuantos años será la dedicada a la organización y a los viajes. Su correspondencia con los compañeros hinchaba la carpeta de información, que clasificaba con gran paciencia. Participará entonces y con garra en las protestas contra el Consistorio de la capital de España, que había frustrado la distribución de ayuda a los parados. En la enorme manifestación que recorrió las calles del centro de Madrid se pedía a gritos una extensión de los trabajos públicos para socorrer a los pobres jornaleros en paro. Con modestia, pero con firmeza, Iglesias apuntaba una solución que se había discutido en las reuniones de taberna. “De donde ha de partir el ataque, desde donde se ha de acometer la conquista de mejoras dentro del taller y fuera de él, es desde el campo político, desde las filas del Partido Obrero… ha de ser una conquista política que por su propia fuerza obtengan los desheredados.”

La salud de Iglesias, siempre débil, empezará a deteriorarse. El amigo Vera le recomendó que pasase el invierno en un clima templado. Viajará a Valencia y después a Guadalajara. En Valencia, se hospedó en casa de la familia Almela y va a conocer algo mejor a la mujer de este tipógrafo, la señora Amparo Meliá. Al poco tiempo, bastante restablecido, viajó a Barcelona. Allí encontró alojamiento solidario en casa del buen compañero Toribio Reoyo, un tipógrafo madrileño que residía en Barcelona desde hacía unos 10 años. En la ciudad condal trabajaba García Quejido, de quien saldrá la idea de convocar un congreso de “unión

fraternal de obreros” aprovechando los fastos de la Exposición Universal. Reunirse durante estas fiestas les permitía escapar al control policial, al menos al más visible. En Cataluña las agrupaciones socialistas no tenían ni continuidad, ni apenas afiliados. Su posición frente a los durísimos conflictos en las fábricas textiles de las cuencas del Ter y el Llobregat no había sido acertada. El pactismo o la tibieza de algunos dirigentes locales eran malas cartas de presentación. Además, la combatividad de los anarquistas les había dejado en punto muerto. Por ello, la oportunidad de una reunión para discutir estos problemas no debía ser desaprovechada. El Centro Obrero de Barcelona recogió la propuesta del de Mataró para organizar el Congreso, que será el constituyente de la Unión General de Trabajadores. Entre el 12 y el 14 de agosto los delegados se dieron cita en el Teatro Jovellanos, aprovechando el amparo de la nueva ley de asociaciones. Como era corriente en estas reuniones se eligió una comisión directiva y en ella figuraba Iglesias, que asistía por la Federación de Tipógrafos. Los reunidos redactaron un proyecto de estatutos, que no por casualidad se parecía a los de la Federación Tipográfica. Se decidió que la sede del nuevo sindicato se estableciese en Barcelona, porque las catalanas eran las agrupaciones más activas.

Agosto va a ser un mes de congresos que se recordará. Ya en febrero de 1888, Iglesias había propuesto a la Agrupación Socialista de Madrid que el Partido Socialista Obrero celebrase un Congreso en Barcelona los días 23 y 24 de agosto de 1888. La intendencia corrió a cargo de la Agrupación Socialista de Barcelona, que presidía Toribio Reoyo. Finalizados los trabajos del Congreso Fundacional de la Unión General de Trabajadores, se preparó el I Congreso del Partido Socialista. Estaban representadas 21 agrupaciones; 15 eran catalanas. Las sesiones se inauguraron la noche del 23 de agosto en un local de la calle Aurora. El orden del día, preparado en Madrid, ponía el acento en la organización. Se definieron los escalones de la formación, se aprobó la creación de un Comité Nacional que residirá en Madrid. Como era costumbre, escogió a sus miembros entre la militancia madrileña. Se eligió presidente del Comité al compañero Iglesias. Como la sesión era constituyente, el programa se aprobó en un “Manifiesto de los delegados del Congreso del Partido Socialista a todos los trabajadores”. Sin decirlo quedaba la puerta abierta a la participación electoral. En las intervenciones se repudió el reformismo estatal de los liberales. Con pausa, Iglesias analizó con datos irrefutables y con el testimonio de compañeros las infames condiciones en las que malvivía el proletariado español. Cuando se disponía a desgranar estas informaciones, el delegado gubernativo suspendió el acto con la entrada de un grupo de agentes de policía. De todos modos, los

asistentes vieron que la elección de Iglesias le convertía en la palanca que conectaba la Federación Tipográfica, el Partido Socialista y la UGT.

Capítulo 6

‘El socialismo es la libertad, y a él deben venir cuantos aborrecen la tiranía’

Llegamos ahora a un momento que sin duda será decisivo en la vida de Pablo Iglesias. Como delegado del Partido Socialista asistió en París a la creación de la Segunda Internacional. El Congreso se celebró entre el 14 y el 21 de julio de 1889. Pensemos primero en las enormes dificultades del viaje, en los problemas de todo orden hasta llegar a la capital francesa con la pobre asignación del partido. Situemos un alojamiento solidario. El compañero José Mesa, que ya estaba en París, acudía en representación del semanario El Socialista. Mesa tenía buenos contactos. Pero situemos al emocionado Pablo Iglesias en la Salle Petrelle, donde se celebraban las sesiones del Congreso. Allí conocerá a los más destacados miembros del socialismo europeo. Verá a Engels, con quien había mantenido una correspondencia viva y respetuosa. La intervención de los socialistas españoles en este Congreso fue menor, pero este hecho tenía poca importancia. Estaban allí, y eso era suficiente. Más tarde, expresará con emoción que habían ido al Congreso a aprender, y así fue. Tomaron buena nota de las resoluciones, mantuvieron contactos, se llevaron impresiones. Entre los acuerdos del Congreso, cabe destacar que con actos públicos y manifestaciones se recordase el Primero de Mayo a los “mártires de la fábrica McCormick de Chicago”. El brutal crimen “por razones de Estado” perpetrado en Chicago en 1886. Así, cuando Iglesias regresó a Madrid, se reunió enseguida con sus compañeros para explicárselo en detalle y preparar un mitin en el Liceo Rius.

La preparación de El Socialista ocupaba una parte formidable del tiempo de Pablo Iglesias. Por ello, en otoño de 1889 decidió habitar en la propia redacción, en el número 8 de la calle Hernán Cortés. En este piso, que era bastante pequeño,

vivía la familia de Ruperto Sánchez, miembro del consejo de redacción desde su fundación. Los dos se trataban desde la huelga de 1882 y ayudaron en los informes presentados a la Comisión de Reformas Sociales. Sin duda, eran buenos compañeros, e incluso amigos. Iglesias tenía aquí un pequeño “cuarto de pasillo”, que era suficiente para preservar su intimidad y ofrecerle la tranquilidad necesaria para poder escribir. Las comidas las hacía en una fonda de la calle Tetuán, que bien podía ser Casa Labra. En cambio, cuando iba a la Federación Tipográfica comía en el cubierto económico de la Fonda del Sur. Pronto se regularizó un salario de 30 pesetas semanales como director del periódico; era más barato que un cajista de imprenta. Recibir un salario por su trabajo era importante para defender su independencia. En todo caso, era suficiente para mantenerse. Porque su vida, hecha a base de penalidades, era muy frugal.

Se proyectó la manifestación para el Primero de Mayo. Los preparativos se hicieron con normalidad y mucho realismo, pero siempre en secreto. Como no se trataba de una jornada de lucha abierta, como una huelga, se pensó en el domingo 4 de mayo. Entonces, para asegurar una numerosa participación, los actos y manifestaciones se debían hacer en día festivo. En todo caso, como anotará con mucha gracia Julián Zugazagoitia: “Fue este un Primero de Mayo con licencia para prescindir del calendario”. No todos pensaron igual. Los anarquistas madrileños mantuvieron la convocatoria para el jueves 1 de mayo, pero, como era de preveer, tuvieron poca asistencia. Los socialistas habían hecho una propaganda masiva, aunque discreta en las formas y con poco gasto. El Socialista multiplicó sus artículos, se pegaron los cartelones, pero lo más efectivo continuó siendo el boca a boca.

El domingo 4 de mayo, el día de la manifestación, las autoridades movilizaron un gran contingente de fuerzas del orden. Incluso el alcalde de Madrid activó a la guardia urbana en lugares estratégicos. Sin decirlo a nadie, en los edificios oficiales se reforzaron los servicios de custodia. Los informes de la policía apuntaban a una enorme asistencia a los actos programados y mayor aún a la manifestación. En el Liceo Rius se dio un mitin organizado por la Agrupación Socialista Madrileña. Cuando a las 9 de la mañana se abrieron las puertas, el público ya llenaba el aforo. Los reporteros de la prensa madrileña, incluida la ministerial, se habían colocado bien para cubrir la noticia. Ante más de 2.000 asistentes intervinieron los representantes de las sociedades que daban soporte a la histórica jornada. Cerró el acto un emotivo discurso de Pablo Iglesias que, como siempre, había confeccionado con información de primera mano. Acabado el mitin echó a andar la manifestación.

La impresionante manifestación estaba encabezada por los miembros de las sociedades convocantes. En un lugar destacado estaba Pablo Iglesias. Era una persona de mediana edad, erguido al caminar, vestido con los eternos colores de ala de mosca, bien planchado, con la corbata de decoro que llevaban los oficiales tipógrafos y con sombrero. La multitud avanzó decidida hasta la sede de la Presidencia del Gobierno, donde debían entregarse las propuestas acordadas. Hacia el final de la carrera habló un emocionado Iglesias, subido al pescante de un coche. El típico baile de cifras entre los periódicos ministeriales y los demás no deslució en absoluto la manifestación, que fue multitudinaria. Se entregó el papel con las propuestas al jefe del Gobierno. Siempre bien informado, Sagasta era demasiado hábil para no ver el volumen de los congregados y la fuerza de la convocatoria. Les recibió de forma cortés y hasta se podría decir que amable. Habló Iglesias de las peticiones publicadas en toda la prensa obrera. Con tranquilidad le dijo al jefe del Gobierno que “no nos hacemos ilusión de que inmediatamente sea atendida [la petición] ni que se nos conceda de buen grado lo consignado en ella; pero tanto nuestros representados como nosotros, nos hallamos decididos a persistir una y otra vez en dicha reclamación hasta lograr que nuestros deseos se satisfagan”. Pero, como cabía esperar, la posición gubernativa con respecto a los salarios y a las condiciones de vida no cambió. Siguieron sin negociarse los proyectos de leyes sociales.

Crecieron los disturbios en la minería del Norte de España. Estas revueltas eran el resultado de los bajos salarios, las jornadas superiores a las 12 horas, la mala calidad de los alimentos de los economatos, un crecido número de fallecimientos, la brutalidad de los guardianes de las minas y la corrupción de los cargos locales que permitían los abusos. En la cuenca minera de Vizcaya y en la ría de Bilbao los choques fueron violentos. El Gobierno solamente conocía la represión para contener la protesta. Nada de negociar, solo garrotazos. La noticia de los disturbios se explicó en El Socialista del 24 de abril. El gobernador civil de la provincia había intentado impedir la distribución de las octavillas que anunciaban la manifestación del Primero de Mayo. En Bilbao, la manifestación fue un enorme éxito: más de 14.000 personas desfilaron hasta el Teatro Romea. Las propuestas se presentaron al gobernador, sin esperar nada. El 5 de mayo se reanudaron los paros y la protesta de los trabajadores creció en intensidad. En la cuenca minera se violentaron las tiendas de comestibles propiedad de las empresas. Se extendió el conflicto por las fábricas de Baracaldo y Sestao, que pararon. El poderoso Círculo Minero acudió al Gobierno. Se enviaron tropas desde Vitoria. El capitán general intentó un pacto, que al final no funcionó. La Guardia Civil controló a quienes consideraba “instigadores de la protesta”, entre

los que estaban los socialistas. Precisamente serán los miembros de la Agrupación Socialista, que dirigía Facundo Perezagua, los que tendrán un papel destacado en la vigilancia de los frágiles acuerdos. El buen hacer en aquellas situaciones permitió la extensión del Partido Socialista. En esta confianza se prepararán candidaturas electorales con posibilidades.

Con un pacto de tapadillo entre liberales y conservadores, cada vez más iguales, se redactó la Ley electoral, de 28 de junio de 1890. La Ley Sagasta era un mecanismo hábil para que desde el extranjero se viera que se dejaba votar. En realidad, se hacían las mismas trampas. El sufragio universal masculino solo actuaba como relumbrón. Si nos fijamos, veremos que la ley no tiene parte doctrinal, sino únicamente un articulado con todos los obstáculos posibles. En los distritos electorales continuaba el control de los caciques tradicionales y los gobernadores civiles. La “candidatura oficial” era la clave de todo el sistema. ¡Era una farsa! Los republicanos vieron alucinados cómo disminuían sus posibilidades, a pesar de la votación universal. Los socialistas advirtieron el engaño, pero pronto se dieron cuenta de que participar perturbaba el sistema. La posibilidad de presentar candidaturas a las elecciones municipales e incluso a las de diputados se había comentado en los círculos más próximos a Iglesias, pero no se había acordado nada. Ahora, la Ley electoral lo sometía de nuevo a debate. No se trataba de la presentación de candidaturas hasta el final, sino de un uso propagandístico gratuito.

La discusión sobre la participación electoral recorrió las agrupaciones. Mientras, el 29 de agosto de 1890 se inauguró con fraternidad el II Congreso del Partido Socialista en Bilbao. La elección de la capital vizcaína fue por la constante implicación de los socialistas en las luchas de los mineros y la enérgica figura de Perezagua. Las sesiones debían abordar temas urgentes. En principio, en virtud de una elaborada decisión congresual, El Socialista se convertirá en el órgano oficial del partido. Asimismo, se unieron a los compañeros de la UGT para que “se organizase una gran manifestación internacional a fecha fija, de manera que, en todos los países y en todas las poblaciones a un mismo tiempo, el mismo día convenido, los trabajadores exijan de los poderes públicos la reducción legal a ocho horas de la jornada de trabajo y la aplicación de las demás resoluciones del Congreso internacional de París”. En las sesiones se volvió al tema de la participación electoral, una cuestión que va a ser recurrente. El Comité Nacional había preparado una ponencia sobre la necesidad de entrar en este proceso, aunque sin tutelas. Como explicó con calma Iglesias, sin colaborar con los republicanos. Así, cualquier participación se haría únicamente por los cauces del

Partido Socialista. Quedó abierta la discusión.

El líder socialista defendía la participación política como arma de la lucha del proletariado. Lo volvió a explicar en el mitin del Teatro Romea de Bilbao el 8 de septiembre. La asistencia al acto fue monumental. Perezagua manifestó que se inclinaba por "la lucha económica, la lucha cuerpo a cuerpo", por perder el miedo a la protesta, a la huelga. En cambio, Iglesias expuso con tranquilidad y mucha firmeza la importancia de los triunfos morales. A su parecer, cada derrota representaba mayor sufrimiento. Lo formuló así: "A la huelga deben ir los trabajadores, pero no a todas horas, no a ciegas, sino cuando comprendan que pueden salir victoriosos, cuando estén bien organizados, cuando les reporte alguna ventaja". En octubre, El Socialista insertó una serie de artículos que insistían en la necesidad de la participación electoral. El Comité Nacional creía que el mejor momento para entrar en campaña eran las legislativas, "para que el Partido Socialista rompa el fuego en el terreno electoral contra los partidos burgueses". No se creía conveniente empezar por las municipales, que eran un terreno más fangoso. Se recomendó la abstención para no dar bazas a los republicanos.

El Gobierno liberal disolvió las Cámaras el 28 de diciembre de 1890 para convocar nuevas elecciones. Iglesias insistió en que la batalla electoral eran las legislativas. Eran las adecuadas para exigir medidas que mejorasen las condiciones de trabajo y de vida. Así lo dijo en cada mitin sin escatimar detalles. Estaba convencido de que las elecciones legislativas situarían al partido en el marco general. Este será el tono del comunicado firmado por Iglesias y Paco Diego, que, con los escasos recursos de costumbre, se distribuyó el 31 de diciembre de 1890. "En nuestro partido, que es serio, honrado y consecuente, no cabe, no puede caber que una Agrupación se alíe con elementos burgueses y vaya con ellos del brazo, ni tampoco que uno de sus individuos emita su sufragio a favor de candidato alguno que defienda o represente los privilegios de la burguesía", decía.

Las elecciones quedaron convocadas para el día 1 de febrero de 1891, con la nueva ley electoral. Es decir, por sufragio universal. Los socialistas prepararán una campaña extensa. La Agrupación Socialista Madrileña redactó un manifiesto en el que se igualaba el voto a la victoria de los trabajadores: "Todo obrero a quien la presión del salario no haya embotado el sentimiento de su dignidad de hombre, debe usar de ese derecho en pro de su emancipación". Iglesias se concentrará en Vizcaya y su zona minera, donde parecía haber posibilidades. En

el Teatro Romea de Bilbao habló a más de 3.000 personas. Insistió en no dividir el voto obrero y en que los republicanos no representaban fielmente a los trabajadores. Con más dureza se expresó en el frontón de La Arboleda, ante más de 5.000 personas. Habló de los fraudes de las candidaturas oficiales y las trampas de la patronal, que coaccionaba o compraba los votos de los indefensos mineros. De nuevo, haciendo gala de una buena información y de su propia experiencia, desgranó las terribles condiciones en las que se desarrollaba la vida de los obreros de las minas.

Las elecciones por sufragio universal se desarrollaron sin pena, ni gloria. El ministro de la Gobernación era un convencido de la máxima según la cual eran los gobiernos los que hacían las elecciones y no al revés. El número de electores se había multiplicado por seis, pero las trampas eran las mismas o incluso peores. Algo había cambiado: la propaganda. El Socialista se empleó a fondo con sus pocos recursos. Socialistas y republicanos intentaron una comunicación más positiva con los votantes. Pero los resultados estaban amañados por el Gobierno. Los socialistas se presentaban en solitario en 14 circunscripciones. Todo un récord. Como era normal, se repetían los nombres que tenían gancho, por ello Iglesias encabezaba cinco. En Madrid protagonizó el mitin del Teatro Felipe. Se despachó a gusto sobre los métodos de los viejos republicanos, respetando únicamente al federal Pi y Margall. En Valencia, donde se alojó solidariamente en casa de los Almela Santafé, el líder socialista fue el principal orador de un abarrotado mitin en el Teatro Tívoli.

Los resultados fueron los predecibles después de una extensa compra de votos. Las 31 actas de diputado para los republicanos afirmaban aún más la idea de Iglesias para no seguirlos. Los socialistas se hicieron notar en sus distritos, pero con pocos votos. Solo en Bilbao pusieron en serios aprietos a la candidatura ministerial. Era un comienzo y así se había pensado. No cundió el desánimo. Al poco tiempo ya estaban preparando los actos para conmemorar el aniversario de la proclamación de la Primera República el 11 de febrero. Las severas advertencias del ministro de la Gobernación situaban cualquier manifestación popular en la ilegalidad. Al Gobierno le preocupaba la exaltación de la República. Los socialistas eran vigilados con mayor atención después de hacerse notar en las elecciones. Más tarde, y también en secreto, se puso en marcha el comité para preparar la manifestación del Primero de Mayo. Desde el Gobierno se dieron órdenes a los gobernadores para que no autorizaran ninguna manifestación pública. Desde el 22 de abril se situó una numerosa dotación de la Guardia Civil en la calle. Pero, a pesar de estas advertencias, en Madrid la

manifestación tuvo el recorrido del año anterior. El mitin central se dio en el Teatro de los Jardines del Buen Retiro.

Durante los últimos meses, la discusión en el seno de la organización socialista giró en torno a la participación en las elecciones municipales. Se veía que había sido un error abandonar este campo y así lo dijo El Socialista. Se pedía a gritos la elaboración de un programa municipal socialista. Las agrupaciones locales llamaban la atención del Comité Nacional sobre la conveniencia y la posibilidad de encauzar una política exitosa en los municipios. Fruto de estos movimientos locales, en Bilbao serán elegidos cuatro concejales socialistas, encabezados por Perezagua. La sorpresa fue mayúscula en las filas del Gobierno y también en las del Comité Nacional del Partido Socialista. Así las cosas, el líder socialista quedó convencido de que había que rectificar y entrar pronto en este terreno. Con una cierta ingenuidad, se lo comentó a Engels en una carta del 15 de mayo. Le explicaba el triunfo de algunos candidatos socialistas, la torpeza del Gobierno al inhabilitarlos y la necesidad de volver a intentarlo con mayor fuerza y convicción. Estas explicaciones continuaron en el Congreso de la Internacional Socialista, que se celebró en la Casa del Pueblo de Bruselas entre el 16 y el 23 de agosto. En el breve informe que leyó ante el Congreso se recogía el funcionamiento de 39 agrupaciones, las manifestaciones del Primero de Mayo y los resultados de las elecciones, así como los órganos de prensa que daban cobertura al socialismo español. Se mostraba convencido de presentar nuevas candidaturas, pero no quería hacerlo con los republicanos, a quienes consideraba miembros de los partidos burgueses.

Los próximos meses los va a dedicar a visitar diferentes agrupaciones para explicar las conclusiones del Congreso internacional, para recabar información e insistir en la participación electoral. Su salud se resentía por estas actividades, pero no quería ni oír hablar de suspenderlas o acortarlas. Estaba convencido de que únicamente con una organización arraigada y fuerte se formarían “buenos soldados de la Revolución proletaria”. Cuando lo expuso en La Arboleda y en Gallarta topó con los planes de Perezagua, que fiaba en las sociedades de resistencia. El plan del socialista vasco era una equivocación. Más tarde, en el Circo Coruñés, Iglesias expondrá con detalle los puntos del programa del partido y emocionará a los reunidos con sentidas noticias de las condiciones de vida. Un reportero de La Voz de Galicia presente en el acto escribió: “Tiene voz de sonoro timbre, pronuncia con claridad, habla con corrección nada común en la clase a que pertenece, y se conoce que ha leído mucho relativo a la especialidad que cultiva [...] sopló con fuerza en la trompa bélica de la revolución social o cuando

flageló a los partidos republicanos, acusándolos de reaccionarios [...]". La asistencia a los mítines en La Coruña, Ferrol y Santander fue enorme, a pesar de las protestas de los republicanos, que inexplicablemente le consideraban un sicario del Gobierno.

En el verano de 1892 empeoraron las condiciones de vida por la carestía de los alimentos básicos. Una larga serie de tumultos pusieron en jaque a las autoridades. Los fielatos de consumos fueron asaltados, alguno ardió. Por toda España se esparcieron los conflictos. En Madrid los motines de verduleras por un lado y los levantamientos en los distritos populares por otro pusieron en aprietos al Gobierno. Esta terrible situación de miseria fue discutida en el III Congreso del Partido Socialista, que se celebró en Valencia el 26 y 27 de agosto. Iglesias se alojó como otras veces en casa de los Almela. La poca salud le impidió asistir a algún acto. Los delegados vieron con claridad que podían tener fuerza en los municipios. Por ello, se discutió y aprobó un ambicioso programa municipal, inspirado en el socialismo francés. Se pedía "la abolición de todos los impuestos que perjudiquen a la clase trabajadora", en referencia a los de consumos. Se encargará al periódico del partido que destaque este programa municipal en primera página. Los cargos elegidos para el Comité Nacional eran del círculo de Iglesias o estaban en sintonía con sus opiniones. En estos momentos, su peso en la ejecutiva era verdaderamente determinante.

Este papel creciente de los cargos municipales en el partido no quería decir, ni mucho menos, que se abandonase la contienda en las legislativas. En las elecciones del 5 de marzo de 1893 los socialistas presentaron candidatos en 25 distritos, un salto importante. En la circunscripción de Madrid, Iglesias compartirá candidatura con el médico Jaime Vera. Esta estrecha relación se mantendrá durante años. Vera siempre acudirá a la llamada del líder socialista. Las diferencias con los republicanos volverán a ser enormes. En los editoriales de El Socialista Iglesias les tachó de "enemigos". Pero, sin recursos, ni penetración en los distritos, la derrota de los socialistas fue contundente. En cambio, los republicanos se alzaron con un gran triunfo en Madrid y en Barcelona. Y aunque Iglesias le explicó a Engels que había aumentado el número de votos a los candidatos socialistas, la derrota fue clara. Pronto tuvo ocasión de explicárselo de viva voz en el Congreso de Zúrich de septiembre de 1893, al que acudió con García Quejido. Iban en representación del Partido Socialista y de la UGT. En el Congreso pudieron valorar el triunfo de las candidaturas socialistas en las elecciones francesas o alemanas y de ello aprendieron. El dirigente socialista francés Jean Jaurès reclamó dar otro empujón

a la lucha política. El discurso de clausura lo pronunció Engels, que insistirá en la participación, pero también en la mejora de las condiciones de vida. Al poco, Engels escribió a Iglesias: “Lo sentí vivamente pues uno de los motivos, y no de los menores, que me hicieron ir a Zúrich era la esperanza de ver allí, cara a cara, a mi viejo amigo Iglesias y estrecharle la mano”.

En 1893, Barcelona vivirá un episodio de terror. La acción y reacción no tenía salida. Las bombas del Liceu provocarán 21 muertos. La burguesía catalana miró al Gobierno y le exigió una contundente operación de castigo. El general Weyler arrestó a los fichados por la policía, que como otras veces actuó de forma brutal. El juicio contra Santiago Salvador, que fue condenado a muerte, destapó un episodio de guerra sucia. Salvador dijo arrepentirse y escribió un alegato situando como inductor a Pablo Iglesias. ¡La sorpresa fue mayúscula! Pero pronto se vio que se trataba de una estúpida maniobra de la policía, un nuevo escrito difamatorio como el del “gabán de pieles”. Nadie lo creyó. Pero quedaba claro que la policía del régimen consideraba a Iglesias un elemento que era necesario vigilar y neutralizar; de ahí las calumnias.

La vida del líder socialista experimentó un cambio radical desde otoño de 1893. Amparo Meliá abandonó el hogar de Juan Almela y se instaló en Madrid. Como es natural, los pobres no necesitaban de complicados papeles para separarse, pues no había bienes. La historia de Pablo y Amparo era relativamente larga, íntima, templada y se había consolidado en la distancia. Iglesias siempre fue muy parco en palabras respecto a su vida personal. Quedan pues muy pocos datos. A pesar de este silencio, la narración parece simple. Amparo se puso en contacto con Iglesias al llegar a Madrid. Se instaló en Carabanchel y trabajó en un taller de pasamanería. Mientras, con las templadas ilusiones de la madurez, se ocupaban de planificar una vida en común. Al cabo de un par de años se instalaron en un piso de la calle Bailén, ayudados por amigos que lo eran de verdad. Iglesias tenía 45 años. La situación estable, ahora en un hogar feliz, mejoró mucho su debilitada salud y le permitió abordar sus trabajos con mayor brío. Pero, a pesar de la situación de felicidad, en ningún caso va a abandonar sus viajes a mítines, conferencias y congresos.

Procesado por injurias al gobernador civil durante la huelga de los obreros malagueños de finales de 1894, en agosto de 1895 la sentencia será firme. Cuatro meses y un día que debía cumplir en la prisión de Málaga, donde ingresó el 9 de octubre como un penado común. Hubo mucha preocupación por su salud. Los compañeros socialistas de Málaga procuraron que no le faltase una dieta

algo más sana que la bazofia de la cárcel. A pesar de ello enfermó y fue cuidado por el médico de la prisión, José García Viñas, un humanista que había militado en el internacionalismo.

Nada parecía funcionar bien en la Gran Antilla y todo el mundo lo sabía. La política colonial española llegaba a su conclusión a un ritmo acelerado. La doctrina que enunciaba El Socialista sobre la cuestión cubana era que los obreros no tienen patria. Mientras, en las elecciones legislativas del 5 de abril de 1896 la candidatura de Iglesias por Bilbao había progresado a ojos vistas. De hecho, en una elección "limpia" hubiera sido diputado. Pero, los caciques usaron las artimañas habituales para cortarle el paso. Iglesias estaba "delicado". Su enfermedad, tratada como siempre por el doctor Vera, se volvía crónica. Cuando a finales de julio de 1896 asistió al Congreso Internacional de Londres, debió guardar reposo. El alojamiento solidario y "algún posible" compensaron la corta dieta que traía. Los delegados al Congreso desfilaron "muy a la inglesa" en una ordenada manifestación hasta Hyde Park, donde se leyeron los saludos fraternales. El Congreso internacional homenajeó de forma viva y sentida a Federico Engels. Para Iglesias era una triste despedida, era la sentida pérdida de un amigo. En el informe de la delegación española se insistió en la denuncia de la política represiva del Gobierno, en especial después de la represalia por los atentados de 1893. Se añadieron unos párrafos sobre la mentecata política que las autoridades españolas seguían en Cuba y se incluyó una difusa nota de simpatía por la lucha de los rebeldes cubanos.

La unidad en torno a la figura de Iglesias se volvió más prieta en 1897. Los más íntimos se reunían en su domicilio de la calle Mendizábal. El buen amigo Inocente Calleja acudía asiduamente y contribuía al sustento. Lo mismo hacía Matías Gómez Latorre. Juan José Morato le definió con afecto como un "hombre educado, nada encogido, de conversación amena… a pesar de estas cualidades, jamás fue hombre de acción, ni organizador, ni propagandista. Partidario consciente, catequista de individualidades… sabe presidir muchedumbres, sabe expresar los anhelos y los odios de ellas, pero no es capaz de congregarlas ni de dirigirlas". Isidoro Acevedo, entonces en la asociación de tipógrafos, venía con frecuencia hasta que marchó a Santander para ayudar en la organización de la agrupación socialista. Pascual Simal, que estaba en la dirección de la Federación Tipográfica, también aparecía. Con menor continuidad acudía el redactor y miembro del Comité Nacional Antonio Atienza de la Rosa. Todos participaban en la campaña contra las guerras coloniales. El Socialista se preguntaba: "¿Para quiénes es buena la guerra?". La respuesta pasaba por la Compañía

Transatlántica del marqués de Comillas, “unos cuantos mercachifles que explotan, mejor roban en Cuba a los soldados”, por empresas periodísticas que con el conflicto veían aumentar su tirada, por un puñado de militares “que van a buscar estrellas o entorchados”. Era buena también “para los usureros que prestan con interés enorme, los millones que la guerra consume”. La exclamación general la escribió La Lucha de Clases de Bilbao: “¡Que vayan a Cuba los hijos de los ricos!”.

Los federales, que no todos los republicanos, también sostenían la protesta. Por ello, se posicionó Iglesias: “Contrarios a la guerra, irresponsables de ella, no hay más elementos políticos que Pi y Margall y una parte de sus huestes y el Partido Socialista”. De esta opinión era Miguel de Unamuno, que censuraba la actuación de la clase política en la cuestión cubana. La posición socialista se cargaba cada día de razón con las terribles nuevas que llegaban del degolladero colonial. El Socialista insistió en el cese de las hostilidades, sobre todo cuando se llegó a la guerra abierta con Estados Unidos (21 de abril de 1898). Y añadió Iglesias: “Los falsos patriotas, los mercaderes políticos y los que hacen de las desdichas de sus conciudadanos filón para sus negocios, aseguran con el mayor desenfado que los causantes de la guerra son los Estados Unidos”.

Los presos del oscuro proceso de Montjuïc fueron tratados de una manera brutal, inhumana y cruel. La consecuencia inmediata de esta desalmada conducta del Gobierno fue el fin de la ilusoria idea de seguridad que quería vender el régimen. Cánovas del Castillo fue asesinado por el anarquista Miguel Angiolillo en el balneario guipuzcoano de Santa Águeda el 8 de agosto de 1897, burlando sin problemas la vigilancia. Solo 12 días después Angiolillo fue ejecutado en la prisión de Vergara. El 4 de septiembre, en la Plaza de Cataluña de Barcelona, Ramón Sempau disparó al teniente de la Guardia civil Narciso Portas, jefe de los torturadores de Montjuïc. Sempau, defendido por los abogados José María Serraclara y el joven Amadeu Hurtado, será declarado inocente el 10 de octubre de 1898. ¡Faltaban pocos días para ser ejecutado! La convulsa situación la dejó clara el republicano Pi y Margall en un artículo de los que hacen época: “Inquisidores ayer, inquisidores hoy, inquisidores siempre”.

El desastre colonial estaba ahí y alguien tenía que asumirlo. La conclusión de la guerra la irá pilotando el gabinete Sagasta. Mientras, las condiciones de vida de la clase obrera empeoraban a ojos vistas. Durante la primavera de 1898, se registraron motines de subsistencias por toda la geografía española. En las cuencas mineras del Norte crecieron las huelgas y la violencia. En el Sur los

motines contra el impuesto de consumos fueron feroces. Los trabajadores de los astilleros iniciaron una marcha sobre Cartagena. Para poner freno, el Gobierno decidirá la fabricación de pan a bajo precio, una orden que no siempre se cumplía. La Guardia Civil se empleará a fondo contra los huelguistas. En Madrid, se acudió al ejército para sofocar los tumultos en Latina, Chamberí o Inclusa. En abril, los socialistas participaron "por primera vez en la historia del partido" en un acto con políticos para exigir la urgente revisión de los procesos de Montjuïc. En la tribuna del acto central hablaron Moret, Canalejas, Salmerón y Melquíades Álvarez. En el turno del líder socialista se despachó con una seria advertencia: "¿Quiere esto decir que renunciemos al empleo de la fuerza? En modo alguno. Aun sintiendo tener que apelar a ella, a ella apelaremos el día que seamos verdaderamente fuertes y encontremos cerradas las vías legales. En tanto podamos recorrer estas vías, por ellas debemos caminar".

En 1898, España se hallaba en el cuarto año de guerra sin cuartel contra los insurrectos de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, sin que las perspectivas tuvieran ni la más leve sombra de mejora. La ruptura de las relaciones con los Estados Unidos había derrumbado el mercado español de valores. La moneda perdió valor. La situación de paro prolongado hacía que las protestas fueran más numerosas y más violentas. ¿Cómo salir de este escenario? La declaración de guerra de los Estados Unidos había representado para unos "la salida honrosa en la rápida capitulación" y para otros "la debacle anunciada que nunca debió llegar". En cambio, Iglesias, al pasar revista al año 1898, ponía el acento en la campaña socialista a favor de la paz.

Sagasta se vio obligado a intervenir en las Cortes para apuntalar la posición del Gobierno. La frágil flota española del Pacífico fue destruida ante Cavite, era el 1 de mayo de 1898. Precisamente, en el comunicado del Primero de Mayo del Partido Socialista se enviaba un fraternal saludo a los trabajadores del otro lado del Atlántico. Seguía la denuncia de la campaña colonial, del lenguaje grosero y chapucero dirigido al pueblo americano, de los especuladores de la guerra, de la carestía, del aumento de los tributos, de la brutalidad del desempleo... Añadió Iglesias que "la guerra entre España y los Estados Unidos será dañosa para todas las naciones, en particular para la clase obrera del mundo, y, sobre todo, para los proletarios de este desgraciado país". Las protestas populares continuaron activas. Los periódicos fueron censurados. "Por causa de la guerra hay una carestía general que merma vuestro alimento y el de vuestros hijos. Considerad, pues, como enemigos a todos los que aboguen por la guerra", dijo El Socialista. El 17 de julio se rindieron las tropas españolas en Santiago de Cuba. El día 25

las tropas norteamericanas desembarcaban en Puerto Rico. De derrota en derrota, de desastre en desastre, España pidió el armisticio el 26 de julio.

A finales de 1898, Iglesias se había instalado en un piso de la calle Luisa Fernanda, entre Ferraz y Princesa. En el nuevo domicilio vivían, además de Amparo y su hijo, el tipógrafo Paco Diego, que trabajaba en la imprenta de Ricardo Rojas, y el albañil Bernardo Lumbreras, tesorero de la sociedad de albañiles "El Trabajo". Con la estadía de Diego y Lumbreras, la carga de la renta del piso se hacía soportable. El invierno trajo un agravamiento en la delicada salud de Iglesias. Tuvo que seguir una rigurosa convalecencia en casa. A pesar de ello asistió a los actos organizados por la Agrupación Socialista de Madrid y a congresos del Partido Socialista y de la UGT, que se celebrarán en la capital de España durante el mes de septiembre. Contó Iglesias con la ayuda económica de Calleja. Su amistad venía de antiguo y en los últimos años se había fortalecido. Precisamente, con una aportación de este espléndido platero madrileño, Iglesias y "la compañera de su vida" pasarán una breve temporada en una de las casitas de veraneo en la sierra madrileña, en concreto en El Escorial.

Sagasta recompuso la situación para salvar los muebles, que era lo poco que quedaba. Para preparar el escenario político provocado por el desastre colonial, pasó el turno a los conservadores, que se apresuraron a convocar elecciones. El Gobierno que salga de estas elecciones firmará el Tratado de paz de París, en diciembre de 1898. En una situación como aquella se emplearon a fondo todos los resortes para dotarse de una mayoría. Los conservadores obtuvieron 222 diputados, por 93 los liberales de Sagasta. De hecho, era lo acordado. Federales y socialistas presentaron una amplia candidatura en Madrid, en la que figuraba Iglesias. Las posiciones frente a la cuestión colonial y a los procesos de Montjuïc habían dulcificado las relaciones con los federales, que de hecho nunca fueron malas. Los socialistas presentaron candidatura en 21 distritos. A pesar de la vigilancia de los compañeros, la derrota fue completa. Un tiempo después, en una carta al socialista alemán Karl Liebknecht, Iglesias describía esta elección: "En las últimas elecciones legislativas, salí victorioso por Madrid, aunque el Gobierno, por nuestras malas costumbres electorales, me ha arrebatado el mandato". Este fracaso electoral empezará a mover conciencias, que se expresarán en el Congreso que el Partido Socialista celebró en el Centro Obrero de Madrid, entonces aún en la calle de la Bolsa. Se inauguraron las sesiones el 17 de septiembre de 1899. La debilidad económica de El Socialista no impidió que algunos delegados propusieran pasarlo a diario. Algunas voces sacaron el tema de la alianza con los republicanos, pero Iglesias se mantenía firme en su

negativa. En el artículo “¿Cambio de táctica?” fue tajante: “Siempre seguiremos viendo en los partidos radicales enemigos de nuestra clase, siquiera esos enemigos nos sean menos odiosos que aquellos otros que militan en la retaguardia de la burguesía”. Entre las conclusiones del Congreso, la formación de federaciones “allí donde haya elementos suficientes para constituirlas”. A pesar de ello, la base continuó siendo la agrupación local. La dirección continuó centralizada.

La situación personal de Pablo Iglesias era agradable, en un hogar dichoso y cálido. Este entorno fortalecía su salud para seguir en los distintos cargos que ocupaba. Su actividad principal la desarrollaba como dirigente societario y director del semanario socialista. Esta dirección comportaba una serie de trabajos en la edición, la corrección, la composición, además de escribir artículos y algunos sueltos. Desde 1899 cobraba 35 pesetas semanales, a las que se añadía la cobertura de otros pequeños gastos. Los ocho miembros restantes del Comité Nacional socialista, se reunían una vez por semana y tenían asignadas unas dietas de entre seis y nueve pesetas. Era frecuente que las reuniones se hiciesen en la redacción del periódico y a veces en casa del propio Iglesias. Cocinando los acuerdos en casa, el líder socialista tenía una información exhaustiva y a veces se colocaba en posición de arbitraje. El poder real acumulado por Pablo Iglesias dentro de la organización era enorme, a pesar de su declinante salud. La autoridad personal y la confianza que había acumulado dentro de las organizaciones socialistas eran formidables. El hecho de ocupar varios cargos no era demasiado singular en el panorama socialista europeo. Cuando en estos momentos se habla de camarilla, se hace de modo impropio. Se trata de un reducido círculo, formado por las personas que comparten las tareas de la dirección.

La estabilidad de su vida cotidiana y la cobertura de las tareas organizativas le van a permitir una larga serie de viajes. De hecho, hasta que su salud decline de forma irreparable, los viajes a las agrupaciones socialistas, a los mítines y a los congresos internacionales van a ser su rutina más esperada. Ahora, cumplidos los encargos de los congresos del partido, del sindicato y de la Federación de Tipógrafos se embarcará en una gira por las agrupaciones. Consideraba estos viajes como un elemento central, porque veía a entrañables compañeros, valoraba la comunicación personal y quería disponer siempre de buena información. Su complicada salud le impedía acudir a todas partes, por tanto tenía que seleccionar con cuidado. En esta ocasión, incluso llegó a prepararse un plan de viaje, que, conociéndole, cumplirá solo a medias. El programa servía

para encadenar los sitios que visitaba, evitar inútiles esfuerzos y conseguir los objetivos. En cada uno de estos traslados acudía a la fraternal solidaridad de los compañeros socialistas para alojarse y mantenerse frugalmente. A veces recibía algunas aportaciones económicas, que la agrupación le remitía a la vuelta a casa. Otras veces se afiliaban algunos de los que habían acudido a escucharle en aquellos sencillos actos de difusión. Pero, especialmente y con discreción, en las localidades recababa información para su ya importante fichero dedicado a las condiciones de vida y de trabajo de los obreros españoles. Nunca se olvidaba de pedir los datos, los papeles, los testimonios, y nunca dejaba de escribir con delicadeza y gratitud a quien le informaba.

El programa de viajes de noviembre de 1899 comenzó en Asturias. Pronunció varias conferencias, unas en el Centro obrero de Gijón. Allí escribió un artículo para El Socialista sobre los proyectos de leyes sociales del ministro Eduardo Dato. Iglesias consideraba, con acierto, que la presión del proletariado organizado había impulsado la discusión de estas leyes, que sin esta influencia no se habrían ni siquiera preparado. Estaba convencido de que sin la dura lucha de los obreros, de los socialistas, los tímidos escritos de reforma de este ministro conservador ni tan siquiera se habrían pensado. El mismo argumento lo defendió en unas conferencias en el Círculo Coruñés, insistiendo de forma apasionada en la necesidad de que los obreros intervinieran activamente en la vida política. Dijo que apoyar a las candidaturas socialistas era intervenir. En el Centro Republicano de Pontevedra el lleno fue total, lo mismo que en Vigo. En estos actos, la eficaz y afectuosa oratoria de Iglesias rompía los esquemas de muchos asistentes, les hablaba de todo lo que ya conocían y padecían, pero usaba sus mismas palabras y repasaba sus testimonios. A pesar de las distancias recorridas, nunca dejó de mandar puntualmente sus artículos al periódico socialista. Sin concederse ningún descanso, en junio de 1900 viajó por algunas localidades del Sur de España. En Málaga y Almería, los actos del líder socialista provocaron las protestas y los gritos de los republicanos.

Su salud se resentía al perder la regularidad de una vida metódica. Los viajes rompían una dieta cada día más necesaria, así como la provechosa tranquilidad. Por ello, al regresar a Madrid tuvo que guardar reposo en una casa de El Escorial, en un clima reparador. La familia se desplazó al completo, incluyendo a Inocente Calleja, que vivía con ellos. El régimen que Iglesias se aplicaba cada día era simple; consistía en una sana prevención hacia los medicamentos. Esta desconfianza popular era muy corriente entre los que se habían visto obligados a rebuscar remedios curativos, que en realidad poco curaban. Aunque corta, la

estancia en la sierra madrileña siempre era reparadora, y ello a pesar de que se empeñara en continuar trabajando más de lo aconsejable. De todos modos, en la sostenida correspondencia del líder socialista empieza a destacar la frase "por el mal estado de mi salud".

En septiembre de 1900 vuelven los viajes, que consideraba ineludibles. Salió en tren desde Atocha, junto a Casimiro Muñoz y Antonio García Quejido, hacia París para asistir al V Congreso de la Internacional Socialista. Con el alojamiento solidario asegurado y unos fondos dignos procedentes del sindicato y el partido pudieron hacer frente al largo viaje y a la estancia de cinco días. En el momento que vivía el socialismo español cabrá destacar alguna conclusión del Congreso. El tema de las alianzas se consideró sustancial. En el Congreso se formuló así: "La lucha de clases prohíbe toda especie de alianza con cualquier fracción de la clase capitalista, aunque se admite que en circunstancias excepcionales pueden ser necesarias las coaliciones de algunas partes (desde luego sin confusión de programa y de táctica)". Cuando regresaron a Madrid, los delegados socialistas llenaron un copioso informe para las agrupaciones y lo mandaron rápidamente. Iglesias explicará personalmente estas conclusiones en un nuevo viaje al País Vasco. Arrancará una cerrada ovación cuando en el mitin de Bilbao desgrane con mucha determinación las condiciones de vida que padecía la clase obrera, es decir, las cuestiones más próximas al día a día. Explicó con enorme serenidad los dramáticos efectos del extenso paro y obtuvo fuertes aplausos en los mítines de Burgos, Palencia, Valladolid y Salamanca. Con estas últimas intervenciones aprovechaba el plan de viaje de regreso a Madrid.

En el cambio de siglo, los socialistas habían desplazado su centro de decisiones a Madrid. En el despacho de Pablo Iglesias los retratos de Marx y Engels en un lugar destacado. Extender su organización por toda España significaba un gran esfuerzo, más aún después de la fractura de Barcelona, que había dejado secuelas profundas. Desde el 1 de enero de 1901 se publicaba la revista La Nueva Era. La finalidad de este esfuerzo era que las colaboraciones pudieran equipararse a las más visibles en el socialismo internacional. Hemos de lamentar que la vida de la revista fuese tan corta. A pesar de ello, tuvo el enorme mérito de conectar plumas de relieve del socialismo internacional e intelectuales españoles de reconocido prestigio. Todos se unían para interesarse por la cuestión social. Era un punto importante, sin ninguna duda. Aunque el nivel teórico había mejorado y la afiliación crecía de una forma regular, el Partido Socialista aún no había sido capaz de establecer una base electoral reveladora. Entre los cuadros del partido

se abría camino la idea de la alianza con los republicanos. Este proyecto, que era una interpretación sencilla de las conclusiones del Congreso de París, no tenía el soporte de Iglesias, ni de la dirección. El líder socialista, manteniendo su conocida posición y a pesar de los fracasos en las recientes elecciones, se oponía frontalmente a esta alianza.

El 19 de mayo de 1901, un cansado Sagasta convocó elecciones legislativas siguiendo el turno. En el Ministerio de la Gobernación estaba Moret, que las organizará con todas las trampas usuales, e incluso alguna más. Los republicanos prepararon una campaña intensa y brillante, aunque usaron los modelos de siempre. Era una dinámica muy vista, pasada. A pesar de discutirlo, al final los republicanos no plantearon propuestas destinadas a las organizaciones obreras. Se limitaron a presentar candidatos en más distritos y con mayor difusión. Los socialistas se presentaron solos. Consiguieron colocar candidatos en 28 distritos, que era mucho. La maquinaria del Partido Socialista tuvo que esforzarse e incluir a los cabezas de cartel en varias listas. Entonces esta estrategia era una práctica habitual. Iglesias se presentó como cabeza de cartel en las candidaturas de 15 distritos. En algún distrito electoral obtuvo votos incluso sin presentarse. Su popularidad le situó en solitario en la circunscripción de Bilbao ante el candidato oficial, el industrial siderúrgico y naval Tomás Zubiría. En las filas del Gobierno había nervios. Un sicario de la candidatura oficial, a quien apodaban "Cadenas", mató de una puñalada al joven socialista Sotero Ayuso. Cuando se conoció el hecho, Iglesias declaró solemnemente que el acta de diputado por Bilbao, conseguida con malas artes por el conde de Zubiría, "es más puerca, va salpicada de sangre". La maquinaria del Ministerio de la Gobernación se demostró asfixiante, usando la compra de votos, las amenazas y la Guardia Civil. Toda la cuidadosa preparación de los socialistas había sido inútil. No era solo en los distritos más alejados que se consentían fraudes. En alguno de Madrid, con una abstención vergonzosa, las candidaturas del socialista Iglesias o del federal Pi y Margall no obtuvieron el acta de diputado por los oscuros manejos caciquiles.

Finalizada la jornada electoral, vinieron los arreglos. Los republicanos se mostraron satisfechos con 19 diputados, aunque no lo dijeran así. En Cataluña emergió con fuerza la candidatura derechista de la Lliga Regionalista. Pero es otro el fenómeno que surgirá en estas elecciones: la candidatura radical construida alrededor del populista Alejandro Lerroux. A pesar de estos cambios, en Barcelona salió elegido Pi y Margall. De nuevo, las candidaturas socialistas en las circunscripciones catalanas quedaron en vía muerta. Ante esta situación, el

Partido Socialista arremetió contra la estafa electoral, pero de una forma algo tímida. Iglesias hablará en el multitudinario entierro del joven Sotero Ayuso y escribirá un artículo que sin ninguna duda marcará época: “Cómplices de asesinos”. Como única y penosa reacción del turbado Gobierno, el líder socialista será denunciado ante los tribunales y procesado sin más consecuencias. La prensa republicana se unió a las denuncias contra la corrupción del sistema, pero no así sus diputados, que tuvieron una actitud ambigua, floja. Este talante sirvió a Iglesias para decir que “de los republicanos nada cabe esperar, pues para ser partido de oposición proceden peor que los monárquicos”.

Culminadas las penurias electorales, trincados por el fraude, el pensamiento de Iglesias estaba ocupado de nuevo en un análisis detallado de la situación de la clase obrera española. No quería valorar las tibias propuestas de leyes sociales del Gobierno sin informarse debidamente. Para ello volvió a poner en marcha su ya extensa red de correspondencia. Las informaciones llegaron puntualmente. Estas pesquisas indicaban que los costes de la pérdida de las colonias se cargaban únicamente sobre los más débiles sin el más mínimo sonrojo. Como siempre, los pobres pagaban el patriotismo de los ricos. Los salarios se habían rebajado con la excusa de la pérdida de los mercados de Cuba y Puerto Rico. Las jornadas de trabajo se mantenían en unos niveles increíbles. El sector textil catalán continuaba siendo el más fuerte de España; el precio eran unas condiciones de trabajo que llegaban a la asfixia. Pero los trabajadores del textil catalán eran también los mejor organizados sindicalmente. Los núcleos socialistas catalanes, pequeños en dimensión, iban informando con puntualidad desde El Socialista. En 1900, las fábricas textiles de las cuencas catalanas habían soportado una huelga de siete semanas. Había pasado de todo. La reacción de la patronal textil fue el locaut (cierre) y el uso extenso de la Guardia Civil. Iglesias se hallaba de viaje por Cataluña. La brutalidad de la represión, así como la mezquindad de los patronos catalanes, estimularon sus artículos precisos y durísimos insertados en el periódico socialista. Finalizados los paros, aparecieron las “listas negras”. Un periodista barcelonés las llamó el pacte de la fam.

Los resultados del reciente conflicto y las informaciones que recibía situaron a Iglesias en una actitud contraria a una huelga general que no pudiera ganarse. Se trataba de evitar como fuera la desmoralización y el enorme daño que los fracasos causaban en los obreros. Había que buscar otros medios de presión y de lucha. Poco a poco, pero sin pausa, los socialistas se fueron alejando de las

acciones conducidas por los anarquistas. En 1901, la UGT lo había explicado en términos muy comprensibles: “Lo que interesa a los obreros no es hacer muchas huelgas y que de ellas se pierda la mayor parte, como necesariamente ha de ocurrir por ser muchos los huelguistas que reclaman socorro, sino hacer las menos que se puedan ganando el mayor número”. Se trataba de mantener la huelga como forma de lucha, pero usarla solo cuando los demás medios fracasasen. El entorno de Iglesias estaba convencido de que emplear las huelgas de forma permanente las devaluaba, las dejaba sin sentido. Estas reflexiones se podían leer cada semana en El Socialista y empezaron a calar entre un sector de la clase obrera. Además, la falta de fondos de resistencia hacía pensar que era mejor madurar la respuesta que lanzarse a una acción que parecía más que dudosa. Por ello, ante las jornadas de huelga declaradas en Barcelona durante 1901 los socialistas tuvieron una actitud tibia. Esta conducta del Comité Nacional socialista se mantuvo durante las protestas que condujeron a la huelga general de 1902. Iglesias estaba convencido que no se daban las condiciones para salir victoriosos. Por ello, llamaba a aplicar el recurso de la huelga general pocas veces y con cautela: “ahora no conviene a los obreros emplear este método”.

El endurecimiento de las condiciones de trabajo en la crisis industrial que provocó la pérdida de las colonias será la base de la huelga general de 1902, centrada en Barcelona. Pero, fue un fracaso. Viendo la protesta muy malparada, una comisión de obreros metalúrgicos barceloneses se desplazó Madrid en busca de solidaridad y fondos. No obtuvieron recursos en la forma que pensaban, en parte por la actitud bastante fría de la dirección socialista. Viendo el quite, el Gobierno maniobró para situar a los socialistas como contrarios a la huelga y así indisponerlos con los huelguistas. El Partido Socialista y la UGT reaccionaron de inmediato con irritación. Que Iglesias pensase que no estaban preparados para la huelga general no quería decir, ni muchísimo menos, que adoptara un talante reformista próximo al Gobierno. Nunca había dado muestras de esta postura, ni nunca las dará. Pero, la calumnia ya estaba en los periódicos y a pesar de sus protestas le va a quedar durante un tiempo esta mancha. Además, los obreros catalanes y valencianos, que habían vivido el fracaso de la huelga, se sentirán muy dolidos por las actitudes del Comité Nacional socialista. En los congresos de la UGT y del Partido Socialista despuntará la crítica a la posición de la dirección con respecto a la huelga general de 1902. Iglesias deberá reflexionar sobre los efectos que tenía alejarse de las protestas populares. La mayoría de los 93 delegados que asistieron al VI Congreso de la UGT, celebrado en el Centro Obrero, deploró el enfoque del sindicato ante un tema tan crucial.

El Gobierno intentó tomar la iniciativa en la reforma de las condiciones de vida. No es que estuviera convencido, pero se trataba de evitar las protestas. Sagasta era viejo y se iba alejando de la primera línea. En el gabinete despuntaban el joven conde de Romanones y José Canalejas, que velaban armas para hacerse con la jefatura liberal. Canalejas era la figura más relevante de aquel Gobierno, aunque no contase con la simpatía de Sagasta. De momento, intentó acercarse a las asociaciones obreras ofreciendo comisiones de discusión y la posibilidad de crear un Instituto del Trabajo. Quiso contactar con personas alejadas del régimen como Salmerón, Azcárate o Iglesias. El líder socialista no tenía ninguna confianza ni en el personaje, ni en las propuestas, que veía como una forma de apaciguar los tumultos sin conceder nada. Los socialistas no admitían tutelas, vinieran de donde vinieran. Al poco tiempo, con mucha habilidad, Canalejas abandonó el Gobierno y empezó una campaña de viajes con la vista puesta en la jefatura de los liberales. Recuperó la idea del Instituto del Trabajo y quiso conectar con Iglesias para ofrecerle el cargo de secretario de este organismo. ¿Se trataba de una maniobra para desactivar al líder socialista? Quizá era así en la mente de Canalejas, pero el líder socialista nunca estuvo en el reformismo estatal. Ni siquiera en el debate teórico se podían establecer puentes con los intentos de Canalejas quien, al fin y al cabo, era un representante de la oligarquía en el poder.

capítulo 7

‘Los socialistas son políticos’

Escrito a principios de 1903 para la Revista Socialista, el artículo “Los socialistas son políticos” se ha considerado doctrinario. En este sencillo texto, Iglesias situaba el medio por el que el Partido Socialista debía avanzar hacia el objetivo de la emancipación de la clase obrera. “Político es el Partido Socialista, y los mismos que hoy afirman lo contrario habrán de reconocerlo antes de mucho al observar su influencia y empuje.” Los socialistas iban a la participación electoral con energía. En el Congreso de Gijón, al que asistieron representantes de 77 secciones, se volvió a la cuestión de las alianzas. ¿Debían pactar con los republicanos? Los fracasos en las elecciones eran un problema que debía discutirse con serenidad. Algunos dirigentes, como Gómez Latorre o García Quejido, eran abiertamente partidarios de establecer alianzas. Iglesias se mostraba totalmente en contra: “Solos quieren ir los socialistas a las luchas electorales, con sus solas fuerzas, y sin usar trampas, quieren vencer”. Era un difícil punto de encuentro. Por ello, el redactado que se consiguió en el Congreso fue muy confuso: “Cuando el Comité Nacional o una o varias agrupaciones consideren indispensable una coalición con cualquier partido radical burgués, se consultará previamente al partido (cuatro meses antes de las elecciones) y si las dos terceras partes de los votantes opinan en sentido afirmativo se realizará el acuerdo”. El tema no quedaba cerrado, ni mucho menos; la discusión continuará. Pero la posición de Iglesias, fruto de la experiencia y de una convicción profunda, se mantenía de momento cerrada a cualquier negociación.

Mientras los socialistas estaban discutiendo la conveniencia de pactar con otras fuerzas, los republicanos iniciaban un proceso de reunión para superar su evidente debilidad. Debían dar respuesta a las presiones que buscaban una nueva correlación de fuerzas. Los pobres resultados electorales imponían una deliberación a fondo. En un mitin de concordia republicana, que se celebró en Castellón el 6 de enero de 1903, se llegó al pacto de unidad. De estos acuerdos salió la Asamblea de la Unión Republicana, que lideró el viejo Nicolás Salmerón, un hombre de consenso. Para reafirmar las propuestas se preparó otro mitin en el Teatro Lírico de Madrid para el 25 de marzo. En esta “Asamblea del

Gran Teatro” se armó una estrategia decisiva para “ir a la conquista del Estado valiéndonos de medios eficaces”, en palabras de Salmerón. El programa republicano se construía para implicar a todos, sin excluir a su izquierda. Al acto asistieron algunos socialistas convencidos del pacto con la nueva formación republicana. Los dirigentes de la Agrupación Socialista de Madrid iniciaron un proceso de discusión, que no contó con Iglesias, y estigmatizó el debate en un categórico artículo publicado en El Socialista a finales de marzo: “¿Cabe esperar que el nuevo partido republicano llegue a donde se propone, derribar la monarquía? Nosotros creemos que no. ¡Ojalá nos equivoquemos!”. El análisis de Iglesias descubría que la unión de los republicanos tenía finalidades electorales y poco más. Pero, los socialistas no podían sustraerse a la realidad. ¿Cómo situar la acción política? Se trataba de aclarar si era un medio o una finalidad. Para Iglesias era un medio y así lo volvió a escribir en “Enemigos de coaliciones”, que le publicó el diario barcelonés Las Noticias. Había un avance, porque en el texto situaba una línea roja. Así, podría funcionar una coalición “tan solo en el caso de peligrar las libertades públicas”. La advertencia era interesante y pronto tendrá consecuencias.

Usando la idea de Canalejas, el Gobierno conservador de Francisco Silvela dio forma a un Instituto de Reformas Sociales el 23 de abril de 1903. No era una iniciativa liberal, sino conservadora y se notaba. El organismo se mantuvo dentro de la esfera del Ministerio de la Gobernación, pues para los conservadores era únicamente un tema de orden público. Se trataba de obtener información valiosa que ayudase al Gobierno a parar las protestas obreras, todo ello disfrazado de pretendidos cambios legislativos en las relaciones laborales. Se nombró presidente al jurista republicano Gumersindo de Azcárate para darle una apariencia reformista. Además de los vocales designados por el Gobierno, se eligieron otros entre la patronal y las organizaciones obreras que quisieron participar. Los socialistas eran partidarios de aprovechar estos organismos, aunque no estuvieran de acuerdo con sus finalidades. Iglesias defendía esta presencia, que aportaba una aprovechable base de propaganda. En la mente del líder socialista estaba su presencia en la Comisión de Reformas Sociales, que consideraba positiva. En las designaciones posteriores, los socialistas consiguieron cinco de las seis vocalías.

La convocatoria de elecciones legislativas para el 26 de abril de 1903 volverá a situar el debate de las alianzas. El Comité Nacional mantenía las razones de Iglesias sobre la no colaboración con otras fuerzas. En cambio, los republicanos habían limado sus diferencias, estaban unidos y se abrían a otros sectores. En la

candidatura de la Unión Republicana por Madrid figuraba Joaquín Costa, que se impuso en distritos obreros como Inclusa o Latina. En Barcelona, la candidatura encabezada por Alejandro Lerroux arrasó con 5 diputados. La victoria de la Unión Republicana le reportó 36 diputados, un triunfo histórico que superaba las expectativas creadas. Ante la magnitud de la elección republicana, el joven rey llamó a capítulo al ministro Antonio Maura. Los candidatos socialistas quedaron en la oscuridad, a pesar de que Iglesias figuraba en cabeza de muchas listas. La derrota en Bilbao se saldó con la mitad de los sufragios obtenidos en las anteriores elecciones. Era un desastre. De nada valió el informe que Iglesias presentó al Congreso de los Diputados sobre los amaños en el acta de Bilbao. El informe concluía con una advertencia: “De seguir así se daría motivo a que la masa trabajadora pensase que debía venir a las Cortes en actitud muy distinta a la que hoy viene”. Era evidente para muchos socialistas que la situación no podía continuar así.

Después del sonado fracaso en las elecciones se volvió a discutir el tema de las alianzas. Sumando todos los distritos con candidaturas socialistas, se había llegado a la cifra de 29.000 sufragios. Como dijo Morato, una especie de pequeña familia unida. En las elecciones legislativas alemanas de 1903, los socialistas colocaron 81 diputados en el Parlamento y obtuvieron más de 3 millones de sufragios. La exposición de Iglesias al Comité Nacional no explicaba y él lo sabía perfectamente. Porque nada disculpaba este fracaso. Tampoco era culpa del enorme abstencionismo, aunque fuera verdad. Entre los dirigentes se impuso el silencio, tanto en el Comité Nacional, como en el periódico. En realidad, este mutismo era un aplazamiento. Nada dijo tampoco en las manifestaciones del Primero de Mayo. Los actos, que siguieron la misma rutina que el año anterior, tuvieron una asistencia menor. Los resultados de los socialistas eran una losa que de momento nadie sabía cómo levantar o cómo hacer para que la alzaran.

En el Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores se van a producir unos cambios importantes. Trasladar la sede de la dirección sindical de Barcelona a Madrid tuvo consecuencias negativas. El cambio de estrategia y la visible reducción de militancia alteraron la organización. El secretario general, Antonio García Quejido, partidario de mantenerse en Barcelona, había quedado en una posición difícil. Los fieles a Iglesias controlaban el sindicato y no estaban de acuerdo con algunas medidas que tomaba el secretario general. García Quejido era consciente de que el imperdonable error de no apoyar la huelga general de 1902 pasaba factura, aunque el grupo que rodeaba al líder socialista

no quisiera admitirlo. Así, sin pensarlo bien, se preparó el acoso y derribo del secretario general de la UGT. El Socialista dejó de batallar en favor de García Quejido, con la aprobación de Iglesias. La forma de entender las acciones que debía emprender el sindicato era muy distinta entre los dos dirigentes. Además, García Quejido era un firme partidario de la alianza con los republicanos, un punto que no le perdonaban. Incluso se le llegó a desautorizar en el pleno del Comité Nacional del Partido Socialista, un hecho insólito, un error. Y la ruptura llegó, y como suele suceder, a manos de un tercero.

Durante los viajes de propaganda por toda España, realizados por Iglesias y García Quejido al Norte y al Sur, la secretaría general de la UGT la ocupó interinamente Francisco Largo Caballero. Al regresar a Madrid, al secretario general se le exigió una nota pormenorizada de los gastos. Las dietas eran tan pobres, tan cortas, que nunca se había considerado pedir cuentas a nadie. Como no podía ser de otra forma, García Quejido se sintió muy ofendido y desautorizado. Presentó de inmediato la dimisión. Y aunque Iglesias le pidió de boquilla que la reconsiderara, solo estableció un pequeño puente, porque los desacuerdos entre los dos eran insalvables. Los que formaron coro para acusar al secretario general, como dirá Morato, eran "hombres cuyo único mérito había sido 'permanecer', sin que quede labor por ellos realizada que recuerde su tránsito por la vida". Sin contemplaciones, Iglesias desplazó a García Quejido para colocar a un afín, Vicente Barrio, y de ello no hay duda. El sindicato socialista entraba en otra fase, en una estrategia en la que el líder socialista parecía sentirse más cómodo.

El debate sobre la alianza con los republicanos no había terminado, ni mucho menos. En la Agrupación Socialista Madrileña se pidió una mayor implicación en los debates republicanos. La propuesta se sometió a votación. Obtuvo 107 votos a favor por 72 en contra; una mayoría sin duda real, pero algo corta. El rechazo de Iglesias volvió a ser frontal y muy duro, porque consideraba que los republicanos querían tutelarles. El líder socialista exceptuaba a los republicanos federales, a quienes consideraba puros. La proposición votada debía ser consultada a las bases de forma ineludible. La autoridad de Iglesias se impuso en el Comité Nacional cada vez que se habló de alianzas. Sus amigos maniobraron y con su permiso añadieron a la consulta un párrafo demoledor. Pero, digamos las cosas por su nombre: era una coacción intolerable. Decía: "[se] somete a todas las colectividades del Partido la antedicha proposición, y hace esto porque 'siendo contrarios a ella todos sus individuos', por considerar que la coalición propuesta entrega las fuerzas socialistas al partido republicano, no quiere que los

que dieron su voto puedan decir que se niega a cursarla por opinar de distinto modo que ellos”. Al fin, 50 agrupaciones votaron en contra y 26 a favor. Cabe hacer notar que quienes votaron a favor eran las agrupaciones con mayor implantación y militancia. Esta pelea produjo una profunda grieta, aunque Iglesias se obstinase en negarlo.

En medio de las crisis en la UGT y en el Partido Socialista, esta por la cuestión de la alianza con los republicanos, Iglesias continuó recopilando su rico archivo de condiciones de vida y de trabajo. En este tema se sentía cómodo, porque con testimonios había reunido una envidiable encuesta social. Las averiguaciones que le mandaban sus corresponsales las conocía porque las había vivido, no eran un número abstracto. No era un archivero, porque usaba la información para concienciar a los obreros. Los trabajadores eran los verdaderos destinatarios de sus pesquisas. Usaba los espantosos datos como un potente martillo para denunciar la explotación capitalista. Conocía perfectamente la situación del proletariado español, sabía el límite de las reformas del Gobierno y preparaba una exposición que reafirmara la lucha. Glosó esta situación en las conferencias del Teatro de los Jardines del Buen Retiro y la relacionó con la crisis que vivía el obrerismo madrileño. Explicó la terrible precariedad. Situó los trabajos de 12 o 13 horas diarias con unos jornales que apenas permitían vivir. Explicó que nada se cumplía de la vigente legislación sobre el trabajo de mujeres y niños. Lo ilustró con cuantiosos ejemplos. Incidió en el enorme volumen del paro, siempre negado por el Gobierno.

Con datos en la mano, Iglesias situó la miseria, la desigualdad, los centenares de obreros que pasaban hambre. Se preguntó sobre las medidas que las autoridades aplicaban a este aterrador problema y las situó en el vacío. Lo hizo con referencias concretas e irrefutables. Con efecto de orador valiente dejó caer que el Ayuntamiento de la villa decía no tener dinero para ayudar a los necesitados, pero que se había gastado 45.000 pesetas en erigir una estatura a Sagasta. El auditorio se puso en pie gritando contra la corrupción. El líder socialista alzó la voz para decir qué podían hacer para emprender esta lucha. “Ni el Ayuntamiento, ni el Gobierno ni ninguna otra entidad burguesa hará nada mientras nosotros no les obliguemos con una acción enérgica. Ejercitemos esa acción y haremos que se abarate el pan y la carne y otros artículos de primera necesidad; que se higienice la población; que se suprima el impuesto de Consumos, y que el Gobierno y el Parlamento tomen otras medidas de verdadero interés para el proletariado”. De nuevo, conectó con los obreros porque les habló desde el corazón y desde la experiencia.

Las consecuencias de la crisis, la que negaba tozudamente el Gobierno, se veían por todas partes. El líder socialista acudió a los barrios más pobres, a los mercados, a la vista de las tahonas. Su figura empezó a ser conocida en los rincones populares de la capital. Aunque su salud se resentía, se implicó en los mítines que denunciaban el paro, la carestía y la miseria. Dio un cierto giro a su oratoria para justificar la fuente de la violencia de los obreros. Porque, decía, "no suelen ser ellos los culpables, sino los patronos o las autoridades que les irritan o exasperan con su abusivo proceder […] la policía, la Guardia civil y los jueces no debieran perseguir y encausar huelguistas, sino habérselas con aquellos patronos que por su codicia, su tiranía y su carácter suscitan graves conflictos y hacen derramar la sangre de seres más útiles que ellos a la sociedad". Era una evolución considerable, movida por la espeluznante realidad. Señaló a los capitalistas explotadores como culpables, como asesinos. Viajó al País Vasco, donde los obreros estaban en medio de un durísimo conflicto con los amos de las minas y las fábricas. Denunció cómo eran hacía años las casetas de consumos, las contratas de alimentos, las tiendas obligatorias, los inmundos barracones y cómo se mantenían hoy en este estado tan lamentable. Les explicó lo que vio en 1890 y lo comparó con lo que veía ahora: "Es inicuo, es irritante, es bárbaro, lo que hacen con aquellos desdichados, gentes que a costa de su sudor, de su sangre y hasta de su vida, han realizado negocios enormes. Cumplirán un sagrado deber los trabajadores prestando su decidido apoyo a los mineros de Vizcaya". Poco a poco se afirmaba como el líder que mejor conectaba con las clases populares, con los obreros. Lo hacía sin evasivas oratorias, solo con la sencillez de las informaciones y su palabra cálida, reposada.

Donde mejor se habían colocado los socialistas era en los municipios y se veía con claridad. Por fin los viajes de propaganda parecían dar frutos. El líder socialista recibía numerosas consultas de militantes que desplegaban su actividad en pequeñas agrupaciones locales. Las proposiciones surgidas desde los municipios donde estaban establecidos los concejales socialistas eran seguidas con un gran interés por el Comité Nacional, que las reproducía con detalle en el periódico del partido. Pero, aunque nos pueda parecer increíble, el Partido Socialista no tenía programa municipal. El papel de los concejales en la mejora real de las condiciones de la clase obrera era valorado como muy positivo, tanto por el partido, como por el sindicato. Un elemento fundamental en las campañas electorales de los municipios era el abaratamiento de las subsistencias. Se pedía siempre la supresión de los impopulares impuestos de consumos. Las cartas que recibía el líder socialista hacían referencia a la lucha de muchas localidades contra esta insufrible imposición. Él mismo se refirió a

este combate en unos mítines en Córdoba y Montilla en la primavera de 1904. En algunas localidades andaluzas, los republicanos organizaron protestas contra la presencia del líder socialista. En Vélez-Málaga se llegó a amenazar físicamente a los obreros que se dirigían al acto socialista. En la ciudad de Málaga, la Juventud Republicana increpó groseramente a los que querían asistir. En Almería hubo problemas. Estas actitudes reafirmaban aún más a Iglesias en no pactar con los republicanos en las elecciones.

El Partido Socialista Francés había planteado "las reglas internacionales de la política socialista". Este tema fue central en el Congreso Internacional Socialista que se celebró en Ámsterdam. Iglesias, acompañado de Barrio, Muñoz, Fabra Ribas y García Cortés, partió de Madrid. Como siempre, fiaban en la solidaridad internacional para cubrir el alojamiento y algún gasto. Cuantiosas costas si pensamos que asistían 482 delegados. Con el trasfondo de la sangrienta guerra entre Japón y Rusia, el primer acto del Congreso fue un abrazo fraternal de las delegaciones de estos países con el aplauso general. Las discusiones abordaron pronto la cuestión estrella: las relaciones de los socialistas con los partidos burgueses avanzados y la colaboración con los gobiernos burgueses. Por aplastante mayoría, se aprobó una firme condena al revisionismo: "El Congreso condena enérgicamente las tendencias revisionistas encaminadas a cambiar nuestra táctica victoriosa, que se basa en la lucha de clases". Para la muda delegación española el resultado de la votación congresual era la confirmación internacional del camino seguido por Iglesias.

En España pronto se verá un ejemplo práctico de la decisión del Congreso internacional. Las elecciones legislativas se convocaron para el 10 de septiembre de 1905. Desde el Ministerio de la Gobernación las pilotará Manuel García Prieto, con la "colaboración" del conde de Romanones. La estafa fue enorme, y es que en el Gobierno civil de Madrid estaba Juan de La Cierva. Unión Republicana repitió el esquema de otros comicios. Los socialistas presentaron sus candidaturas en solitario. En Madrid la candidatura socialista estaba encabezada por Iglesias y el doctor Vera, que acudió a la llamada de su amigo. En el mitin principal, en Cuatro Caminos, arremetió contra los manejos de los "partidos burgueses", en referencia a los republicanos. A pesar de hallarse enfermo, multiplicó sus intervenciones. Denunció el fraude electoral: "Hay que salir muy temprano de casas para que no nos roben el voto, hay que ejercer la intervención con mucho celo, hay que buscar electores que voten la candidatura socialista, hay que impedir en lo posible durante la elección las trampas y los chanchullos… hay, en fin, que trabajar sin descanso durante todo el día".

Francisco Largo Caballero, que presidía la Agrupación Socialista Madrileña, recorrió los distritos pidiendo a los obreros que no vendieran su voto, que evitaran las trampas del Gobierno.

Toda la campaña socialista fue inútil, si miramos los resultados electorales. La maquinaria del Ministerio de la Gobernación funcionó a la perfección. Como estaba previsto, los candidatos liberales obtuvieron la mayoría en las Cortes. Los republicanos llegaron a 30 escaños, no sin bastantes dificultades. Los socialistas quedaron lejos de cualquier elección. A pesar de este resultado, no debemos dejar pasar el comentario de un apoyo nuevo, el de una nutrida agrupación de intelectuales. Efectivamente, en un número extraordinario del semanario Europa, el periodista Luis Bello reunió plumas conocidas para dar su apoyo a la candidatura socialista. Citemos a Unamuno, Ortega y Gasset, Cossío, Alomar …, entre los que de una u otra forma prestaron su soporte a la honestidad socialista. Pero, a pesar de tímidos avances en algunos distritos, el fracaso volvió a ser completo. De nuevo, el Comité Nacional tuvo que ensayar explicaciones que no explicaban. Esta desilusión en estas elecciones impulsará, en el Congreso del Partido Socialista que se celebró en octubre, un giro hacia la política municipal.

El 12 de noviembre de 1905 se convocaron elecciones municipales en toda España. El Gobierno nunca les había otorgado ningún significado especial, eran una mera formalidad en manos de los caciques y bajo el control de los gobernadores. Nunca se habían molestado los políticos del régimen en acudir regularmente a los actos de propaganda durante las campañas de las elecciones locales. Ni los dirigentes liberales, ni los conservadores lo creían necesario. Lamentablemente, los políticos republicanos participaban muchas veces de esta práctica, aunque apreciaban las magistraturas municipales. En cambio, los socialistas habían valorado siempre la honestidad de los pocos concejales que tenían. Consideraban que esta virtud era capital a la hora de pedir el voto, y mucho más en la pequeña distancia del municipio, en la primera línea de la política. En virtud de este trabajo callado, en las elecciones municipales de 1905 los socialistas consiguieron concejales en una treintena de ayuntamientos.

El triunfo más notable fue el de los tres candidatos al Ayuntamiento de Madrid, en el distrito de Chamberí. Largo Caballero había nacido en este distrito, que tenía una composición mayoritariamente obrera. Lo conocía perfectamente y le conocían. La lista socialista se “cocinó” en el domicilio de Iglesias, como otras veces. El líder socialista era popular en estos distritos, mucho más después de la

campaña socialista para el abaratamiento de las subsistencias. Se preparó un breve programa, que se editó en el suelto: “A los obreros de Chamberí”. Se lograron interventores cuidadosos para las mesas electorales. Largo Caballero ideó una treta que consistía en alterar el orden de los nombres sin cambiar el formato de las papeletas de votación, un truco que despistó a los esbirros de los caciques. De esta forma se evitó el embuche de votos en la gallina (la urna). Esta era una práctica fraudulenta que realizaban los miembros de las mesas. Con la treta se les confundió y se burló a los candidatos oficiales. Iglesias estaba al tanto de esta estratagema, que se mantuvo en secreto. Y así, en el distrito obrero de Chamberí fueron elegidos concejales tres socialistas: Iglesias, Largo Caballero y el joven abogado Rafael García Ormaechea. Se iniciaba una nueva etapa en el partido, pero también en la vida de Pablo Iglesias.

El Ayuntamiento de la capital de España quedó formado el 25 de diciembre de 1905. “Entramos en el Ayuntamiento como gallinas en corral ajeno”, dijeron con sorna los tres concejales socialistas. Vieron en directo cómo se establecían arreglos entre los concejales, cómo se repartían enchufes a familiares. Los beneficios del municipio se entregaban a los amigos sin ninguna consideración, solo el negocio. Conocieron cómo se vendían los cargos municipales y lo denunciaron sin éxito en la prensa. El grupo municipal socialista se constituyó en base al programa elaborado. “Nuestra acción nos creará enemigos; no nos importa. Merecer el odio de los que envenenan al pueblo, de los que roban, de los que le toman como cosa explotable, será para nosotros una honra.” La realidad era más difícil, porque tres concejales en el Ayuntamiento podían hacer algún ruido y poco más. Los tres se integraron en comisiones municipales. Iglesias en la de Policía Urbana y Beneficencia. Poco podía hacer en la Beneficencia municipal, que conocía perfectamente y en carne propia, porque estaba absolutamente controlada por poderosos grupos de presión y la habían encerrado en un círculo oscuro. En cambio, en Policía Urbana se dio cuenta de inmediato que nada se hacía, solamente pasar el tiempo sin atender la multitud de temas que afectaban a la clase obrera de la capital. Buen conocedor de las condiciones de vida, de los defectos de las arruinadas construcciones, de inmediato se puso manos a la obra en la denuncia.

El 40 por ciento de la población se concentraba en la zona de bajos alquileres de los distritos de Inclusa, Latina y Universidad. En estos barrios populares faltaba de todo. La comisión municipal estaba entregada a los propietarios y no realizaba ningún control en las viviendas. La falta de higiene en las plantas, los escandalosos precios de las habitaciones, la insalubridad, los retretes exteriores,

la suciedad en las casas de vecindad no merecían la atención del municipio. Y aunque la escasez de trabajo hacía necesaria una política municipal más activa, que ayudase a los obreros en paro, nada se conseguía. A pesar de encargar informes detallados, que se hacían con todo rigor y detalle, cuando llegaban a la comisión se archivaban sin ninguna consecuencia. Los tres concejales socialistas tenían acceso a esta información y empezaron a denunciar, con datos, la precariedad extrema de una buena parte de la población madrileña, la más pobre. Conocieron de primera mano los informes sobre las irregularidades en los mercados, en el matadero, las quejas de las pequeñas tahonas, los abusos en las tiendas de alimentos. Denunciaron el precio del pan, la calidad sin control, la falta de peso, la especulación de la Compañía Madrileña de Panificación. Iniciaron una nueva campaña para el abaratamiento de las subsistencias, usando los instrumentos del Partido Socialista. Con datos del laboratorio municipal se denunció la sofisticación de algunos alimentos, es decir, un fraude que podía provocar enfermedad e incluso muerte. En cada número, El Socialista siguió con detalle la intensa labor del grupo municipal y las evidencias de la corrupción instalada en el Ayuntamiento. Los tres concejales socialistas hicieron de la honestidad y el trabajo su modo de entender la política municipal.

La familia Iglesias se trasladó a un piso en el número 68 de la calle Ferraz en la segunda mitad de 1906. El motivo del traslado era la boda del ahijado de Iglesias, el joven Juan Almela Meliá. Era un piso que daba a la calle, con mucha luz, espacioso y no había necesidad de hacer separaciones artificiales. Cada uno tenía su cuarto y había sitio suficiente para guardar los numerosos papeles del líder socialista en un rincón propio. Es decir, lograba trabajar con su archivo y encontrar los papeles sin dificultad. Las maletas, trastos y cachivaches podían conservarse sin demasiados problemas. Luz y espacio permitían un trabajo agradable y recibir las visitas de los compañeros con alguna comodidad. Asimismo, las reuniones del Comité Nacional y de la dirección del periódico socialista se podían hacer en el domicilio de Ferraz para mayor comodidad de un líder que cada día tenía una salud más delicada. Con los Iglesias Meliá vivía el platero Calleja con su ahijado y, más tarde, recogerán a Candelas Mateo, la hija del malogrado tipógrafo Enrique Mateo.

En el otoño de 1906 se desarrolló una larga serie de huelgas en demanda de la jornada de 9 horas. En el Norte, la Federación de Obreros Mineros pidió salarios dignos. La respuesta patronal fue el despido de los dirigentes sindicales y de los obreros “significados”. Un numeroso contingente de la Guardia Civil fue movilizado para impedir las acciones de los piquetes. Las huelgas en las

empresas vizcaínas se saldaron con nuevas detenciones. El conflicto se había extendido. Iglesias dio un mitin de solidaridad con los huelguistas y habló de "esos chupadores de sangre humana, esos explotadores sin entrañas". A pesar de ello, recelaba de la huelga general. Creía que era el momento de la disciplina y la organización para la lucha. Una lucha que siguió con los motines por la subida de precios, que en enero de 1907 se reproducirán en toda España. En Madrid se violentó alguna tahona, a pesar de estar apostada la fuerza pública. Los concejales socialistas exigieron a las autoridades municipales un control de precios, pero de nuevo su petición cayó en saco roto. La única respuesta a los amotinados fue un incremento de la violencia policial.

Los conservadores hablaron de desgobierno, de dejadez a la hora de controlar los desórdenes y de falta de mano dura. El rey llamó a Maura. El político mallorquín formará el llamado "Gobierno largo", que durará hasta octubre de 1909. Las elecciones legislativas van a quedar convocadas para el 21 de abril de 1907. El control de los comicios, en manos de Juan de La Cierva en el Ministerio de la Gobernación, será asfixiante. Se sustituyó a los gobernadores civiles considerados tibios, se nombraron alcaldes y se removió a muchos funcionarios. Las partidas de caciques funcionaron intensivamente. La abstención llegó a cotas jamás registradas. ¡En algún distrito madrileño se elevó hasta el 65 por ciento! Hubo violencia y atropellos. Con este enorme fraude, los conservadores obtuvieron 252 escaños, una mayoría realmente aplastante. Los republicanos se hundieron hasta los 17 diputados. Los socialistas, que no formaron coalición con nadie, lograron los mejores resultados en los distritos populares, pero de nuevo no obtuvieron ningún diputado.

El líder socialista estaba convencido de que aún era posible la negociación para mejorar las condiciones de vida y de trabajo. Con motivo del Primero de Mayo, el jefe del Gobierno, Antonio Maura, recibió al Comité Nacional socialista de forma cortés, pero se negó en redondo a cualquier negociación. La postura de Maura era por completo intransigente y de puertas adentro consideraba a Iglesias "un extremista". El Gobierno había preparado una batería de medidas legislativas que iban en sentido contrario a cualquier pacto. La Ley de Administración Local, profundamente conservadora, decía querer modernizar la estructura municipal, pero no era así. La Ley Electoral introducía un concepto totalmente antidemocrático. Se trataba de no realizar elecciones en los distritos donde solo se presentase un candidato. El artículo 29 pervertía todo el sistema. Con cierta ironía, el escritor catalán Josep Pla lo llamó "revolución desde arriba". Puestas así las cosas, presentarse solos a las elecciones legislativas

dejaba a los socialistas por completo indefensos. Muchos veían que era preciso plantearse pronto un cambio de estrategia. Pero, Iglesias y su entorno aún no estaban convencidos.

La deriva autoritaria del Gobierno Maura seguía a todo tren. El Consejo de Ministros aprobó el proyecto de Ley de Represión del Terrorismo el 24 de mayo de 1908. La ley era mezquina y autorizaba medidas claramente antidemocráticas. De inmediato, se inició una extensa campaña contra Maura. Iglesias intervino en la Comisión parlamentaria: "Si no se nos permite continuar dentro de la legalidad, como se desprende del proyecto que estoy combatiendo, no queremos que se nos aplique la frase de Costa y tendremos que ser terroristas, mal que os pese; no terroristas más o menos tibios, sino con todas sus consecuencias". Era un paso de gigante para dejar atrás el pactismo. El Socialista insistió: "Y si después de todo, el Parlamento, menospreciando la avalancha de opinión que se manifiesta en estos momentos, da su aprobación al proyecto, la clase trabajadora, por su parte, por el órgano autorizado de Iglesias, ha pronunciado ya su firme resolución: la de cobrar ojo por ojo y diente por diente". La prensa ministerial se sintió horrorizada ante la campaña de las izquierdas y por las palabras de Iglesias: "Hombre grosero y violento el cual se ha creado después un prestigio del todo injustificado". Se formó un bloque contra Maura, pero no una coalición. Iglesias no admitía para el Partido Socialista tutelas de nadie.

El 28 de noviembre de 1908 se inauguró con toda solemnidad la Casa del Pueblo de Madrid, situada en la calle Piamonte. La espléndida manifestación partió de la calle del Progreso. Desde el balcón, Pablo Iglesias se dirigirá a la multitud de congregados que habían entregado los estandartes. Es, sin duda, una de las fotos más emblemáticas y más cálidas del líder socialista. La foto, que siempre le acompañó, recoge la instantánea de un líder seguro, completo y querido. La nueva sede, muy espaciosa, acogía 102 sociedades y substituía al viejo local de la calle de Relatores. Un singular teatro para reuniones permitirá un cierto "confort" e incluso una mayor resonancia de los actos. En los discursos del día de la inauguración Iglesias criticó, con hondo sentimiento, la inacción del Ayuntamiento de la capital a la vista de las "legiones numerosas de obreros que demandan en vano ocupación para sus brazos, y el hambre y la desesperación consiguiente se enseñorean de los hogares proletarios".

capítulo 8

La contribución de sangre. ¡Maura, no!

Se repetía el escenario de una guerra colonial en el Norte de África. Por la mente de Iglesias pasó con rapidez el desfile de los desgarrados soldados que volvían de la guerra de África, el que presenciaron con su madre cuando llegaron a la ciudad de Madrid. Hacía 50 años justos, pero la visión de estos soldados, vestidos con andrajos, era una imagen espantosa. El líder socialista la guardaba en la retina. Las intervenciones españolas en las costas africanas habían acabado con enormes fracasos y un largo reguero de muertes. Nunca más una intervención militar volvió a ser popular. No importaban los motivos, porque siempre eran los mismos. Ahora, a nadie parecían afectar las circunstancias que atravesaba el Imperio de Marruecos, inmerso en una cruenta guerra civil. Las embajadas españolas que habían intentado una política de apaciguamiento fracasaron una tras otra. Los informes eran confusos. Se hablaba, como siempre, de una expedición militar con efectos reducidos. Pero, en los campos africanos se verán de nuevo charcos con sangre de los infelices quintos, de los soldados de cuota. Los banqueros que sacaban dinero de los pozos africanos presionaron a las autoridades. Las Cortes habían sido cerradas, por tanto no hubo debate público, sino una cuestión "técnica". Para defender los oscuros intereses del potente lobby colonial, el Gobierno Maura enviará un contingente de más de 20.000 soldados. La corona española era favorable a la campaña contra los "bárbaros cabileños", el joven rey la animaba de forma imprudente. Las tropas se desplazaron con graves dificultades, con viejos mapas que nada indicaban y sin el apoyo táctico necesario. No hubo planificación, porque no se consideraba necesaria. En el caso de precisar refuerzos, se preparó la formación de un contingente de reserva en el puerto de Barcelona, cosa que era sin duda un gravísimo error político y operativo. Una equivocación se encadenaba con otra.

El Partido Socialista siempre había luchado por la paz y contra el militarismo. La denuncia de esta política bélica era antigua y los socialistas se habían distinguido en muchas ocasiones, aunque con moderación. Frontalmente se oponían a la intervención militar y eso incluía la movilización de cualquier cuerpo expedicionario y la llamada a los reservistas. La desafiante actitud del Gobierno

Maura situaba cualquier oposición fuera de la ley. De manera indecente, Maura se había erigido en experto sin consultar a nadie. Ante esta conducta arrogante, el Comité Nacional del Partido Socialista redactó un duro comunicado que aparecerá en El Socialista del 2 de julio de 1909. En este texto se deploraba la escalada bélica empujada por los colonialistas, la intransigencia de Maura y la miseria que para el proletariado significaba la movilización. Por el momento se actuaba dentro de la legalidad, pero se advertía de una acción contundente: "El periódico, la conferencia, el mitin, todo debe emplearse para formar un ambiente que impida al Gobierno realizar los planes que abriga". Aunque el Gobierno planteó la intervención en el Norte de África como una operación de policía contra tribus rebeldes, nadie se engañaba respecto a sus intenciones reales. Para colmo, Maura se fue de veraneo y dejó a La Cierva al frente del Gobierno. Con modos autoritarios, el ministro impuso la censura previa, que amordazaba a la prensa. La verdad es que ni a Maura, ni a La Cierva les importaba lo más mínimo el estado de la opinión pública. Sostenían una posición de fuerza. Consideraban que "el vulgo" nada entendía de la política colonial y que los obreros estaban intoxicados por partidos y sindicatos. En esta situación, el Gobierno llamó a la primera reserva.

La reserva militar estaba concentrada en Barcelona. La formaban aquellos que ya habían servido desde 1903, que no habían podido conmutar el servicio con la redención a metálico. Es decir, los ricos no iban y los pobres sí. Los soldados gratuitos procedentes de las quintas serían la "contribución de sangre" que se pagaría en el Norte de África. Cualquier observador militar podía ver que esta movilización era una decisión técnica equivocada. Mientras, los partidos del sistema seguían mudos. Nada podían decir los liberales, porque el conde de Romanones tenía intereses personales en el ferrocarril de Marruecos. Nada dijeron, o muy poco, los republicanos a pesar de tener 34 diputados. Cambiar cromos en las Cortes a nada conducía. Iglesias denunciaba estas actitudes cargado de razón. El 11 de julio empezaron a embarcar las tropas, mientras distinguidas damas de la sociedad barcelonesa les ofrecían cigarrillos y medallas. De pronto, al grito de "¡Abajo Comillas!" estalló la indignación. Ese mismo día, en Madrid, un mitin en el Teatro de las Variedades protestaba contra la guerra. Iglesias denunció los intereses del marqués de Comillas, del lobby colonial, de los jefes militares y acabó diciendo que "si nuestras advertencias no son atendidas, entonces deberemos apelar a todos los medios para que la guerra no continúe". El líder socialista, hasta ahora prudente, elevaba el tono de la protesta. La respuesta del Gobierno fue dar órdenes para embarcar más reservistas desde el 14 de julio.

La manifestación popular en Barcelona estalló el día 18 de julio, cuando se embarcaban las últimas tropas hacia el degolladero de Melilla. Al pasar la formación por las Ramblas, camino del puerto, se gritaba a los soldados que desertaran. En Madrid, Iglesias protestó en un discurso pronunciado en el Lux-Eden, que no pudo ser recogido por la prensa. A pesar de ello se difundió ocultamente. “Si es preciso, los obreros irán a la huelga general con todas sus consecuencias, sin acordarse de las represalias que el Gobierno pueda emplear contra ellos.” Era un notable cambio, pero aún dijo más. Lo hizo en tono amenazador: “En este caso (en el terreno de la acción), solamente he de dar un consejo a los proletarios: no tiréis a los de abajo, tirad a los de arriba”. La posición del líder socialista era firme y tendrá efecto. Aquel mismo día, el Congreso de la Federación Socialista Catalana, con fuerte presencia de delegados de las batalladoras comarcas textiles, aprobó por unanimidad una dura condena: “Declara que todas las responsabilidades han de caer sobre el Gobierno Maura, representante esta vez más que en ninguna otra de los intereses de la burguesía y enemigo del proletariado”. Las noticias que llegaban de las bajas de soldados en tierras africanas eran horribles y generaban un estado de pánico, una situación explosiva. “Influir en la conciencia nacional”, como había dicho Iglesias, quedaba corto en aquel instante.

El 19 de julio, el Gobierno decidió suspender de momento el embarque. Pero, era evidente para todos que la protesta no podía ser contenida. Al anunciarse el desastre, las manifestaciones se extendieron. En la Puerta del Sol hubo disturbios y en la estación del Mediodía se impidió el transporte de tropas. Las Juventudes Socialistas de Madrid lideraban la protesta. En Bilbao se ocupó la calle gritando contra la guerra y contra Maura. La actitud de los socialistas catalanes para declarar la huelga general era firme. Iglesias veía claro el desafío y se posicionó sin dudarlo: “Los socialistas serán traidores si no se opusieran a la guerra con Marruecos por todos los medios”. Al día siguiente, el sábado 24 de julio, el Comité Nacional socialista preparó un manifiesto por la mano de Iglesias. Se mandó con gente de confianza dada la mordaza impuesta por el Gobierno.

Los sucesos ocurridos durante la llamada “Semana Trágica” en Barcelona son conocidos. Demos una pequeña nota de su desarrollo. La huelga general se extendió como la pólvora por Barcelona el lunes día 26 de julio. Se actuó con dureza para parar todas las actividades. Los comercios cerraron. Pronto se incendiaron las odiadas casetas de consumos, los fielatos. Al día siguiente, los tranvías dejaron de circular. Los policías de las comisarías se replegaron rápido a lugar seguro, mientras la Guardia Civil no acertaba a coordinarse. La actitud del

prudente gobernador civil, Ángel Ossorio y Gallardo, chocaba con la intransigencia del ministro La Cierva, que quería imponer la represión. El Capitán General declaró la ley marcial, lo que comportó la dimisión del gobernador civil. Ante el estado de guerra, el Comité de Huelga empezó a movilizarse rápido. Los días siguientes se conoció poco a poco la noticia del desastre del Barranco del Lobo, donde sucumbió toda la unidad mandada por un general amigo del rey. El contingente de heridos era enorme, y aún más el de muertos. Sin una buena información, circulaban todo tipo de rumores.

Las acciones en la calle empezaron con el incendio de la escuela de los Hermanos Maristas, el Patronato Obrero de San José. Se atacaron varias comisarías de policía. Se levantaron barricadas. La tensión subió. Los radicales hicieron acopio de consignas contra el clero y se lanzaron a la quema. No se planteó nada estratégico, al contrario. Quedaron intactas todas las comunicaciones. Se inició una campaña de incendios en conventos e iglesias. Las columnas de humo eran visibles desde lejos. Era la ciutat cremada. Los socialistas se oponían a estas acciones, pero no podían controlarlas. Se consiguieron armas atacando el Cuartel de los Voluntarios de la Libertad y asaltando alguna armería. El viernes día 30 de julio llegó sin novedad el ejército y empezó a actuar. Los jefes radicales habían huido. Un balance de urgencia arrojaba más de 100 muertos entre los rebeldes, una decena en las fuerzas de orden público. Las detenciones fueron masivas, sin pruebas. El domingo 1 de agosto una manifestación de valientes mujeres reclamaba la libertad de los detenidos.

El fin de la rebelión trajo la venganza. Maura mantuvo en Barcelona el estado de guerra durante unas semanas con la finalidad de apresar a los contrarios y someterles a corrección sin ley. Se detuvo a más de 2.000 personas. En toda España las garantías quedaron suspendidas hasta finales de septiembre y no se abrieron las Cortes hasta el 15 de octubre. La deriva autoritaria del Gobierno era espantosa. Maura se dejaba tentar por los más sectarios y sucumbía a sus peticiones. Como siempre ocurría, los reaccionarios quisieron ver la rebelión como el fruto de una oscura conspiración financiada por las amistades internacionales de los partidos de izquierdas. El fiscal del Tribunal Supremo, el clerical Javier Ugarte, se desplazó a Barcelona para buscar evidencias que apoyasen estas opiniones. Pero sus pesquisas fueron un fracaso de los que hacen época. A pesar de ello, los tribunales militares procesaron a 1.725 personas, a un ritmo frenético. Se dictaron 17 penas de muerte, de las que se ejecutarán cinco.

La venganza de los intransigentes se producía en varios frentes. Las escuelas laicas, e incluso las religiosas destinadas a los obreros, fueron clausuradas de inmediato. El 31 de agosto, a instancias de los clericales y los retrógrados de siempre, se detuvo al pedagogo Francesc Ferrer Guàrdia como instigador de la rebelión. Fue una decisión tomada a sabiendas de que no existía delito. La denuncia partió de personas de orden, como el concejal del Ayuntamiento de Barcelona Narcís Verdaguer Callís, que insistió en la instigación "con noticias que no tiene medio de comprobar, pero que cree exactas". La burguesía catalana no le perdonaba la instrucción a los obreros y las críticas al sistema. El consejo de guerra fue una farsa que cumplía órdenes superiores. Como "responsable en concepto de autor y como jefe de la rebelión" se le condenó a muerte. Nadie pudo, ni puede, creer que no se siguieran las instrucciones del Gobierno, aunque la familia Maura lo negara. De nada sirvieron las numerosas peticiones de indulto. El Gobierno lo denegó por unanimidad y no hubo perdón real. A las 9 de la mañana del 13 de octubre de 1909 Francesc Ferrer i Guàrdia fue fusilado en el castillo de Montjuïc. Era una venganza. Un indignado Joaquín Costa exclamó: ¡No fue Ferrer quien mereció ser fusilado, sino Maura! La reacción en el extranjero fue enorme, de las que hacen época. En París se intentó asaltar la embajada, en otras capitales las manifestaciones trasladarán España a la negra Inquisición. El rey no escapó a las iras populares y quedó marcado para siempre. En Bruselas la emotiva manifestación hizo época, por ello se erigió una estatua al pedagogo catalán.

La divisa "la revolución quiere acabar con la sociedad" sirvió al Gobierno Maura para emprender una feroz persecución contra todos los oponentes. Se detuvo a diestro y siniestro sin mediar acusaciones formales. En Madrid, más de 100 personas fueron encarceladas. Los dirigentes de las agrupaciones socialistas en el País Vasco, en Galicia, en Asturias, en Aragón, en Valencia o en Madrid fueron arrestados. Iglesias ya había sido detenido a finales de julio con la acusación de dar cobertura al manifiesto que llamaba a la huelga general. Un texto que nunca se publicó, pero que se redactó. El líder socialista estaba enfermo, su salud era delicada y la conducción a presidio fue bastante complicada. Idéntica situación fue la de Largo Caballero: "Me sacó la policía de mi casa a las dos de la madrugada, estando en cama y con fiebre de cuarenta grados […] al entrar en la cárcel, y por indicación de Pablo Iglesias, también enfermo y detenido, pasé a la enfermería". Los dirigentes socialistas permanecerán en la cárcel hasta la segunda mitad del mes de septiembre de 1909.

Reintegrado a su domicilio, Iglesias reunirá a los compañeros más íntimos. Antes de convocar al Comité Nacional del Partido Socialista quería ver si su análisis de la enloquecedora situación que vivía España era correcto y compartido. No se trataba de tomar iniciativas en caliente, al contrario, era necesario tener toda la información y sopesar con calma todas las posibilidades. La prisa no era buena consejera. La sensación entre los reunidos era que se había llegado al final de una estrategia. ¿Por qué? La deriva dictatorial del Gobierno Maura, la real amenaza a las libertades, la prohibición de las actividades de las sociedades obreras y los partidos, la represión indiscriminada, las penas de cárcel para cualquier disidencia, la falta de garantías, la amenaza de ejecución de los condenados habían cambiado por completo la situación. No se podía luchar por separado contra este Gobierno, era preciso hablar con los partidos avanzados, quizá incluso pactar. Era ineludible dialogar con los republicanos. Estos también intentaban agrupar a las fuerzas democráticas en una comisión que presidía Azcárate, republicano federal y hombre de consenso.

El 20 y el 25 de septiembre saldrán unos textos del Comité Nacional socialista donde se ofrecía a actuar "para conseguir que el actual Gobierno desaparezca". Iglesias pasaba balance de las recientes atrocidades del Gobierno Maura y veía claro que no se podía luchar en solitario. "¿Los derechos de la ciudadanía son atropellados? ¡Quién lo duda! Si en otras ocasiones se ha negado el Partido Socialista Obrero a hacer lo que hace hoy y se ha apartado de todos los políticos burgueses, fue porque las circunstancias políticas eran muy distintas a las actuales." La nueva estrategia socialista de lucha por las libertades se concretó en una entrevista del líder socialista con Azcárate y Pérez Galdós. En este encuentro se firmó un documento para abordar una campaña de mítines, conferencias y manifestaciones reclamando la restitución de las garantías en Barcelona. No era un primer paso, era el paso determinante para cambiar la estrategia socialista. Pero, sin ninguna duda, el hecho que decantó la balanza en la mente de Iglesias fue la ejecución del pedagogo Ferrer i Guàrdia el 13 de octubre. Estaba sinceramente horrorizado. Ya no había marcha atrás.

Con todas las prevenciones se abrieron las Cortes el 15 de octubre. Antes, el Gobierno había silenciado cualquier oposición en la calle y esperaba la comprensión de los diputados del régimen. El conservador Eduardo Dato, que presidía la Cámara, a duras penas pudo contener la avalancha de protestas y recriminaciones. Nadie quería verse salpicado por la pasada actuación del Gobierno, nadie quería que se le considerara cómplice de la ejecución de Ferrer i Guàrdia. Las protestas internacionales aconsejaban a los diputados alejarse de

aquel Gobierno. Inclusive el intransigente Francesc Cambó, que estuvo de acuerdo con la denuncia, se dijo ahora indignado por la campaña represiva. Los liberales se lanzaron contra el Gobierno, prescindiendo del timorato Moret. Canalejas se decía afectado por el fusilamiento del célebre pedagogo catalán y se postulaba como mediador. Cada respuesta del Gobierno le hundía más. Maura, que era un buen orador, no tomó la palabra y ante la sorpresa de todos se la dejó a La Cierva. El ministro era un orador mediocre. El desgaste del Gobierno, y en especial el de Maura, eran evidentes. El "¡Maura, no!" era atronador. El rey, que estaba sin duda asustado, despidió a Maura sin contemplaciones y encargó la formación de Gobierno al liberal Segismundo Moret. El 21 de octubre de 1909 el Gobierno liberal quedó formado. Ya no quiso saber nada Moret de una "izquierda dinástica", ahora estaba en el poder y eso le bastaba. Si los republicanos alguna vez habían creído en el reformismo liberal, ahora se veían obligados a girar a la izquierda y allí estaban los socialistas. Iglesias estaba ahora en una posición de fuerza y "sin tutelas de ninguna clase". Los socialistas tenían la llave de la oposición antidinástica, del llamado "Bloque de Izquierdas", y el líder del Partido Socialista podía negociar en libertad.

La decisión de colaborar con los republicanos, después de años de separación, de incomprensión e incluso de grave hostilidad, debía ser consensuada. Consultadas por el Comité Nacional, el 29 de octubre las agrupaciones locales socialistas se pronunciaron de una forma abrumadora a favor de esta colaboración. La visión del Partido Socialista era certera. Resonaba el "¡Maura, no!" Por tanto, se llegó a unos acuerdos de calado con las fuerzas republicanas. Esos pactos se bautizaron como Conjunción republicano-socialista. La presentación pública de la Conjunción se hará en un mitin en el madrileño frontón Jai-Alai, cerca de Atocha. El desarrollo de este acto fue pactado con gran precisión, porque la desconfianza y la rivalidad de tantos años no podían desvanecerse en unos días. En el mitin habló Pablo Iglesias, en nombre de los socialistas. Lo hizo con sencillez, pero fue contundente: "Por una necesidad que es común a todos los que aquí nos congregamos, por defender las libertades políticas y darles las garantías posibles dentro del régimen social presente, hemos llegado a la unión con el partido republicano y vamos a esta unión con tal sinceridad, con tal abnegación, con tal lealtad, que nadie podrá sobrepujarnos".

Después de las presentaciones, la Conjunción abordó la confección de listas electorales para las municipales del 2 de diciembre de 1909. Era un paso complicado, demasiado rápido, que requirió finos equilibrios y una gran generosidad por parte de todos. En la suma final, el avance de los republicanos

fue visible. Los socialistas obtuvieron 53 concejales en toda España. Era un éxito. Pero la vista estaba puesta en las legislativas. El 17 de enero de 1910 habló Iglesias en un mitin en Barcelona a favor de los presos. El Gobierno Moret quemaba etapas con rapidez y sin pena ni gloria. Ante este escenario, el 9 de febrero el rey despidió torpemente a Moret y encargó la formación de un nuevo Gobierno a José Canalejas. Como era de prever, cuando estuvo en el poder, Canalejas dejó fuera cualquier contacto con el Bloque de Izquierdas. Era lo mismo que había hecho Moret. En una carta a Isidoro Acevedo, el 5 de marzo de 1910, Iglesias puntualizaba la actitud del líder liberal: "Mucha gente pone esperanzas en Canalejas. No hay que poner ninguna, tanto por lo que él es como individuo, como por su forma de entrar en el poder y por el carácter esencialmente reaccionario de la monarquía". Sin duda, era un fino y bien informado análisis de la situación. Mientras, se presentó el programa de la Conjunción republicano-socialista en un multitudinario acto en el Teatro Barbieri. La oratoria del líder socialista fue más efectiva y de ello se hizo eco la prensa; su prestigio crecía.

Las Cortes fueron disueltas el 4 de abril de 1910 y se convocaron elecciones legislativas. Estas serán las primeras que se celebren con la Ley Maura de 1907. Es decir, con la aplicación del famoso artículo 29, que preveía que en los distritos donde solo hubiera un candidato no se celebrasen. Un caso insólito en las democracias europeas. Por este torticero procedimiento salió el 30 por ciento de los diputados. La Conjunción analizó el escenario y repartió bien sus candidaturas. En Valencia encabezó la lista Rodrigo Soriano, en los distritos mineros de Vizcaya fue Facundo Perezagua, en Barcelona los lerrouxistas, que tuvieron un resultado aplastante. Iglesias fue colocado en la lista de Madrid, donde su popularidad era decisiva. No estaba nada convencido, pero al fin aceptó. No se acababa de creer lo que le decían: que tenía muchas posibilidades, porque era realmente popular. Formaba lista con el escritor Benito Pérez Galdós, entonces en un momento de fama. Desde la revista Europa, Ortega y Gasset lanzó un categórico "¡Votad a Iglesias!" La desbordante participación en la capital de España, el cuidado de los interventores y la vigilancia de los militantes en las mesas favorecieron a los candidatos de la Conjunción. Los más de 40.000 votos obtenidos eran todo un éxito. ¡Iglesias ya era diputado! En conjunto, la Conjunción llegará a los 38 diputados, un buen avance.

La legislatura daba principio el 30 de junio de 1910 con la constitución del Congreso de los Diputados. Nada que decir del discurso de la Corona, que no suscitó ninguna aclamación, ni tan siquiera expectación. Los líderes de los

partidos fijaron su posición. Antonio Maura lo hizo por los conservadores en un tono desafiante, a pesar de la discusión de los sucesos de 1909. Por la Conjunción habló Azcárate, que abrió fuego contra los mauristas. El diputado Iglesias no tuvo oportunidad de intervenir hasta el 7 de julio. El cronista parlamentario Sánchez de los Santos le elogiará sin reservas: “No ha sido jamás acomodaticio, respondiendo a lo que él ha creído un deber […] con esta historia comprenderá el lector la autoridad grandísima que tiene en su partido y la profunda atención, verdadera expectación algunas veces, con que se esperan y escuchan sus discursos”. ¿Cómo podía poner Iglesias en jaque a los personajes del régimen? Los títeres en el poder político, movidos por los hilos de siempre le habían considerado un líder algo moderado, que podría ser moldeado a conveniencia. No se trataba del clan del dinero, sino de los espadachines de la política, de los figurillas. El error era de base, los primates de la política habían asumido esta visión y no se habían molestado en contrastarla. Nunca estuvo Iglesias preso de tutela alguna y, al paso del tiempo, su figura emergía con mayor fuerza.

Al intervenir en el Congreso de los Diputados, el líder socialista va a entrar con rapidez en el tema de las responsabilidades de Maura “y todos los suyos”. Fue la primera de muchas ocasiones en las que la oratoria pausada y sincera de Iglesias triunfó en el hemiciclo. El mismo conde Romanones dijo que “era tal la fuerza de su oratoria, reveladora de profundo convencimiento, que, aun sin verbo brillante, siempre producía honda emoción”. Iglesias puso nerviosos a los conservadores e incluso se sintieron amenazados: “Vosotros en vuestra venganza, sedientos de sangre, haciendo víctimas a personas inocentes, ajenas a los sucesos. Es una iniquidad fusilar en el siglo XX a un hombre como Ferrer por profesar una idea […]. Nuestra labor de ahora es impedir la vuelta del señor Maura al poder, y como el régimen protege al señor Maura, procuraremos derribar al régimen. Para impedir que el señor Maura vuelva al poder, ya dije en otra parte que mis amigos estaban dispuestos al atentado personal”. Ya nunca más se le verá como un tibio, que no lo era, sino que emergerá en la Cámara como un líder combativo.

La situación personal del líder socialista había vuelto a cambiar. En su casa se disponían a hacer cálculos sin fin. Se trataba de combinar las sesiones de las Cortes, las reuniones del partido y del sindicato, la dirección del periódico, las visitas de compañeros, la correspondencia y los viajes con una salud cada día más preocupante. No se trataba de ningún problema agudo, sino de una acumulación de dolencias que él se negaba a considerar limitadoras de sus

actividades. Aquel verano acudirá con su familia al balneario de Mondáriz, Pontevedra. La idea era descansar. La estancia será breve, porque la última semana de agosto partió al Congreso de la Internacional Socialista, que se celebró en Copenhague. El Congreso tenía como tema fundamental “la guerra contra la guerra”. El discurso de Iglesias se construyó sobre la explicación viva de las movilizaciones contra la sangrienta campaña de Marruecos y agradeció a los compañeros de otras naciones su sincero apoyo. Como se vio, los delegados del Congreso tenían muy buena información. Felicitaron a Iglesias, “primer diputado de la clase obrera […] signo decisivo del despertar de la consciencia de clase de los trabajadores españoles”. Apreciaron las movilizaciones y el papel de los socialistas. En la resolución que aprobó el Congreso, presentada por la socialista de izquierda Rosa Luxemburgo, se deploraba con energía la terrible represión que había sufrido el proletariado español y en especial el asesinato del pedagogo Ferrer i Guàrdia.

A pesar de la condena internacional, el lobby colonial continuó presionando al indefenso Gobierno Canalejas. Para fijar su posición contraria a la intervención, los socialistas organizarán en el Teatro Barbieri del barrio de Lavapiés un impresionante mitin presidido por el tipógrafo socialista Andrés Saborit. Iglesias, a quien ya le había quedado el coloquial “el Abuelo”, cerró el acto con un discurso encendido en el que relacionó las condiciones de los obreros con la desvergonzada política colonial y el patrioterismo de algunos militares. Irrumpió la policía y detuvo a los oradores, pero no a Iglesias, que era diputado. El Abuelo no parará en su campaña para la liberación de los detenidos, pero sin dar nada a cambio como quería el Gobierno. Los detenidos no serán puestos en libertad hasta pasados tres meses y, como se decía entonces, “algo estropeados” por los malos tratos. Mientras, en la sesión de Cortes del 9 de noviembre volvió al tema de la explotación y dejó noqueado al Gobierno liberal. Iglesias recorrió con pausa las luchas emprendidas y dijo: “Si las organizaciones de resistencia han sacado a los obreros hambrientos, embrutecidos, en condiciones de cierta inmoralidad de este triste estado, poniéndolos en situación muy distinta, ¿no ha ganado con esto la producción nacional? ¿No ha ganado con esto el país? Yo os hago jueces de este asunto”.

El 8 de febrero de 1911 moría el insigne Joaquín Costa a los 64 años. Se apagó la voz del regeneracionista por excelencia. Los socialistas, con Pablo Iglesias a la cabeza, rindieron un sincero homenaje a la fecunda trayectoria del “León de Graus”. Mientras, las hostilidades en las posesiones africanas continuaban. En el cine Lux-Eden del popular barrio de Chamberí dieron un mitin contra la

sangrienta contienda colonial. El Partido Socialista se entregará a la lucha contra la intervención en Marruecos. Iglesias desarrollará una gran actividad. Comparó el acercamiento a los colonialistas seguido por Canalejas con el de Maura en 1909. El Abuelo siempre había considerado a Canalejas como un artificioso demócrata poco de fiar. Porque “no constituyen esta unos cuantos millonarios, ni tampoco algunas personalidades que buscan en los hechos de armas una mejora de su posición”. El rey no era ajeno a las demandas del lobby colonial, con quienes mantenía negocios e intereses, ni tampoco lo era con las pesadas peticiones de los militares “africanistas”. Así, cuando se produjo la intervención en el Rif, Iglesias multiplicará sus intervenciones y elevará el tono. En julio, en un mitin en Barcelona acusó al Gobierno, al rey y al régimen de conducir España al desastre. Invitado por los socialistas franceses dio una conferencia en Toulouse, donde impresionó su reposada personalidad en comparación con la firmeza de sus ideas y la fuerza con la que las exponía. Pero, sin duda, su posición más contundente se escuchó en Madrid el 13 de agosto en la Casa del Pueblo. Allí, en casa, pronunció su fenomenal discurso “El proletariado y la guerra”.

El 20 de agosto, Iglesias participó en Santander en un acto contra la guerra. Visiblemente molesto por la tibieza de los republicanos, dijo que debía emprenderse una acción enérgica contra el régimen porque “si no se le empuja en su agonía, no caerá; le bastará con cuatro bayonetas para sostenerse”. Crecieron las manifestaciones contra la guerra. Las autoridades cerraron la Casa del Pueblo durante seis meses. ¡El éxito era completo! La decisión de intervenir en Marruecos, aunque no fuera responsabilidad única del Gobierno Canalejas, le pesaba como una losa. Iglesias le interpeló duramente en las Cortes. Canalejas se defendió con brillantez excitando al líder socialista con aquello de “cuando su señoría era obrero...”. Iglesias se sintió golpeado. Escribió en El Socialista que la traición de Canalejas a sus ideas era total. Usando una retórica ciertamente poco adecuada, Iglesias dijo que: “Si Canalejas no ha sido fusilado, cual, según él mismo merecía, ni sufrido ninguna sanción legal por sus burlas al Parlamento, sus extralimitaciones y sus escandalosos atropellos, políticamente se ha hundido”. Sin duda, resultaba muy difícil comprender esta afrenta aunque fuese retórica; la derecha parlamentaria no le perdonó.

Las medios que tenía el Partido Socialista habían mejorado, como se vio en el Congreso celebrado los días 25 al 29 de septiembre de 1912. Asistieron líderes socialistas europeos, como el francés Pierre Renaudel y el diputado belga Émile Vandervelde, que presidía la Oficina Socialista Internacional. Eran partidarios de

la colaboración con los partidos burgueses avanzados. Indalecio Prieto, partidario de los republicanos, los defendía con excitación. En cambio, Largo Caballero, que tenía un amplio público, era contrario a mantenerse dentro de la Conjunción republicano-socialista. El enfrentamiento estaba servido. Algunos intelectuales españoles de relieve se habían ido acercando a las filas socialistas, aunque sin atreverse a entrar. Alguno, como el catedrático republicano Julián Besteiro, se afilió a la Agrupación Socialista de Madrid. En el Congreso se discutió la posibilidad de convertir El Socialista en diario. Asimismo, de una forma extremadamente cortés se va a pedir a Iglesias que deje la dirección del periódico dada su avanzada edad y la acumulación de cargos. Para ello, se declaraba incompatible el cargo de presidente del Comité Nacional y el de director del periódico. Ello evidenciaba también que el núcleo cercano a Iglesias era parte del problema, pues muchos consideraban que se tomaban decisiones sin consensos. Fuese una cosa u otra, la sorpresa fue mayúscula entre los presentes y el Abuelo se lo tomó muy mal. El periódico era la lucha de toda una vida y no estaba dispuesto a ceder su control en un acto que interpretaba como burocrático. La ira fue enorme y apenas se pudo contener. Después de la decisión maniobró como pudo para imponer su autoridad. El Comité Nacional que saldrá de las votaciones continuará marcado por una fidelidad sin fisuras al líder del partido, una especie de “vieja guardia socialista”.

José Canalejas fue asesinado el 12 de noviembre de 1912 mientras miraba el escaparate de la librería San Martín, en una esquina de la Puerta del Sol. El anarquista aragonés Manuel Pardiñas le disparó dos tiros y al poco se suicidó. Los más duros del régimen empezaron a buscar responsabilidades. La carretada reaccionaria estaba furiosa y buscaba venganza. Con engañifas falsearon las palabras de Iglesias y le acusaron de ser cómplice intelectual del asesinato. Nada más alejado de la realidad, pues Iglesias había condenado siempre la “propaganda por el hecho”. Periódicos como La Tribuna, El Debate o El Siglo Futuro abonarán estas teorías, aun sabiendo positivamente que eran falsas. Los ultras le insultaron a la entrada de las Cortes. A pesar de la afrenta, Iglesias respondió con tono bastante reposado diciendo que “lo que hay es que se está queriendo hacer de un muerto un arma política contra los derechos del país, contra las libertades y contra esta minoría (grandes protestas)”. Con gran dignidad, Iglesias se volvió a levantar para hablar. “Vosotros, los instruidos, vosotros, los cultos, los serenos, los conservadores, ¿qué derecho tenéis para pedirle calma a un socialista, a un hombre avanzado, de apasionamiento político, cuando habéis estado azuzando a vuestros elementos durante la semana última contra mi persona?” Los extremistas no querían dejarle escapar. Continuaron en

el diario ABC, dirigido por Luca de Tena. Pero los testimonios elogiando la honestidad y abnegación de Iglesias acallarán cualquier calumnia, la relegarán a la galería del polvo. La defensa de Iglesias fue brillante en el Parlamento, la del honesto líder se verá en las publicaciones socialistas, la del ciudadano en la prensa libre… pero, la defensa del obrero socialista fue en la calle, convocada por las clases populares.

Como había acordado el Congreso socialista, el periódico del partido pasó a ser diario a partir del 1 de abril de 1913. La dirección se puso en manos de Mariano García Cortés, periodista de 34 años que muy pronto se vio atrapado por el núcleo de Iglesias. Apenas le dejaban moverse. El diputado socialista seguía describiendo las terribles condiciones de vida de los soldados que servían en África, en el "horrible matadero marroquí". Lo hizo en las Cortes, en los mítines y en el diario. Mostró ante la opinión pública la escasez de la alimentación del soldado, la terrible falta de higiene en los cuarteles, las enfermedades sin remedio, los malos tratos que recibían, el abandono... todo ello con la vista puesta en la sangría española en tierras africanas. No es que la gente no conociera estas infames condiciones de los soldados, pero que lo denunciara el diputado Pablo Iglesias era un aval extraordinario. El Abuelo tenía prestigio y credibilidad. Con estas informaciones situó a la tropa como el elemento reventado por el régimen, la clase obrera explotada por el sistema. Ello le convirtió en un declarado enemigo de la casta militar, cada vez más poderosa. Iglesias denunciaba la tibieza de algunos republicanos ante los militares, pero sin éxito. Lo mismo pasó al discutir con fuerza en el Parlamento la Ley de Jurisdicciones, que pretendía elevar a los militares por encima del poder civil. No era menor el apoyo que recibían del rey, como denunciaron los socialistas. Ante esta situación, un Gobierno inasequible al desaliento interrumpirá las Cortes el 2 de enero de 1914 sin dar explicaciones.

"La España oficial consiste, pues, en una especie de partidos fantasmas que defienden los fantasmas de unas ideas y que, apoyados por las sombras de unos periódicos, hacen marchar unos Ministerios de alucinación." Este certero análisis lo dictó José Ortega y Gasset en una conferencia en el Teatro de la Comedia el 23 de marzo de 1914. Acababan de pasar otras elecciones con los mismos trucos de siempre y con idénticos resultados. Efectivamente, el 8 de marzo de 1914 se había consagrado el fraude habitual. La maquinaria de Gobernación funcionó a pleno rendimiento con la compra de votos, los atropellos, las intimidaciones y la "guardia negra" patronal. Iglesias lo describirá en un mitin en Baracaldo, dirigiéndose al candidato Ibarra que "a manera de señor feudal, ha ido ejerciendo

su influencia para llevar a las urnas todos los votos esclavos”, las arengas de los curas… “en una palabra; no se ha perdonado medio alguno de coacción”. Ganaron los conservadores, que después colocaron a los demás actores de la comedia. La Conjunción republicano-socialista, tocada por los desacuerdos internos, logró 34 diputados. Iglesias, aunque por su enfermedad pudo hacer poca campaña, salió diputado sin problemas. Recibió el entusiasta homenaje de El Obrero Gráfico y de Acción Socialista. Este último le dedicó la portada con el título de “Nuestros hombres de acción”. En las nuevas Cortes el discurso de la Corona volvió a pasar sin pena ni gloria. El Gobierno no tenía ningún programa de actuación; no era nada nuevo. Pero pronto la Gran Guerra lo cambiará todo, sin dejar rastro.

La salud de Iglesias había empeorado visiblemente, a pesar de los cuidados de Amparo. Siempre con amabilidad, pero con firmeza, se le impedían las largas jornadas de trabajo que le dejaban exhausto. A veces, protestaba por la prohibición. Pero el reposo era necesario, aunque no lo observara con regularidad. Tampoco seguía con disciplina el tratamiento que le habían prescrito, era un enfermo respondón que no se fiaba de los medicamentos. Estaba preocupado. Sabía que los temas de discusión en las organizaciones socialistas eran complejos y que estaba en juego la obra de toda una vida. Estaba seguro de que sin su presencia las tensiones afloraban, mientras continuaba postrado en cama. Como a veces sucede, se creía imprescindible. “¿Qué queréis que haga? ¿Qué el diablo se lleve todo lo que hay hecho? ¿Que deje hacer para que vayamos de tontería en tontería? ¡Bueno andaría el fregado si lo dejase de la mano! Si los más obligados en la conjunción dejan lo que es preciso hacer para marcharse de veraneo, ¿voy a hacer yo lo mismo y dejarlo todo manga por hombro?”, le decía al buen Calleja. Fino observador, trabajador paciente, sabía que el momento era complicado. Lo era en el Partido Socialista, en la UGT e incluso en la Asociación del Arte de Imprimir. El diario socialista parecía perder el rumbo. Estaba angustiado, necesitaba sopesar con calma todos los frentes y su salud no se lo permitía. De hecho, su salud va a ser el centro de las preocupaciones de su entorno y le va a imposibilitar significarse en la lucha contra la guerra y la desolación que provocaba.

capítulo 9

A combatir duramente la guerra y la crisis

En verano de 1914 explosionó la más cruel de las adversidades. Los motivos que condujeron al estallido de la Gran Guerra tienen un papel secundario ante la magnitud de la catástrofe. La movilización general de tropas dejó ver de inmediato un conflicto de grandes dimensiones, que afectaba a la sociedad civil de una forma brutal. El Gobierno español, presidido por el conservador Eduardo Dato, se apresuró a publicar una nota diplomática en la que expresaba su completa neutralidad. Tal vez, la valoración de la mínima capacidad ofensiva del ruinoso ejército español podía estar en el fondo de esta decisión. Pero estos cálculos no tuvieron, ni tienen, mayor importancia. El hecho mismo de la guerra dividió a la sociedad española. Se llegó a extremos. Se ha dicho que los conservadores estaban a favor de los imperios centrales y que liberales, republicanos y la izquierda eran favorables a los aliados. Asimismo, ambos grupos intentaron en algún momento que el Gobierno Dato abandonase la neutralidad, total o parcialmente. Hasta aquí la visión más tradicional, que como todas tiene pros y contras. La verdad es que había una tercera postura con gran consenso, la de aquellos que luchaban con enorme arrojo por la paz, que eran abiertamente contrarios a la guerra.

El 2 de agosto, un manifiesto del Partido Socialista dejó claro que estaba contra todo conflicto bélico, que condenaba el criminal imperialismo a la vez que anotaba los espantosos efectos que traería a España cualquier participación activa. “¡Compañeros! A combatir duramente la guerra, a proclamar los beneficios de la paz, a secundar o a procurar que no secunden cuantos a la guerra aborrezcan y por el progreso trabajen, en una palabra, a esforzarnos y a realizar los sacrificios que sean precisos para que la historia de la humanidad no registre el hecho abominable de que se conviertan en fieras para devorarse unos a otros, millones de hombres, de hermanos, de compañeros.” El mismo mensaje llevará Antonio Fabra Ribas, que militaba en la Agrupación Socialista de Reus. Este, que hablaba perfectamente francés, fue comisionado por el Partido Socialista para asistir a la reunión del Bureau Socialiste International en Bruselas a finales de agosto. Unos artículos de fondo del líder socialista aparecidos en septiembre posicionaron a la organización en el bando aliado. Esta postura era interesante y

sin duda reflexiva. Ello no quería decir que en el partido y en el sindicato socialista no tuvieran peso las tesis pacifistas de Largo Caballero o de García Quejido. Un pacifismo muy firme que se amparaba en las resoluciones de la Internacional Socialista.

A finales de otoño volvió a empeorar la salud de Iglesias, esta vez de forma muy visible. Él mismo lo comentó a los íntimos diciendo que “el estómago no quiere entrar en caja, y por falta de nutrición mi debilidad es grande y mi humor, por diversos motivos, no tengo que decir”. Se complicó aún más su estado porque cogió una gripe, que le mantuvo en casa. La aparición de estos nuevos achaques provocó que toda la familia se trasladase a Torre del Mar, en Málaga, para pasar una temporada. Las repetidas y pesadas protestas del enfermo acortaron la estancia. Regresarán a Madrid el 3 de marzo de 1915. Había permanecido enfermo durante cuatro meses. La larga ausencia de quien ostentaba tantos cargos hacía necesario informar a las agrupaciones y a la militancia. Por primera vez se emitirá un comunicado oficial sobre su salud. El mesurado texto se publicará el 27 de marzo, cuando ya se encontraba de nuevo en activo. Los médicos fueron breves y nada alarmistas, aunque hicieron recomendaciones cargadas de sentido común: “Curado estaría de estos achaques si no hubiese desatendido nuestros consejos y mandatos, posponiendo su salud a sus deberes, que siempre exageró, hasta convertir en deber el constante sacrificio”. Jaime Vera, que le conocía a fondo, quiso ser tajante y avisar a los alarmistas: “Esto es todo. ‘Nada de anemia cerebral ni Cristo que lo fundó’, como se dice vulgarmente”. La nota publicada tenía un doble motivo: informar y desactivar cualquier complot que intentase sustituirle. Iglesias estaba particularmente sensible después que se le desplazase de la dirección de El Socialista. Pero, de nuevo, una recaída le volvió a situar fuera de Madrid. Acudió a una localidad valenciana para hacer reposo. Allí falleció el buen amigo y correligionario Inocente Calleja, que vivía con ellos. Iglesias tenía entonces 65 años y la muerte del inseparable compañero le va a afectar mucho. Desde que falleciera su madre no había despedido a un allegado, a alguien con el que había construido una vida digna. A esta edad, las emociones se expresan en pequeñas dosis, pero sin duda eran muy profundas.

El Gobierno de Eduardo Dato mantenía cerradas las Cortes y se disponía a una censura informativa sin dar explicaciones. Los diputados republicanos y el socialista, que no querían estar mudos, se reunieron para evaluar la situación. Organizaron un acto en la Casa del Pueblo de Madrid, pero, atención ¡el Gobierno les prohibía hablar de la guerra! Los diputados se revolvieron contra

esta decisión autoritaria del jefe del Gobierno. Iglesias, que hablaba “en casa”, tiró contra Dato comparando su actitud con la de Maura y Canalejas, “de aquellos que ponen por delante el interés nacional para disculpar su conducta tiránica”. El delegado gubernativo tomaba nota de estas palabras, pero continuó hablando con tranquilidad y lo hizo para rechazar las presiones de grupos armados a sueldo del Gobierno. Protestó por el encarecimiento de las subsistencias y dejó claro a la vista de todos que las autoridades amordazaban a los representantes del pueblo. Al final, visiblemente enojado, dejó caer que “si mañana podemos alcanzar el logro de nuestras aspiraciones sin derramar una gota de sangre bendita sea esa hora; pero si es preciso que haya más que eso, no por ello debemos vacilar, sino lanzarnos a lo que sea preciso con todas las energías de nuestra alma”. Más de uno quedó atónito. Pero, aún dijo más. Se ofreció para una larga campaña contra los efectos que tenía la desvergonzada especulación capitalista. Un abuso que se escondía en los problemas de suministro que se decían provocados por la guerra.

En esta situación de protesta social, de duros enfrentamientos con el Gobierno se decidió convocar el X Congreso del Partido Socialista, que se celebrará en la Casa del Pueblo entre el 24 y el 31 de octubre de 1915. Entre los delegados era mayoritaria la iniciativa por la paz, aunque la causa aliada se había abierto camino con la ponencia y los escritos de Iglesias. Esta ponencia la leyó y defendió Besteiro ante el pleno del Congreso. Este núcleo de confianza intentaba maniobrar para conseguir una declaración favorable a la causa aliada y el aval para defenderla en las Cortes. En la votación, la moción a favor de los aliados resultó mayoritaria. Además, Iglesias recuperó la dirección de El Socialista al retirarse aquella incompatibilidad. Pero en el Congreso había un tema que se había arrastrado en los últimos tiempos sin decisiones. Se trataba de ver qué se hacía con la actual colaboración con los republicanos, tan deteriorada y criticada. Las voces para romper la Conjunción republicano-socialista eran fuertes entre los delegados y se expresaban de forma exaltada. La “izquierda socialista”, que había nacido al amparo de figuras como Fabra Ribas o García Cortés y que tenía fuerza, estaba convencida de que era necesario romper. Iglesias, para sorpresa de muchos, no pensaba que fuese el momento de rasgar esta alianza y con este propósito intervino en el Congreso. Algunos, más de los que figuran en la “literatura oficial”, vieron en su postura un acomodo personal. No era así. Al final, la votación se inclinó por escaso margen a favor de mantenerse en la Conjunción. Hubo otra novedad. En el Congreso se eligió la dirección completa. El peso más destacado volverá a ser para Iglesias, esta vez con Besteiro en una vicepresidencia. Era una dualidad que pronto dará que hablar.

En un país neutral como España, la especulación producía enormes beneficios a desaprensivos empresarios y a oscuros intermediarios. Estos abusos eran especialmente visibles en el abastecimiento de alimentos, en los productos de primera necesidad. Para ganar aún más se hacían toda clase de fraudes, en el peso, en el tamaño, incluso en la imprescindible calidad sanitaria. Las autoridades rara vez intervenían para inspeccionar. Todo ello se traducía en un deterioro constante de las condiciones de vida de las clases populares. La capacidad de respuesta de las familias obreras se agotaba. De nuevo, los pobres pagaban el peso de la especulación que hacía más ricos a los ricos de siempre. En noviembre, abiertas de nuevo las Cortes, estos temas serán el centro de los discursos. En el caso de Iglesias, su minuciosa recopilación de datos e informes le situó en buena posición para fustigar al Gobierno. Podía establecer una serie de precios fiables con las informaciones que recibía de sus corresponsales y de las agrupaciones socialistas. Estos datos dejaban ver a las claras que las autoridades sabían de estos fraudes e incluso que los tapaban. Dijo Iglesias en la Cámara: “Saben los señores diputados que habitan en Madrid que los panecillos tenían antes 250 gramos, y eran cuatro los que componían el kilo de pan. Pues ahora son cinco. Fue esta una aspiración de los panaderos de Madrid, que consiguieron con ayuda de alcaldes y concejales”.

En este ambiente de protestas se va a producir la inevitable crisis de Gobierno en 1916. Nadie piense que se trataba de una crisis de confianza motivada por la mala situación que vivía el país. ¡No! Era simplemente el cambio de cromos para pasar de un escenario conservador a otro liberal... y nada más. En esta crisis reapareció la figura de Antonio Maura, que no se conformaba con ser una reliquia. Pero, sin sorpresas, el rey llamó al conde de Romanones, jefe del Partido Liberal. Las elecciones del 9 de abril no tuvieron historia. Entraron 145 diputados por el artículo 29, es decir, sin elecciones. El Gobierno aseguró su mayoría como siempre. Los republicanos, incluyendo al socialista Iglesias, quedaron en 20 diputados. De nuevo, el discurso de la Corona recogía un programa sin alma. Pero las protestas por el encarecimiento de las subsistencias estaban ahí y era preciso hacer algo. La carestía de la vida era insoportable; cada día se extendía el hambre. El sindicato socialista dedicó su Congreso a esta cuestión fundamental y se habían previsto movilizaciones de calado, incluso una huelga general.

En un cambio de postura visible, Pablo Iglesias pedía que se acentuara la acción política sin abandonar las movilizaciones. Lo formuló así: “Conquistar para el país un régimen político que dé satisfacción a las momentáneas aspiraciones del

pueblo”. Era un paso firme, sin duda. Pero su salud era flaca y tuvo que reposar en la sierra. Nunca le había gustado estar en la sierra, donde se sentía desinformado y no podía intervenir en la vida de las organizaciones. Era una persona que necesitaba sopesar con calma las decisiones, pero no en un reposo sin noticias. Ante las protestas del Abuelo, por fin decidieron volver a Madrid. En aquel momento había estallado un dura huelga ferroviaria, que el Gobierno quería romper acudiendo a miserables esquiroles y a militares movilizados. En el sector ferroviario el peso de la UGT era importantísimo, determinante podríamos decir. Para dejar a los diputados mudos, el Gobierno cerró las Cortes y declaró el estado de guerra. Los dirigentes de la protesta fueron detenidos. Con una pasmosa calma, el Gobierno pidió un laudo al Instituto de Reformas Sociales. El resultado fue favorable a algunas aspiraciones de los obreros. Se autorizaron los sindicatos en las compañías ferroviarias y fue visible para todo el mundo que el sindicato socialista podía liderar un paro nacional.

Nada solucionó la Ley de Subsistencias aprobada por el Gobierno a finales de 1916. La crisis social era de grandes dimensiones. El 18 de diciembre se declaró una huelga general en toda España en demanda del abaratamiento de los productos de primera necesidad y por unos salarios suficientes. “¡Abajo el precio del pan!”, gritaban en las manifestaciones. La huelga fue seguida en Cataluña y en el País Vasco de forma muy mayoritaria. En Madrid hubo mítines y marchas por las principales calles. Como única respuesta, el Gobierno liberal incrementó la represión; no tomó ninguna medida que pueda ser considerada social. En enero de 1917, como si no hubiese sucedido nada, el Gobierno volvió a abrir las Cortes. Iglesias no pudo asistir. De nuevo la falta de salud le dejaba en casa. Como no mejoraba, se pensó en otras consultas. La intervención del amigo Vera aportó una solución. Le aconsejó que se fuese a un clima más favorable, un reposo en el pueblo balneario de Caldetes, en la provincia de Barcelona. Allí alquilarán una casita. Los baños termales serán la primera cura, aunque el tiempo no les acompañó pues fue extrañamente desapacible. Aconsejados por Vera, consultaron a un especialista barcelonés, el doctor Emilio Secanella. Este urólogo recomendó la intervención quirúrgica en una clínica del barrio de Sarrià. Era un dinero importante, que se pidió prestado a algunos amigos. La operación no tenía problemas. Convaleciente en la clínica, conocerá los hechos de la revolución en Rusia, pero postrado en cama no pudo redactar nada. Por el momento, la enfermedad le mantenía apartado de cualquier actividad.

La carestía y la falta de trabajo exigían respuestas rotundas a la inacción del Gobierno. Nunca se resuelve nada dejando pasar el tiempo. En la campaña

contra la especulación, el sindicato socialista contactó con la CNT y a pesar de las dudas se llegó a acuerdos. Iglesias conocía estos contactos, que conducían Besteiro y Largo Caballero. Redactaron un manifiesto de forma consensuada. Lo preparó Besteiro. La presentación pública se hizo en la Casa del Pueblo de Madrid y se publicó en El Socialista el 28 de marzo de 1917. “¿Habrá algún gobernante español que pueda afirmar en conciencia que las condiciones insoportables de nuestra vida, agravadas y puestas de relieve por la guerra europea, no son las consecuencias de un régimen tradicional de privilegios, de una orgía constante de ambiciones privadas, de una desenfrenada inmoralidad que encuentra en los organismos públicos el amparo y la defensa que debían prestar a los primordiales intereses de la vida del pueblo?” La huelga general se veía como un instrumento necesario. Naturalmente, no se ponía fecha a la protesta para no alertar a nadie, pero se avisaba. La respuesta del Gobierno fue la clausura de la Casa del Pueblo el 29 de marzo. Además, suspendió las garantías constitucionales y detuvo a los firmantes. El Gobierno volvió a hablar de agitadores profesionales. Nada nuevo en la réplica de las autoridades, la falta de visión de siempre.

Al Gobierno le estallaba otro problema de grandes dimensiones, una cuestión que condicionará la vida política española durante unos cuantos años. Se trataba de las Juntas de Defensa. Un fuerte grupo de presión corporativo provocado por el descontento del ejército con las reformas militares. La formación de una junta de defensa en el Arma de Ingenieros en Barcelona fue reprendida por el capitán general. Se encerró al coronel Márquez en el castillo de Montjuïc, lo que provocó una reacción de solidaridad de los oficiales. El ruido de sables era evidente y el Gobierno no sabía qué hacer. Finalmente, claudicará ante los junteros, aprobando algunas demandas. Tanta vaguedad consiguió desgastar por completo al Gobierno liberal, que dimitió. Como ahora se veía el fantasma de Maura, el líder socialista multiplicó sus intervenciones. El rey, sin sorpresas, encargó la formación de Gobierno al conservador Eduardo Dato el 11 de junio de 1917. Los partidarios de Maura, de la línea dura, estaban encolerizados. Silbaron al nuevo presidente del Gobierno y destrozaron un retrato del rey. Dato no abrió las Cortes, lo que provocó que los diputados protestaran. Los diputados de la Conjunción republicano-socialista se reunieron en la Cámara el día 16 de junio de 1917. Pablo Iglesias, aunque se hallaba convaleciente, asistió. Aún pudo ayudar a redactar una declaración conjunta en la que se dejaba claro que no tenían ninguna esperanza puesta en un Gobierno que empezaba por amordazar a los diputados. Y se iba más allá: “[...]adquieren el compromiso de utilizar la representación que ostentan y su influencia en los partidos a que pertenecen,

para hacer que prevalezca por encima de toda clase de poderes la voluntad soberana de la nación española”. Como respuesta, el Gobierno suspendió las garantías y estableció la censura previa el día 26 de junio.

Los diputados no querían quedar condenados a la mudez y menos en aquella situación. Se preparó una respuesta que hoy llamaríamos transversal. En Barcelona se reunió el 5 de julio de 1917 una Asamblea de Parlamentarios catalanes, con 39 diputados y 20 senadores, incluso algún disidente de las filas del Gobierno. Liberales, regionalistas y republicanos se dirigieron al presidente del Gobierno para que abriese las Cortes “para que en funciones de constituyentes deliberen y resuelvan sobre la organización del Estado y la autonomía de los municipios, y den solución inmediata al problema militar”. Notemos que las Juntas de Defensa continuaban sin solución realista. La propuesta era tan rompedora como las conciencias burguesas podían soportar, pero dejaba constancia de un estado de ánimo contrario a la inacción. El Gobierno prohibió cualquier asamblea que atentase contra el orden establecido. Entonces, la reacción de los parlamentarios fue convocar una reunión más amplia para el 12 de julio. En ella participó Iglesias junto a los diputados republicanos.

El día 19 se reunieron 68 diputados y senadores en el palacio del Gobernador del parque de la Ciudadela de Barcelona. Era todo un símbolo. Iglesias, que aún estaba convaleciente, se desplazó a la ciudad condal acompañado de Juan Almela Meliá. La Asamblea de Parlamentarios aprobó un cuidado texto en el que se exigía la convocatoria inmediata de nuevas Cortes. Firmó Iglesias en nombre del Partido Socialista y pronto se vio que su opinión y frágil presencia eran muy valoradas por los representantes de los partidos. Irrumpió la policía. Diputados y senadores fueron disueltos por el gobernador civil con buenos modos. La realidad era que la Asamblea se enfrentaba a la terca intransigencia del jefe del Gobierno, sí, pero también era verdad que Eduardo Dato había perdido los papeles. La deriva autoritaria no congeniaba de ninguna forma con una serena discusión que quizá pudiera aportar soluciones a la terrible crisis.

Los trabajadores pobres no podían hacer frente a los gastos mínimos con sus ingresos. En Valencia hubo duros enfrentamientos con la Guardia Civil cuando los miles de manifestantes se acercaron al Gobierno civil gritando: “¡Pan y Trabajo!”. Los ferroviarios de la Compañía del Norte se pusieron en huelga y, sin razón alguna, se declaró el estado de guerra. Los patronos aprovecharon para despedir a los huelguistas. En Vizcaya se reclamó un aumento salarial para hacer

frente a la subida del coste de la vida. Se amenazaba con una huelga, pero desde el Ministerio de la Gobernación se dinamitaba toda negociación. La situación se volvió explosiva; los acontecimientos se precipitaban. De hecho, parecía que el Gobierno quería llegar a aquella situación que un prestigioso historiador denominó “catastrofismo de las clases dominantes”. Era una estrategia para imponer medidas autoritarias con el consenso de los acomodados. Ante la falta de negociaciones, rotos los puentes, una parte de los republicanos y los socialistas veían clara una alianza para acabar con el régimen. Era un paso más, pero un paso importante. El Socialista del 2 de agosto lo dejaba claro: “¡Abajo el régimen monárquico! ¡Paso al régimen republicano, que a la vez permitirá a la burguesía alcanzar su pleno desarrollo, dará facilidades al proletariado para constituirse en poderosa fuerza, influir notablemente en los asuntos nacionales y acelerar el feliz momento de poner remate a los antagonismos sociales!”.

“Cuando los malos efectos del régimen político han llegado a lesionar los intereses de los ciudadanos, y lesionarlos en el grado que los han lesionado aquí, obligación de todos es revolverse contra dicho régimen y poner fin a su existencia.” Estas frases las publicó Iglesias en El Socialista el 2 de agosto de 1917 con un título significativo “Fuera del régimen”. Sin duda, muchos comités socialistas pensaban que había que actuar “lo antes posible”. El deterioro de la situación de los obreros exigía medidas contundentes, una reacción que alzase la moral de las hundidas clases populares. El Comité Nacional de la UGT se reunió en la Casa del Pueblo de Madrid el 9 de agosto de 1917. Iglesias no pudo asistir, pero mandó su opinión favorable a una protesta limitada que pudiera ganarse. Los reunidos tomaron al final la decisión de declarar una huelga general para el lunes 13 de agosto. Se habló de una “huelga general revolucionaria”. La decisión, sin duda, fue precipitada. Era increíble, pero en el desarrollo de la huelga la información que tenía Iglesias a través de sus corresponsales era mejor que la que manejaba el Comité de Huelga. Besteiro redactó un manifiesto político y las instrucciones para la huelga, que se remitieron en secreto a todas las agrupaciones. El Gobierno quería excitar a los convocantes para vencerles en los primeros momentos. Mandó circulares a todos los gobernadores y a la Guardia Civil, a la par que situó a la policía en los lugares estratégicos. Estaba preparado para reprimir la agitación. El ministro de la Gobernación pensó en armar a ciudadanos de refuerzo. Incluso se puso vigilancia, muy discreta, en el domicilio de Iglesias.

El desarrollo de esta huelga general ha sido narrado por muchos autores y hay un acuerdo en situar el malestar provocado por el incremento de precios como el

detonante principal. Asimismo, se destaca el papel de la gente, de las clases populares hartas de la corrupción, de los penosos salarios que les condenaban a pésimas condiciones, de la represión. Como suele suceder siempre, el peso de la clase obrera estuvo por encima de la organización convocante. A la huelga general se le dio el nombre de revolucionaria por ser “el arma más poderosa que posee para reivindicar sus derechos”. Tuvo una repercusión importantísima en los centros urbanos, en los industriales y mineros del país. En la cuenca minera vizcaína el paro fue completo. El ejército ocupó los accesos principales. En toda España los gobernadores civiles tuvieron que resignar sus poderes ante la autoridad militar, que en muchas provincias se comportó de forma brutal. Si alguien pensaba que los miembros de las Juntas de Defensa se portarían de manera distinta, se equivocaba de plano. Iglesias ya lo había dicho mucho antes. La actuación del ejército fue atroz, cruel. El caso del general Ricardo Burguete en Asturias fue deshonroso y desproporcionado. Los militares patrullaron por las localidades asturianas en el “tren de la muerte”. Las denuncias de los afiliados a los partidos de la derecha parecían guiar a los represores. En Galicia el castigo fue inmediato y feroz. En Cataluña, la fuerza arrolladora de la CNT fue imbatible para mantener el paro. La violencia por ambas partes no se podía contener, como se vio en Barcelona el martes día 14. El diputado republicano Marcelino Domingo fue detenido y tuvo que soportar un trato vejatorio. En Sabadell habrá 13 huelguistas muertos y 35 heridos. En las cuencas fabriles catalanas se incendiaron las casas de encargados y mayordomos. Los paros en los ferrocarriles fueron cortados porque el Gobierno estaba avisado y había colocado una fuerza suficiente. El miércoles día 15 la policía detuvo al Comité de Huelga en Madrid. Se les internó en prisiones militares, a excepción de Virginia González, que acabó en la cárcel de mujeres. Los presos fueron tratados de forma humillante y vejatoria e insultados con palabras soeces por los guardianes. No había marcha atrás. El Gobierno controlaba los medios de comunicación y emitió informaciones llenas de mentiras. Incluso divulgó el rumor de un inmediato fusilamiento de los detenidos para sembrar el terror. Pero la protesta se mantenía firme. El trabajo no se reanudó completamente hasta el lunes 20 de agosto de 1917.

Controlada la huelga, venía la hora de la venganza sin fin. Cabe decirlo con esta expresión, porque es la que mejor describe la conducta del Gobierno. Se mantuvo la causa en la jurisdicción militar de forma intencionada. El tribunal militar les juzgó a partir del 29 de septiembre. El proceso no tiene historia. El fiscal militar, sin ninguna preparación, pidió la pena de muerte para los principales encausados. El 4 de octubre se leyó la sentencia. Condenó a reclusión

perpetua a quienes consideraba inductores de la huelga: Besteiro, Saborit, Largo Caballero y Anguiano. Se les condujo desde prisiones militares a la cárcel Modelo y al penal de Cartagena. Siempre “con grilletes”. Largo Caballero recordará con precisión el traslado: “Con gran precipitación, una noche, nos metieron en el coche celular y nos condujeron a la estación del Mediodía custodiados por doce guardias civiles”. En Cartagena el trato fue correcto. Al ingreso el episodio de la foto será recordado por Saborit y Largo Caballero: “Con gran sorpresa nuestra, un fotógrafo impresionó varias placas, y las fotografías fueron publicadas en el diario ABC, sin duda para satisfacción de sus lectores, pero el efecto causado en la opinión pública fue de indignación. Muy contrario al que se proponían”.

La suspensión de garantías acumulaba ya cuatro meses y el Gobierno tenía los mismos problemas o peores. En el Ateneo de Madrid se volvió a reunir la Asamblea de Parlamentarios el 23 de octubre. Las peticiones eran algo más suaves, pero en esencia se concretaban en reformas de fondo. Iglesias, enfermo, estuvo ausente de esta reunión. El líder socialista quería introducir en los debates, como así hizo, el tema de los presos. Unas gestiones que Besteiro, desde la cárcel, veía como una torpeza. Besteiro hizo circular que Iglesias quiso estar en el Comité de Huelga, pero que su enfermedad no se lo permitió. Los hechos desmienten por completo esta afirmación. Iglesias nunca habría orientado el movimiento en la dirección que tomó. Pero, sea como sea, no hay duda de que los efectos de la huelga general de 1917 marcarán un antes y un después en el círculo íntimo del líder socialista. Un crítico Besteiro se irá alejando. Socialistas, radicales y reformistas iniciaron contactos para formar una Alianza de Izquierdas. Iglesias, enfermo, “cocinará” los acuerdos en reuniones de pequeño comité en su domicilio. La campaña en favor de la amnistía a los presos políticos era el estímulo para colaborar con otros partidos. El 25 de noviembre, una multitudinaria manifestación a favor de la amnistía para los penados de la huelga arrancó de la plaza de Neptuno. Iglesias se dirigió a los manifestantes para exigir la amnistía.

Las elecciones legislativas convocadas para el 24 de febrero de 1918 no podían calmar a la opinión pública. Las protestas por el encarecimiento de las subsistencias y los bajos salarios se reprodujeron en toda España. En Barcelona se suspendieron las garantías constitucionales el 25 de enero, después de una multitudinaria manifestación. Entre las fuerzas políticas flotaba la amenaza contra el régimen. Por ello, la derecha se aprestó a unir sus fuerzas en una especie de programa común con listas separadas. Los partidos dinásticos se

sentían amenazados. Pero la candidatura de Maura resultaba difícil de tragar, incluso para los fervientes partidarios del régimen. Iglesias dijo con convicción aquello que todos pensaban: "¿Qué regeneración puede esperar nuestro pueblo del hombre que fusiló a Ferrer, desacreditándonos ante las demás naciones?". La Alianza de Izquierdas tenía una fuerza que parecía suficiente. El Comité electoral socialista decidió incluir a los cuatro presos políticos en las candidaturas. Saborit, Besteiro, Largo Caballero y Anguiano fueron colocados en las listas de Oviedo, Madrid, Valencia y Barcelona. Iglesias supo maniobrar con habilidad. A pesar de su débil salud, participó en actos electorales desde el 7 de febrero. Una espléndida carta del Comité Nacional de la UGT recomendó el voto a las listas de la Alianza.

El recuento electoral arrojó 322 diputados para los dinásticos, pero con unas divisiones tan grandes que no se acertaba a ver el conjunto. La labor de los caciques, de la Guardia Civil y la masiva compra de votos había posibilitado un buen resultado, pero no una buena composición. La fragilidad de estas mayorías impedía unos gobiernos largos que preparasen medidas duraderas. El régimen estaba tocado. Por otra parte, los regionalistas catalanes pescaban en río revuelto. Encabezados por Francesc Cambó, se llevaron 21 escaños, una gran victoria. La Alianza de Izquierdas obtuvo 29 diputados: 6 socialistas, 15 republicanos y 8 reformistas. Los cuatro presos salieron elegidos con el mayor número de sufragios. El Partido Socialista pasaba de un solo diputado a seis, una victoria completa. Cuando se constituyeron las Cortes se vio la imposibilidad de formar mayorías estables. Los principales actores ya no estaban dispuestos a representar las comedias de siempre. Para el régimen no había remedios milagrosos. El rey se tragó el orgullo y acudió a Maura, que formó un gabinete con los pesos pesados de los partidos monárquicos. Esta maquinaria se va a denominar Gobierno Nacional, aunque de forma algo impropia. En todo caso era una receta inédita que evidenciaba la descomposición de los dinásticos. Quedaba pendiente la amnistía, que fue incluida en el plan del Gobierno. Pero los plazos se dilataron y no se aprobó la medida de gracia hasta el 4 de mayo. Los presos llegaron a la estación del Mediodía de Madrid el viernes 10 de mayo. El recibimiento fue multitudinario, de los que hacen época. Iglesias recuperó entonces a Besteiro, que regresará al círculo íntimo olvidando cualquier desacuerdo.

Iglesias le escribió a Miguel de Unamuno: "Yo, si puedo hacer algo, será poco, porque mis fuerzas están casi agotadas, a pesar de decirme todos que tengo buena cara". Efectivamente, su salud iba declinando y ello le obligaba a una difícil convalecencia en casa. Ahora, por primera vez, contaba con la ayuda de

un compañero socialista a modo de secretario. Con dificultades asistía a las sesiones de las Cortes, donde intervenía con un hililllo de voz, pero pocas veces. En la Cámara, la voracidad legislativa del Gobierno Maura y sus modos dictatoriales asfixiaban cualquier crítica. La famosa Ley contra el Espionaje imponía serias limitaciones a la libertad de expresión con la excusa de la neutralidad. No se podían publicar noticias si no eran visadas por el Gobierno. Resultaba inconcebible. La izquierda parlamentaria protestó e incluso llegó a abandonar las Cortes. Las organizaciones socialistas publicaron un manifiesto contra esta ley. El Gobierno de primates dinásticos, como se decía entonces, aplicó el rodillo. Pero el deterioro de las condiciones de vida jugaba en contra. Los paros, las manifestaciones, los tumultos ante las tahonas no podían ser contenidos.

Durante el verano, el líder socialista tuvo que retirarse a un clima mejor. El médico Francisco Huertas, que cuidaba de su salud, insistía en el reposo. Iglesias se sentía desarmado en estos obligados periodos de descanso. La correspondencia era de lo poco que quedaba. Continuaba atento a la redacción de El Socialista, naturalmente sin intervenir en la composición. Obligado a seguir en casa, no pudo asistir al Congreso de la Federación Gráfica Española que se celebró en Zaragoza en septiembre de 1918. El Congreso condenó la represión de la huelga general de 1917, reclamó un papel político para la organización como había dicho Iglesias desde hacía años y le eligió presidente por aclamación.

No pudo asistir tampoco al XI Congreso del Partido Socialista, que se celebró en la Casa del Pueblo de Madrid entre el 23 de noviembre y el 3 de diciembre de 1918. Si no pudo hablar, sí que podía escribir y mandar sus textos. Los delegados escucharon un largo discurso, leído por Besteiro. No renunciaba a pilotar los debates a distancia. Pero en el interior del Partido Socialista se habían agudizado las divergencias con la línea oficial. Se pedía mayor libertad de posturas, un apoyo manifiesto a la Revolución rusa y el abandono de la moderación. Se había formado una izquierda, una división. Lo mismo sucedió en el debate sobre una posible participación ministerial. Fabra Ribas presentó la propuesta, criticada por Besteiro. La votación se inclinó a favor del segundo, pero con un resultado ajustado. La elección del Comité Nacional fue en la línea del oficialismo, sin sorpresas. Pero, las aguas se movían agitadas en el estanque socialista.

El líder socialista era consciente de que todo cambiaba, que desde la primera

línea había pasado a una posición en la retaguardia activa. Nada de abandonar la acción, ni mucho menos, pero todo en pequeñas dosis. Cada vez era más frecuente que los comités socialistas vinieran a su domicilio. Besteiro, Prieto, Largo Caballero y Saborit acudían con frecuencia a la calle Ferraz para preparar los debates y discutir algunos asuntos. Uno era la movediza situación política, que reclamaba una decisión de las organizaciones socialistas. El Gobierno Maura había acabado sin consensos, ni entre los dinásticos. El Gobierno del conde de Romanones, formado el 5 de diciembre de 1918, no superó los cinco meses. Ante esta incapacidad, el rey volverá a llamar a Maura para formar un gabinete que apenas pasará de los tres meses.

Los niveles de pobreza evidenciaban un fuerte retroceso social. Los salarios bajaban, los productos básicos subían, la situación de la clase obrera se deterioraba y las protestas crecían sin cesar. A duras penas se contuvieron los motines por el aumento del precio del pan. "¡Fuera los tahoneros ladrones!". En Madrid intervinieron varias unidades militares. Desde febrero de 1919, la huelga de "la canadenca" en Barcelona dejó clara la incapacidad del Gobierno para controlar las escuadras patronales que actuaban por libre, pero con la aprobación de las autoridades provinciales. Fue un conflicto en demanda de mejores sueldos, de la jornada de 8 horas, pero también por el derecho a la sindicación. Fue una afirmación de la solidaridad de clase. La capital catalana no era el único lugar donde actuaban el pistolerismo y los policías a sueldo de la patronal. En Sevilla, la UGT declaró la huelga general contra la carestía. En Bilbao hubo enfrentamientos con la policía. La ola de manifestaciones y huelgas era contestada solo con mayor represión. El debate sobre las condiciones de vida era necesario, como lo era saber hasta qué punto se comprometían los socialistas con las progresivas protestas populares.

El desconcierto, la visible debilidad del régimen podían interpretarse como una oportunidad para embestir el poder. Es decir, una ocasión para asaltarlo. Para Iglesias, alejado de la ilusión revolucionaria de su juventud, este "asalto" debía producirse por la vía parlamentaria. Naturalmente, el sostén de la embestida sería la fuerza de la clase obrera. Este era un planteamiento mayoritario dentro del Comité Nacional socialista. Pero esta visión no era la de muchos compañeros de las agrupaciones, que cada día se enfrentaban a mayores desacuerdos. En mitad de este debate crucial, aquel año la participación en la manifestación del Primero de Mayo desbordó cualquier cálculo. El descontento de los asalariados era completo. Se había resquebrajado toda posibilidad de pactos. Las protestas contra la subida de precios, la estafa en el pan, la carestía, las jornadas, los bajos

salarios, se unían a ensordecedores gritos frente al Ministerio de la Guerra. La carga de la policía a caballo fue repelida a pedradas en actitud desafiante. Los mítines se dieron en la plaza de la Independencia. Iglesias asistió y habló, nadie de la familia se atrevió a impedirlo. Va a ser la última vez que el Abuelo pronuncie el discurso del final de esta manifestación.

Sin garantías constitucionales, el Gobierno Maura convocó las elecciones con precipitación y no sin grandes dudas por parte del rey. Quedaron fijadas para el 1 de junio de 1919. Un plazo tan corto y sin levantar la suspensión de garantías era una ofensa. Incluso los liberales dinásticos criticaron la convocatoria. De inmediato se reunió el Comité Nacional en el domicilio de Iglesias. Se decidió concurrir a la cita electoral coaligados con republicanos y reformistas. Maura era un enemigo común, que unía. En Madrid se mantuvo la candidatura de Iglesias, acompañado por Besteiro y miembros de Unión Republicana. Ganaron en todos los distritos populares. Fuera de Madrid, en feudos de “caciques feroces” como Granada, ganó Fernando de los Ríos. Ciertamente, el Gobierno Maura empleó todos los fraudes conocidos y aun alguno más para ganar las elecciones. Pero el descalabro fue de los que hacen época. Los liberales obtuvieron 133 escaños, los grupos de oposición, 30, de los cuales 6 eran socialistas. Los conservadores 202, pero 93 respondían a la obediencia de Eduardo Dato. Por tanto, Maura escasamente logró juntar 104 diputados, un auténtico desastre. Al abrirse las nuevas Cortes se constituyó por primera vez la Minoría Socialista, que por unanimidad eligió presidente a Pablo Iglesias. En el desarrollo de las sesiones quedó en evidencia que el naufragio de los partidos dinásticos podía prolongarse, pero que era imparable. Los gobiernos no duraban, acumulaban errores y dimitían sin pensarlo siquiera. Ningún Gobierno podía ser estable presionado por la corona, el lobby colonialista, los cuerpos de elite, los africanistas dentro del ejército y el reaccionario clero.

En el socialismo español el debate estaba centrado entonces en la propuesta de adhesión a la Tercera Internacional. Era una disputa dura que dividía conciencias; no en vano se había luchado para evitar las tutelas. Algunas agrupaciones habían discutido el tema y estaban a favor. Los que recomendaban entrar, pronto se llamaron “terceristas”. El 18 de octubre de 1919 apareció el semanario La Internacional, dirigido por Antonio García Quejido. Algunos dirigentes bien conocidos pedían un referéndum. El Comité Nacional evitó de momento la consulta, que dividiría al partido. Pero, a cambio, tuvo que garantizar un Congreso extraordinario. Iglesias estaba enfermo de pulmonía; la convalecencia se alargará hasta abril de 1920. Se consultó al doctor Gregorio

Marañón, que aconsejó un mayor reposo. A pesar de sus protestas, la familia le encerró en una especie de recuperación controlada. La enfermedad le alejaba de la primera línea de la discusión, le relegaba a las contadas reuniones en su domicilio y limitaba incluso sus artículos. Su posición contraria a la segura tutela de la Tercera Internacional era conocida, pero no la podía exponer personalmente, ni negociar acuerdos.

La Agrupación Socialista Madrileña se inclinó por las tesis bolcheviques. Bajo presión, el Comité Nacional convocó un Congreso extraordinario para los días 8 al 15 de diciembre de 1919 en la Casa del Pueblo. El sector afín a las tesis de Iglesias quería demorar la decisión como fuera y continuar dentro de la Segunda Internacional. Esta propuesta se preparó en el domicilio de la calle Ferraz. Besteiro pronunció el discurso inaugural. Se elogiaba la Revolución rusa, pero se evitaba cualquier seguidismo. Indalecio Prieto tomó la palabra para situar a los partidarios de la Tercera Internacional fuera de la realidad; su tono resultó insultante para la izquierda del partido. Los gritos, buscados por Prieto, sellaron su brillante intervención. En el turno de los terceristas el mensaje era claro, bien expuesto y sin fisuras. El consenso resultaba difícil, pero se trataba de no romper la unidad del partido. Para el Abuelo, la obra de una vida pasó en un minuto y creyó perderla. Una propuesta transversal intentará coser alguna unidad: “Que no habiendo más que un proletariado, no puede ni debe haber más que una Internacional”. Se trataba de dejar en suspenso la decisión. Esta propuesta de esperar y ver ganará con poca diferencia 14.010 votos favorables por 12.859. Era una mayoría corta, que no acababa nada.

A los pocos días, la Federación de Juventudes Socialistas decidió por una gran mayoría su adhesión a la Tercera Internacional. Para el Comité Nacional no había consenso posible ante esta decisión. A las Juventudes Socialistas no les quedaba ningún puente con el Partido Socialista y, pasado un tiempo, en abril de 1921, decidirán entrar en bloque en el Partido Comunista de España. El tema era tan importante que Iglesias, sacando fuerzas de donde fuera, escribió unos artículos que serán fundamentales en el debate. Todos los autores están de acuerdo en esta apreciación. Luchaba decididamente para mantener la obra de su vida. Rebuscando en su memoria escribía: “¿No sería un enorme sarcasmo responder al famoso grito de Marx y Engels ‘¡Proletarios de todos los países uníos!’ creando más de una sola Internacional?”. A un día de iniciarse el II Congreso extraordinario, escribió estos artículos. Para muchos socialistas resultaron radiantes. “¿Qué momento ha habido desde que nació el socialismo revolucionario que reclame con más imperio que hoy la unión de los proletarios,

ansiosos de redimirse? A mi juicio, ninguno.” La situación de la clase obrera había empeorado a ojos vista. Pero en el socialismo español el debate sobre la Internacional parecía dejar aparcadas otras situaciones. Los acuerdos en el domicilio de Iglesias parecían suficientes para capear el temporal. En realidad, todos velaban sus propuestas sin decidirse a dar la batalla. Era evidente que los congresos extraordinarios corroían por dentro a las organizaciones socialistas y que era ineludible tomar decisiones concluyentes... ¡y rápidas!

A pesar de las necesidades de definición del partido y el sindicato, los congresos celebrados en el verano de 1920 dejaron esta situación en suspenso. El dictamen de la mesa congresual dejó las puertas abiertas hablando de la autonomía del partido. De momento, el juego quedaba en tablas. Eso sí, se eligió una nueva Comisión Ejecutiva que, por aclamación, volvió a presidir Iglesias. En este organismo la presencia de los terceristas era evidente. Pero, sin respaldos suficientes, optaron por renunciar. En cambio, en el Congreso de la UGT las posturas de Iglesias tenían mucha fuerza. Por una mayoría arrolladora fue rechazada cualquier propuesta de adhesión a la Tercera Internacional y se acordó mantenerse dentro de la disciplina de la Federación Sindical Internacional. El sindicato socialista cerraba filas con Iglesias y se parapetaba para mantener su independencia de decisión. Se rechazó también la unidad de acción con la CNT, aunque se dejará la puerta abierta para discutirlo en momentos excepcionales. Uno de estos escenarios excepcionales era la lucha que los cenetistas llevaban a cabo contra la brutalidad de la represión emprendida por el general Martínez Anido en Barcelona y en las fábricas de Cataluña. El uso de matones, somatenes y Guardia Civil contra los trabajadores, sin frenos que se apreciaran, fue valorado por el Congreso como una situación límite. “Esto no puede ni debe consentirlo la Unión General; es un deber suyo ir contra ello, haciendo los mayores esfuerzos para extirparlo.”

La violencia patronal y gubernativa incrementó la brutalidad. El ministro de la Gobernación, el político gallego conde de Bugallal, parecía sostener estas medidas. Pero estos castigos salvajes estaban fuera de toda legalidad. Para evitar discusiones incómodas, el Gobierno disolvió las Cortes el 2 de octubre de 1920. Al día siguiente, el Partido Socialista lo calificó de “dictadura burguesa”. La crítica al presidente del Gobierno fue dura: “Dato no ha sido nunca un hombre de soluciones de Gobierno. En su decadencia es un terrible testarudo, cuyas terquedades pueden tener consecuencias trágicas”. En Barcelona, el general Martínez Anido realizó una detención masiva de militantes obreros, singularmente de la CNT. Se detuvo también al abogado Lluís Companys con la

idea de mandarlos todos al penal de Maó. El día 30 de noviembre, al salir de su casa para interesarse por los detenidos, fue tiroteado Francesc Layret. Este diputado por Sabadell recibió 7 disparos y resultó muerto. Layret era un reconocido abogado laboralista con fuertes vínculos con las organizaciones obreras. De forma inmediata se culpó a las escuadras a sueldo de la patronal, el “sindicato libre”, que se sabían protegidas desde el Gobierno civil. Las manifestaciones ciudadanas de protesta recorrieron toda la ciudad gritando contra el asesinato. Se levantaron los obreros de las cuencas industriales del Ter y del Llobregat. La policía fue movilizada y el Gobierno estableció la censura previa.

En este ambiente se habían convocado elecciones legislativas para el 13 de diciembre de 1920. Eran las terceras y nada hacía pensar que trajeran estabilidad. Saldrán elegidos 92 diputados por el artículo 29. Los republicanos consiguieron tan solo 15 escaños. Los socialistas, “sin ningún tipo de alianzas con otros partidos”, situaron a 4 diputados en el Parlamento encabezados por Pablo Iglesias. El régimen revalidó las mayorías necesarias, pero fragmentadas y sin pulso para gobernar. Dato era muy impopular, incluso en las mismas filas de los dinásticos. Un encendido debate en las Cortes situó en primer plano la política represiva emprendida por Martínez Anido en Barcelona. Dato fue increpado por algunos diputados. El ministro de la Gobernación había dicho, de forma desatinada, que “lo que ha conseguido el señor Martínez Anido es que la ley se cumpla”. En respuesta a esta provocación, Besteiro pronunció uno de los mejores discursos de su dilatada carrera política. Recontó las 21 muertes desde enero pasado: “Los médicos forenses dicen que no recuerdan haber registrado nunca tan numerosa cifra de cadáveres en tan breve tiempo en su larga actuación. ¡Esta es la manera de acabar con el terrorismo en el año actual!”. La aplicación de la “Ley de Fugas” avergonzaba a toda España, aunque algunos descerebrados la jaleasen. Resonó fuerte la frase de Besteiro: “Un día es natural que aquellos hombres, por muy bondadosos que sean, abandonen desesperados su tradición de bondad y se vaya así formando ese alud que después se precipita y que nadie puede contener”. El 8 de marzo de 1921 fue asesinado el presidente del Gobierno, Eduardo Dato, cuando se dirigía en automóvil a su domicilio después de asistir a las sesiones del Senado. Los autores eran tres anarquistas catalanes, en escarmiento por la brutal política represiva que se estaba desarrollando en Barcelona.

En el seno del Partido Socialista la batalla para integrarse o no en la Tercera Internacional, en la Internacional Comunista, no había terminado. Integrarse

significaba aceptar las condiciones y la tutela. Iglesias había maniobrado con habilidad. Escribió cartas “como un loco” a los compañeros de confianza y hasta a los tibios. Había cosido algunas mayorías, que creía suficientes. Fernando de los Ríos y Daniel Anguiano habían viajado a Rusia por encargo del Congreso socialista y escribieron sus conclusiones. La desilusión de Fernando de los Ríos se expuso de forma metódica y quedó clara su posición contraria. El Socialista iba publicando la lista de adhesiones a las propuestas de Iglesias. Ahora, en la Agrupación Socialista de Madrid la mayoría se inclinaba por no entrar en la Internacional Comunista. El Congreso extraordinario quedó fijado para el día 9 de abril de 1921. Los delegados representaban a 102 agrupaciones. Iglesias, que sin duda era el referente moral de los delegados del Congreso continuaba enfermo. No pudo asistir, pero mandó una meditada carta, que impresionó. En los debates se crisparon los ánimos. Alguna intervención desbordaba el mandato que había recibido. Ante las embestidas de los terceristas, Besteiro les invitó a marcharse del Partido Socialista. Largo Caballero, con el aval de la UGT, dejó claro que de ninguna manera se podían aceptar las famosas 21 condiciones que imponía la Internacional Comunista. La votación arrojó un resultado favorable a no integrarse en la Internacional Comunista. Fueron 8.800 votos frente a 6.205. Partieron compañeros entrañables, dinámicos luchadores, que lamentablemente no volverán a relacionarse con los organismos socialistas. La Comisión Ejecutiva que se eligió al final del Congreso estaba en sintonía con la votación. La figura del Abuelo, su ancha capa, dio cobertura a quienes iban a dirigir ahora el Partido Socialista.

La salud de Iglesias no mejoraba, por lo tanto, se imponía el reposo y un cambio de aires. En el verano de 1921 tuvo que pasar una larga temporada en Celorio, en Asturias. Esta será la última vez que se ausente de Madrid. No era un veraneo, sino una medicina y así se lo tomaba. El Abuelo pudo reposar en un clima agradable y se encontró mejor, al menos durante una temporada. Nunca le gustó permanecer alejado de sus papeles por mucho tiempo, pero hacía algunos años que se veía obligado a residir largas temporadas fuera de Madrid. Incluso cuando estaba en la capital de España, las salidas eran cada vez menores, más espaciadas y solo las más ineludibles. El deterioro de su salud se le reflejaba por primera vez en el rostro. Las fotografías de esta época le descubren más como venerable que como activo, aunque no fuera así. Cuando se retrató con Besteiro y De los Ríos en Celorio, su aspecto parecía el de un cirio sin llama. A pesar de este sombrío retrato, nunca dejaba la correspondencia, ni el interés por recopilar con calma las informaciones sobre las condiciones de vida y de trabajo. Le visitaban los compañeros de las agrupaciones y nunca dejaba de preguntar sobre este tema

que consideraba crucial y que seguía al detalle.

capíutlo 10

‘¡El proletariado vencerá!’

El Abuelo tenía 71 años, un porte firme, un aspecto tranquilo, pero de su imagen descansada nos impresiona verle mirando a lo lejos. En la cara se marcan los surcos de la experiencia. Había alcanzado una edad por encima de su generación y le pesaban las ausencias de tantos compañeros queridos. Ello no quiere decir, ni mucho menos, que no se mostrase activo. Pero era una actividad compuesta de dosis prudentes. A pesar de lo dicho, cuando se enteró del desastre que se acababa de producir en Annual, al noroeste de Marruecos, se activaron sus impulsos y se puso en movimiento. En 1915 ya había escrito un artículo sobre Monte-Arruit. Ahora se le aparecía de nuevo, y ya eran muchas veces, el fantasma de la guerra, de la inmolación de tantas personas en nombre de los intereses de una minoría y del protagonismo de los militares “africanistas”. El lobby colonial había conseguido colocarse por encima de cualquier consideración. Siempre muertes y siempre desconsuelo entre los pobres. La extensa galería de desastres parecía continuar con otro que iba a ser monumental.

Demos algunas coordenadas básicas, pocas porque el episodio es muy conocido. Un amigo personal del rey, el general Manuel Fernández Silvestre, había establecido en Annual una base de operaciones en el camino a Alhucemas. Esta hoya semidesértica, en la zona de un poblado abandonado, no era una disposición militar que se pudiera suponer consistente. Silvestre, comandante de Melilla, era un incontinente y, animado por el rey, empezó a ejecutar unos planes de operaciones a todas luces equivocados. Las instrucciones se distribuyeron de forma precipitada y todo será adverso. No es este el lugar de exponer los detalles, baste decir que el 22 de julio de 1921 el consejo de oficiales recomendó abandonar el campo cuando aún se podía. Pero el general Silvestre no quiso oír los reparos prudentes y a tiempo. Avanzó con sus tropas para socorrer a los asediados. La columna fue completamente aniquilada en los desfiladeros del Izzumar, una auténtica ratonera. Sobre el terreno quedarán más de 3.000 muertos. Silvestre se suicidó. Los informes explican la indignidad de algunos oficiales “arrancándose no solo las insignias, sino hasta las polainas o cinturones que podían delatarles como lo que deberían haber sido: cabeza de sus tropas”. La vergüenza no se podrá sujetar. Tres días después del desastre, la capitulación

deshonrosa del capitán Araujo en Dar Quebdani, en la provincia de Nador, provocó otras 950 muertes entre las tropas españolas. Los rifeños se entregaron al saqueo. Aún habían de morir otros 500 españoles en las posiciones de Nador y Zeluán, también a manos de los rifeños de Abd-el-Krim. El desastre era de una envergadura por completo desconocida hasta entonces. El 4 de agosto se nombró un juez instructor, el general de División Juan Picasso, que se trasladó de inmediato a Melilla para empezar la imposible encuesta. El desastre todavía no había concluido. El general Navarro, segundo jefe de la Comandancia de Melilla, se rendirá el 9 de agosto en Monte-Arruit y los más de 3.000 soldados y ciudadanos españoles serán asesinados brutalmente.

Las noticias llegaron a la opinión pública española el 23 de julio. Se reunirá el Consejo de Ministros en palacio. El rey había regresado con precipitación del veraneo en San Sebastián. El desastre ya era conocido por la prensa y continuaban llegando informaciones, a cual más espantosa. El día 25 de julio se impuso la censura previa. ¡Un error garrafal! Según los informes del Alto Comisario se excedía la tragedia. Si alguien esperaba una “explosión de patriotismo” es que no conocía la realidad. El Gobierno dimitió el 11 de agosto. El rey encargó la formación de Gobierno a Antonio Maura, que colocó a La Cierva en el Ministerio de la Guerra. Era un disparate y un agravio. Se mantuvieron las Cortes cerradas hasta el 20 de octubre, porque el Gobierno no estaba preparado para resistir una discusión pública. Vivir de prestado, seguir en medio de los rumores, no era lo mejor ni para el rey, ni para el régimen.

El degolladero de Marruecos había resultado de nuevo una tragedia para los pobres soldados y todo en beneficio de aquellos que ahora permanecían en la oscuridad. El régimen quedó seriamente tocado. Acudir a Maura fue un error enorme, era volver a confiar en el verdugo, en el sanguinario ejecutor de 1909. Ante la opinión pública se volvían a unir la tragedia en tierras africanas y la intransigencia de Maura. Así lo vio Iglesias desde el primer momento. Los pensados escritos contrarios a esta fatídica dualidad debían llegar a la clase obrera sin interferencias. Por ello, el líder socialista decidió incorporarse a la dirección de las protestas que se acumulaban por toda España. Se trataba de estar allí, de dar testimonio. Con pocos medios, desde El Socialista se identificará a los responsables del desastre. Las clases populares reclamaban saber qué había pasado y conocer los alcances. Poco a poco se iba estrechando el círculo en dirección a la corona. Llegar a esta imputación era colocar un torpedo en la línea de flotación del régimen. Todo el mundo lo sabía.

Los informes encargados a la comisión de investigación, que aún dirigía el general Picasso, iban llegando en cuentagotas. Las responsabilidades del desastre se presumían enormes. Cuando las tropas españolas consiguieron llegar a Monte-Arruit el 24 de octubre, lo que vieron era aterrador. Toda España quedará conmovida por las imágenes, por los relatos. La censura impedía que se conocieran todos los detalles, pero circulaban informaciones e imágenes de tapadillo y eran devastadoras. Alarmado ante la dimensión de las imputaciones, el Alto Mando había intentado frenar la investigación. Se indicó claramente al general Picasso que había líneas rojas que no podía pasar. A pesar de ello, el fiscal militar de la Comisión Picasso quiso continuar. El Ministerio de la Guerra se opuso a seguir la encuesta fuera de la disciplina militar. Los socialistas tiraron al alza y apuntaron, como todo el mundo sabía, a la corona. Iglesias protestó enérgicamente por la ocultación de informaciones valiosas. “No podemos admitir que los individuos que componen el susodicho Tribunal ignoren que hay otro culpable, aunque por la ley no se le pueda declarar tal, suponemos que, en su ansia de hacer justicia, habrán pasado un mal rato por no haberle podido comprender en el número de los responsables”, escribió. En 1922, la voluminosa instrucción llegó por fin al Consejo de Guerra y Marina, que quedó horrorizado y paralizado.

El régimen estaba en estado de shock. Ya no se podía mantener por más tiempo la ocultación de los sucesos. Por fin se abrieron las Cortes. El presidente del Gobierno explicó lo que no tenía explicación, dejando de lado sin ruborizarse el tema de las responsabilidades. Tuvo buena cuenta en no mencionar al rey. Pronto se vio que no había acuerdo ni tan siquiera en la cifra de muertos. El Gobierno parecía no tener los datos. Los liberales dinásticos quedaron mudos. Iglesias, enfermo, no pudo asistir a los debates. Por parte de los diputados socialistas habló Indalecio Prieto. En su discurso, situó los 13.193 muertos, de los que 8.668 eran europeos. Puso énfasis en la desgraciada vida de las tropas destacadas en África, en la situación militar desde la llegada del general Manuel Silvestre a Melilla y se preguntó: “¿Quién ordenó ir sobre Alhucemas; quién aplaudió esta operación?: todo el mundo lo sabe [en alusión directa al rey]”. El discurso fue contundente. Prieto, que era un orador completo, exhibió una información precisa que avergonzaba al Gobierno. Atacó sin cuartel a los que no querían rescatar a los cautivos. “Ocho mil muertos dan derecho, macabramente, pero lo dan, a exigir una responsabilidad concreta.” Al mencionar las responsabilidades, un estremecimiento recorrió la Cámara. Para mayor sarcasmo, el general Dámaso Berenguer, Alto Comisario en Marruecos, llegó aquel día a Madrid y fue recibido con todos los honores por el rey.

Desde este otoño de 1921, Iglesias solamente saldrá de su domicilio en contadas ocasiones. Salidas breves, cortas, paseos por Rosales y algún pequeño desplazamiento por completo ineludible. Una de estas salidas fue al juzgado del distrito de Palacio. No se trataba de ninguna acusación que tuviera que afrontar. El 16 de noviembre de 1921 se registró la boda civil de Pablo Iglesias con Amparo Meliá. Los compañeros, los comités socialistas y, naturalmente, los amigos visitaban a Iglesias en su domicilio. Nunca quería poner fin a la entrevista. Amparo insistía a veces, otras era necesario acudir a toda la familia para hacerle entrar en razón. La lectura constante de prensa y algún libro le mantenían informado. En nada desatendía sus artículos, que van apareciendo con puntualidad, pero a otro ritmo. Todo con paciencia, porque necesitaba completar la información de la correspondencia y la oral. Quería seguir ocupado en el conocimiento de las condiciones de vida.

El Gobierno Maura, por completo incapaz de parar la sangría en los partidos dinásticos, presentó su dimisión el 11 de enero de 1922. Pero el rey tuvo que volver a llamarle. La vida de las Cortes se prolongó, pero todo era una ficción grotesca. La opinión pública continuaba revuelta por el desastre de Annual y no olvidaba nada. ¡Nada! En la manifestación del Primero de Mayo, a la que no pudo asistir Iglesias, se gritó contra los responsables del desastre. Naturalmente, el discurso del líder socialista llegará puntualmente, leído por los compañeros. En julio terminaron los trabajos de la Comisión Picasso. Nada se pudo hacer en las Cortes, solo una nueva comisión. Iglesias, indignado, tiró a dar. Estaba convencido de la culpabilidad de la corona: “[...] las gentes se dirán unas a otras llenas de indignación: ‘¡Y el más culpable de todos, libre!’”. Sin pausa y con gran esfuerzo, aunque en casa, siguió la batalla de los escritos. El Socialista del 20 de octubre de 1922 le publicó un suelto. “Lo que muchos españoles podemos decir a un español: ‘Estamos de ti hasta… ¡las narices!’”. Rápidamente la fiscalía vio un delito de injurias al rey. Cuando un agente judicial se presentó su casa anotó: “Este señor se encuentra enfermo de bastante gravedad, habiendo prohibido el médico que le asiste que se comunique con nadie”. Pronto se le volverá a acusar de injurias por otro artículo: “La alegría del jefe del Estado”, publicado en El Socialista el 6 de febrero de 1923. Volvió un agente judicial para tomarle filiación. La rellenará, haciendo constar que está casado, que vive en la calle Ferraz, en el piso segundo. Nada más sabremos de esta causa hasta fecha tan tardía como el 4 de abril de 1924. Se le pedía una fianza civil de 5.000 pesetas. Manifestó que no la podía aportar, porque no tenía ni bienes ni rentas.

El modelo político de la Restauración, la alternancia pactada de los dos partidos

dinásticos, parecía llegar a su conclusión. El rey estaba en una posición dudosa; se había extendido la crítica por los desastres coloniales. Desde 1919 se habían sucedido siete gobiernos. Cinco en un año. No habían podido conseguir la más mínima estabilidad parlamentaria. Ni tan siquiera los propios dinásticos estaban a favor de sus líderes. Los primates, como se les llamaba entonces, habían perdido el norte. El 7 de diciembre de 1922 se formó un nuevo Gobierno, pero sin esperanzas de continuidad. Sin convicción alguna convocó elecciones legislativas para el 29 de abril de 1923. El viejo caciquismo se empleó de forma mecánica, cansada. El abstencionismo superó los límites de la decencia. La mitad de los electores de Madrid no acudirá a las urnas. La lista socialista va a generar confianza por su mensaje claro y por la limpieza de sus candidatos. El líder socialista, enfermo en su domicilio, no podrá participar en la campaña, que se desarrolla con gritos como "¡Viva el Abuelo!". Vence en la elección, pero no podrá prometer el cargo de diputado hasta el 26 de junio. Las elecciones, como había dicho Iglesias, no supusieron ningún cambio en la crisis dinástica, que se agrandaba. El discurso de la Corona fue un ejercicio de engaño; no apareció en ningún momento el desastre de Annual. ¡Inaudito! Mientras, los militares africanistas continuaban en sus trece, en su profundo error, y pedían una acción contundente contra las tribus del Rif. En las Cortes se constituyó una Comisión de Responsabilidades, pero usando de una artimaña se cerró la actividad parlamentaria hasta el día 1 de octubre de 1923.

Ante esta completa falta de iniciativa gubernamental, el camino a una medida excepcional de inciertos efectos parecía abierto. Sigamos a Iglesias, que con su fino análisis ya lo había retratado. "Risa causa ver adoptar esta actitud a hombres que, sobre haber asentado siempre su poder y su influencia en los caciques… juzgan como resorte principal para acallar las peticiones de los hambrientos y las reclamaciones de las masas obreras asociadas los fusiles de la Guardia Civil." En noviembre de 1918 lo había dicho con mayor claridad si cabe en un artículo titulado "La Monarquía se hunde", que apareció puntualmente en El Socialista. "La tarea renovadora, el trabajo de poner a España en condiciones de que emprenda una nueva vida y marche al compás de los demás pueblos, es obra de otro régimen y de otros políticos." El líder socialista era plenamente consciente de que en los últimos gobiernos habían reaparecido aquellas fuerzas ocultas que sacrificaban la legalidad al mantenimiento del orden. La sangrienta "Ley de Fugas" era una de las más siniestras. Cuando Miguel Primo de Rivera fue nombrado capitán general de Cataluña en otoño de 1922 no desactivó nada, al contrario. La burguesía catalana le aplaudió y mostró su sumisión en nombre del orden. El ejército, a través de oscuros ejecutores, había consumado actos que

repugnaban a cualquier conciencia honrada. En nombre del orden, la policía había creado grupos que actuaban de forma paralela y prácticamente sin control. Se había autorizado a ciudadanos seleccionados por la burguesía para que se erigieran en juez y ejecutor en nombre del orden.

¿Cómo debía tratarse el orden social? La pregunta estaba en el aire. Cada día en mayor número las capas pudientes abandonaban el sistema de la Restauración, que hacía aguas por todas partes. Mientras, el debate sobre las responsabilidades por el desastre de Annual continuaba vivo y amenazaba a la corona. La conspiración para enterrar el sistema desde dentro del sistema estaba en marcha y muchos la conocían. El rey sabía las reuniones de los militares. La realidad visible es que nunca el rey, en su dilatado y convulso reinado, estuvo preso de los hechos a pelota pasada. No estaba alejado de las acciones y menos de las que le beneficiaban. Con cierta prevención, los conspiradores pensaron en el general Miguel Primo de Rivera, de 52 años, y ello a pesar de su errática trayectoria. La adhesión de los jefes militares será más difícil de conseguir de lo que habían previsto. Los generales iban a su ritmo y no querían “mojarse”. Al final, la madrugada del 12 al 13 de septiembre de 1923, el general Primo de Rivera se pronunció en Barcelona sin resistencias de consideración. Los viejos líderes del régimen alertaron contra “aventuras personales”, pero poco más. Maura advirtió al rey que el auxilio a la conspiración era un completo suicidio, lo mismo hizo el conde de Romanones con unas formas más suaves. Nada cabía esperar de la resistente administración española, que como siempre se adaptaba “a lo que fuese”. El indefenso Gobierno del marqués de Alhucemas resignó sus poderes de inmediato. El rey le encargó la formación de un nuevo Gobierno al general Primo de Rivera. El golpe de Estado se había consumado.

Las fuerzas obreras se opusieron al golpe, aunque sin medios efectivos para parar nada. ¿Qué podía hacer el Partido Socialista que no fuese testimonial? A pelota pasada puede parecer que mucho, la realidad era otra. El peso de los socialistas era sin ninguna duda considerable, pero de ahí a poder contener la intentona militar había un abismo. Los socialistas tenían una activa Minoría en el Congreso de los Diputados, unas migajas en algunas diputaciones, un nutrido número de concejales en los ayuntamientos, incluso una considerable capacidad de movilización, pero todo ello era un juego de espadachines frente a los cañones. Desde la izquierda del Partido Socialista se quiso intoxicar a cuenta de no lanzarse a la calle. Pero era eso, ¡una intoxicación interesada! No podían aceptar tampoco una acción sin garantías como la que proponía la CNT. Ante estas hostiles circunstancias, el Partido Socialista emitió un comunicado de

condena. Iglesias, postrado muchas horas en cama por la enfermedad, conoció y firmó el texto. No podía moverse de casa, pero continuaba manteniendo entrevistas con sus más estrechos colaboradores. En este manifiesto conjunto, preparado de urgencia, se decía: “Ningún vínculo de solidaridad, ni siquiera de simpatía política, nos liga con los gobernantes. Al contrario: merecen de nosotros los más duros reproches […]. El pueblo español, y especialmente la clase obrera […] no debe prestar aliento a esta sublevación […] y no debe tomar iniciativas sin recibir las instrucciones de los Comités del Partido Socialista y de la UGT, que, conscientes de su responsabilidad, no habrán de ocultar su opinión, cualesquiera que sean las circunstancias”.

Los socialistas adoptaron la triste actitud de “esperar y ver”, que será duramente criticada. Largo Caballero se mostraba juicioso, aunque en realidad fuera impotente para llevar a cabo acciones importantes. Las Cortes fueron suprimidas por Primo de Rivera. En el plano doméstico, que no era menor, eso significaba que Iglesias perdía la acción pública como diputado y también sus ingresos. De inmediato, por iniciativa de los amigos Remigio Cabello y Matías Gómez Latorre, se acordó que le libraran desde el partido y el periódico socialista el dinero necesario para mantenerse. Indalecio Prieto, sin duda un político completo, fue el redactor del manifiesto socialista contra el golpe. Por si acaso, no deberemos olvidar que una cosa era lo que se decía de cara a la opinión pública —la propia y la contraria— y otra la que sopesaba con calma la ejecutiva, incluso en las reuniones con Iglesias en su domicilio de Ferraz. Podemos pensar que la ejecutiva socialista y el propio Iglesias tuvieron una mayor o mejor información de todo lo que condujo al golpe de Estado del 13 de septiembre. Cenetistas y comunistas constituyeron el Comité de Acción contra la Guerra y la Dictadura el mismo día del golpe militar.

El líder socialista, enfermo y viejo, va a seguir los primeros pasos del régimen de Primo de Rivera apartado de la actividad. La dictadura pronto pasó la línea de no retorno y se creyó invulnerable. En el Partido Socialista la actitud prudente chocó con Indalecio Prieto, que se mostró radicalmente contrario a la colaboración. A pesar de ello, algunos socialistas establecieron contactos con la dictadura, que estaba necesitada de cualquier soporte que no fuera el tradicional de las clases acomodadas. A través del Instituto de Reformas Sociales se establecieron algunas relaciones, siempre marginales. Se informó al Comité Nacional socialista, que validó las conversaciones en enero de 1924. Iglesias no pudo estar presente. De todos modos, “por unanimidad, se decide que los socialistas no acepten cargos públicos que no sean de elección popular o en

representación oficial de organismos obreros y designados poros directamente, rigiendo este acuerdo con carácter nacional y a partir del momento que se adopta”. Si lo leemos detenidamente nos daremos cuenta de que, en realidad, se abría la puerta a una cierta colaboración. Besteiro había partido para Inglaterra por cuestiones académicas. Pero, Largo Caballero, aunque con la opinión contraria de buena parte de la ejecutiva socialista, se integró en el Consejo Superior de Trabajo. Un error manifiesto. Nada justificaba este paso hacia la nada. Alguien ha considerado que fue “con el implícito consentimiento de Iglesias”, pero estoy convencido de que no. El viejo líder socialista, en su relativo aislamiento, era demasiado hábil y demasiado sabio para dejarse manejar de una forma tan burda.

“Mi salud [es] cada vez más precaria”, esta es la muletilla en las cartas del Abuelo a los compañeros. Durante la segunda mitad de 1924 su deterioro era más visible y ello se agravaba con la enfermedad de Amparo, que tenía 66 años. “Nos ha llegado la mala. Yo sin servir para nada y ella necesitando cuidados que yo no puedo prestarle. No nos queda más remedio que tener paciencia. Yo tengo mucha, aunque supongo que mis males tendrán pronto término.” A pesar de los achaques, mantenía los cargos societarios y una buena información de lo que sucedía. Tenía su plan de trabajo, porque siempre había sido una persona organizada. La correspondencia la tenía en un estante de privilegio, era para disfrutarla. Leía el periódico, que era más ágil y menos fatigoso. Se mantenía informado, aunque hacía tiempo que no de forma directa. Las reflexiones del anciano luchador no debían ser leídas con prisa, sino releídas con calma. Pero se encontraba desabrigado cuando no estaba Amparo. Eran más de 30 años de firme convivencia, de amor.

El viejo líder socialista apreciaba los contactos con los compañeros que acudían a su domicilio y no se plegaba a las recomendaciones de nadie. Resultaba muy difícil detener a aquellos que tenían la ilusión de verle y a quien tenía el deseo de verles, de hablar. Amparo, que le cuidaba de forma ejemplar, solía entrar en el despacho y le decía con paciencia: “Oye, Pablo, con permiso de estos compañeros… deberías haber tomado hace media hora el vaso de leche… luego será tarde y te retrasará la hora de cenar…”. A veces venían Besteiro o Largo Caballero con informaciones frescas que al enfermo le interesaban mucho. Amparo preguntaba a quienes le visitaban: “¿Cómo le notan?”, “y los amigos… se encuentran sin fuerzas para mentir: “Mal, mal… Y se van con la tristeza apagada, mansa, honda”. Acudía con mucha frecuencia Matías Gómez Latorre, era el “hermano” con el que las discusiones de tantos años no alejaron la unión

personal. Era concejal de Madrid por el distrito de Universidad y podía contarle aquellas cosas pequeñas, pero importantes, que al Abuelo tanto le interesaba escuchar y sopesar con calma. Cosas en apariencia menudas, pero que el líder socialista atesoraba celosamente, como había guardado todas las informaciones de las condiciones de la clase obrera.

Paremos un momento para glosar la abundante correspondencia con personas, agrupaciones y entidades. Unas cartas con conmovedoras despedidas que nunca eran de trámite. Fruto de esta correspondencia, Iglesias había conseguido confeccionar una singular y detallada información. Lamentablemente, la correspondencia con noticias también de su persona en buena parte se perderá en la ceguera de los tiempos, con la barbarie de los intransigentes. En el otoño de 1925, la vida del Abuelo se va consumiendo. Va a cumplir los 75 años y sin ninguna duda ello era una proeza para aquel hospiciano. Se abandonaron los apreciados paseos por Rosales en compañía del amigo Cándido Ramírez. En cambio, las visitas al domicilio de los Iglesias aumentaban. Muchos amigos de Paulino, del Gallego, del Rubio, del Abuelo querían verle. Estaban allí para darle fuerza, ánimos. Esta faceta, que a algunos pudiera parecer la de un santo laico, era para muchos la de un amigo, un compañero, un hombre honrado, atento. En octubre, le visitó el joven Julián Zugazagoitia, que desde pequeño se había impregnado de la fuerza del primer socialismo. Zugazagoitia recuerda emocionado que “me faltó tiempo para visitarle. Fue la entrevista más larga de cuantas tuvimos”. Allí acabó de arreglar las últimas notas para su reconocido libro sobre el líder socialista.

La frágil salud del Abuelo empeoró a ojos vista desde finales de noviembre. Zugazagoitia lo explica emocionado: “Tiene un hilito de voz. La fatiga le vence a cada momento. Sus noches son malas. Todo el trabajo de sus enfermedades se refleja en su cuerpo, en su cara: es como una hojita abarquillada, a la que el más débil soplo de viento puede arrastrar”. Le atendían dos médicos. Francisco Huertas era el más habitual, se sabía de carrerilla todas las dolencias del anciano Iglesias. Visto el estado general que presentaba no cabían consultas a otros doctores. Los dos leales médicos sabían que la cuerda se acababa, que el hilo se estaba rompiendo y se lo comunicaron a la familia. A primeros de diciembre quedará postrado en el lecho. Acudió de nuevo el doctor Huertas, de la Mutualidad Obrera, llamado por Amparo y su opinión fue que llegaba el final. Era el momento, no antes, de informar a los amigos y con ellos a los compañeros y, a través de ellos, a todos. El día 8 de diciembre se cumplía un nuevo aniversario de la muerte de su madre, Juana Posse. Habían pasado 39 años, el

Abuelo lo recordaba como siempre: “Hoy hace años que mi madre…”. Ese mismo día aparecerá en El Socialista el famoso artículo “Empeño inútil. El proletariado vencerá”. Un texto magnífico del que extraemos el siguiente párrafo: “El ideario de los proletarios está dictado por la razón e inspirado por la justicia, y hagan lo que hagan sus enemigos, vencerá como viene venciendo desde que los opresos han adquirido conciencia bastante de su valer y de su fuerza”.

Al día siguiente, 9 de diciembre, miércoles, falleció Pablo Iglesias Posse. La familia y los más allegados estaban al lado del lecho. La causa de la muerte se consignó como “miocarditis crónica y enfisema pulmonar”. La noticia se difundió velozmente. Zugazagoitia escribe: “La vida de nuestro maestro ha tropezado con un leve obstáculo y se ha ladeado. La muerte le ha sostenido en su caída. Iglesias es suyo. Un silencio, amigos; un buen silencio… En alabanza a Pablo Iglesias. Amén”. Embalsamarán el cadáver y vendrá el homenaje en la querida Casa del Pueblo, donde se depositará el cadáver durante la madrugada. La capilla ardiente en una sala de la Casa del Pueblo. El entierro se efectuó el día 13 de diciembre, domingo. Fue la más grande manifestación que se recordaba en Madrid. Desde las ocho de la mañana estaban colocadas agrupaciones, banderas y estandartes. Más de 200.000 personas siguieron el féretro. El homenaje póstumo del proletariado español en las noticias de prensa. Iglesias ya era de todos. El Socialista apareció con el cuadro negro y unas palabras de Julián Besteiro. Era el crespón del dolor del partido, del sindicato, de los tipógrafos, de los amigos, de la multitud de compañeros, de todos los que participaban de la profunda pena por la desaparición del viejo líder del socialismo español, de aquel enorme maestro laico, del luchador abnegado.

NOTAS

1 . M. Pérez Ledesma (1975): “Prólogo”, Pablo Iglesias. Escritos 1. Reformismo social y lucha de clases y otros textos, Madrid, Ayuso.

2 . José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma (1982): “Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?”, Revista de Occidente, núm. 12, pp. 19-41.

3 . Barcelona, Edhasa, 2007.

Índice